



CENTRO DE ENSEÑANZA TÉCNICA Y SUPERIOR

Doctorado en educación y valores

**“EL PENSAMIENTO MORAL
DE
JOSÉ INGENIEROS”**

Doctoranda: Mtra. Dorina Valenzuela Millán.

Director de tesis: Dr. Ramón Mínguez Vallejos.

Universidad de Murcia, España.

Mexicali, B. C., septiembre de 2012

ÍNDICE

I. Introducción.....	8
II. Metodología.....	12
CAPÍTULO I.....	14
SEMBLANZA Y CONTEXTO HISTÓRICO.....	14
1.1. Semblanza de José Ingenieros.....	14
1.1.1. Influencias y entorno familiar.....	14
1.1.2. Estudios, actividad académica y política.....	18
1.1.3. Desarrollo Profesional.....	21
1.1.4. Una decisión pasional.....	23
1.1.5. El regreso de Ingenieros.....	24
1.1.6. Ingenieros, “Maestro de la juventud”.....	29
1.2. Contexto Histórico y Cultural.....	30
1.2.1. Contexto Histórico Internacional.....	31
1.2.2. El Contexto Histórico Argentino.....	34
1.2.3. El Positivismo en Argentina.....	42
1.2.4. El modernismo espiritualista.....	45
1.2.5. El Darwinismo Social.....	48
1.2.6. La Revista de Filosofía y La Cultura Argentina.....	51
1.2.7. La Reforma Universitaria de 1918.....	52
1.2.8. La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra (1914–1918).....	58
1.2.9. La Revolución Rusa de 1917.....	62
1.2.10. Homenaje a Felipe Carrillo Puerto.....	64
1.2.11. La Unión Latinoamericana ante la Sociedad de las Naciones.....	66
CAPÍTULO II.....	69
Primer Periodo (1895-1897).....	69
2.1. Las primeras publicaciones.....	70
2.1.1. ¿Qué es el socialismo?.....	70
2.1.2. La Montaña.....	78
2.2. ¿Qué es el socialismo? y La Montaña: un mismo universo discursivo.....	83
CAPÍTULO III.....	87
Segundo Periodo (1898-1911).....	87
3. 1. La simulación de la locura.....	88

3.1.1. La simulación en la lucha por la vida.....	89
3.2. La legislación del trabajo en la República Argentina.....	92
3.2.1. La justicia.....	94
CAPÍTULO IV.....	96
Tercer Periodo (1911-1925).....	96
4.1. El hombre mediocre.....	99
4.1.1. La construcción del ideal.....	101
4.1.2. La conciencia moral y la libertad.....	105
4.1.3. La noción de igualdad.....	107
4.1.5. La noción de justicia.....	113
4.2. Hacia una moral sin dogmas.....	114
4.2.1. Ralph Waldo Emerson.....	117
4.2.2. Del individualismo a la solidaridad social.....	120
4.3. Las fuerzas morales.....	122
4.3.1. La justicia como fuerza moral.....	123
4.3.2. La simpatía como fuerza moral.....	125
4.3.3. La solidaridad como fuerza moral.....	126
4.4. Propositiones relativas al porvenir de la filosofía.....	127
4.4.1. Proposición décima: El ideal como hipótesis inexistencial.....	131
CONCLUSIONES:.....	133
BIBLIOGRAFÍA.....	145
DICCIONARIOS Y REVISTAS:.....	150

"Mas naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo
Y si canto de ese modo
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno,
Sino para bien de todos"

(Hernández, *Martín Fierro*, Parte II, 33)

I. Introducción.

Durante el desarrollo del programa del doctorado en “Educación y Valores”, que motivó la realización de este trabajo de investigación, al hacer la revisión de la literatura, no se encontró referencia o cita alguna de la obra de José Ingenieros, uno de los pensadores latinoamericanos más influyentes de comienzos del siglo XX¹; no obstante que el dilatado pensamiento plasmado en sus obras se orienta hacia la búsqueda de un ideal de perfeccionamiento del ser humano y, como tal, tiene implicaciones prácticas en educación y en valores. Por lo anterior, el presente trabajo tiene como objeto el análisis interpretativo del pensamiento moral de este autor con el fin de conocer los principales valores que propone, para lo que se analizará el contexto intelectual, social y político de la época en que vivió, tomándose en consideración lo expresado por el propio autor en estudio: “No hay nada más falaz que juzgar la obra de un pensador o el significado de una doctrina filosófica, prescindiendo del medio intelectual en que aparece, de los procesos militantes que persigue, de los intereses políticos que sigue” (Ingenieros, citado por Agosti, 1950, 9).

De acuerdo con Oscar Terán (1979, 18), la primera obra teórica significativa que Ingenieros produce, *¿Qué es el socialismo?* (1895), junto con sus artículos del periódico

¹ Nuestro autor, de amplia formación científica y humanística, fue uno de los intelectuales más brillantes que influyó en el pensamiento de la juventud para la creación de una conciencia colectiva de Argentina como nación y la modernización de la Universidad (Reforma Universitaria de 1918).

La Montaña, configuran un material escasamente explorado, “a través del cual puede observarse no sólo la constitución del discurso ingenieriano, sino también un complejo entramado teórico que arroja luz sobre la situación de las ideologías en el último lustro del siglo pasado”.

En la obra mencionada José Ingenieros se apoya en su análisis de lo que él denomina *la cuestión social*, de las nociones justicia, libertad e igualdad, que varios años más tarde desarrolla en la serie de textos dedicados a temas *inexperienciales*, cuyo inicio es *El hombre mediocre* y que culmina con *Las fuerzas morales*.

En el periodo de 1898 a 1911, Ingenieros considera algunos de los mismos objetos desde otra perspectiva ideológica y cultural. De este modo, es necesario decir que el socialismo de corte anarquista, se diluye poco más tarde en una ideología ya más acabadamente positivista y evolucionista. De la crítica de los resultados a los que había conducido la sociedad capitalista, se pasa a una aceptación del progreso, así percibido, como inevitable. Es por esto que se supone que es en esta etapa donde existen leyes científicas incontrovertibles, los juicios morales quedan relegados como objetos que están sujetos a las mismas leyes deterministas y de supervivencia de los más aptos. “Pero los más aptos –por definición del pensamiento de Ingenieros– no son los que detentan el poder y la riqueza, sino los poseedores del mérito, de la inteligencia, del arte, del saber” (Terán, 1979, 28).

A partir de 1911 con su segunda permanencia en Europa, Ingenieros se vuelca de lleno a temas filosóficos, que antes, imbuido del espíritu positivista, no profundizara. En 1913, con la publicación de *El hombre mediocre*, el autor argentino sienta las bases de su noción de *ideal*. Siguen a este libro otros como *Hacia una moral sin dogmas* (1917) y *Las fuerzas morales*. Este último, según palabras del propio autor, es una compilación de “sermones laicos publicados entre 1918 y 1923” (Ingenieros, 1999, 9).

Los últimos años de su producción –que coinciden con el fin de su vida– están marcados por su antiimperialismo militante y por su crítica a las pretensiones expansionistas.

De esta breve descripción de la evolución en la producción de José Ingenieros puede notarse que su pensamiento oscila entre universos intelectuales disímiles, procurando siempre construir un sistema propio y original en la interpretación de la realidad (Argentina, en particular). Al momento de preguntarse por las causas de estas oscilaciones y/o por el motivo de que sea tan difícil circunscribir a Ingenieros a una determinada ideología o posición en el campo intelectual argentino y latinoamericano, los elementos a tomar en consideración son de diversa índole.

En primer lugar, a finales del siglo XIX florecieron una pluralidad de ideologías y corrientes intelectuales diversas, que Ángel Rama –citado por Terán– describe como un periodo dominado por el discurso positivista de *superposición de estéticas*: “En el periodo de las dos últimas generaciones, la de 1880 y la de 1885, encontramos reunidos el último **romanticismo, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el simbolismo, el positivismo, el espiritualismo, el vitalismo, etc.**” (Terán, 1979, 18). En el momento en que Ingenieros entra en la adolescencia, “había llegado a su crepúsculo la briosa generación del año 80” (Ponce, 1949, 13) y junto con ella una nueva estructura económica y social.

El clima de ideas fue enriquecido por una pluralidad de corrientes ideológicas, de las cuales son dos las que tienen la primacía: el cientificismo positivista, en primer término, y el modernismo espiritualista, en segundo término. Esta doble herencia parece estar presente a lo largo de la producción de José Ingenieros.

En segundo lugar, se puede mencionar el problema respecto de la conciencia nacional atravesado por la independencia de Argentina en torno al Centenario de la nación, es decir, la conmemoración de los primeros cien años de ocurrida la revolución de mayo de 1810 y que tiene que ver con la idea de nacionalidad en Argentina, al sostener que esa tradición debe ser construida a partir de los diversos aportes históricos de los migrantes. El debate entre el liberalismo y la democracia en el marco de la inmigración masiva es medular. Otras preguntas pertinentes aquí son: ¿En qué sentido debe entenderse la libertad individual en esa nueva nación? ¿Cómo garantizar que esa nación sea justa? ¿Debe, para ser justa, ser una nación de iguales?

El contradictorio clima intelectual de fin de siglo y las disputas en torno a la idea de nación, son dos de los factores (*internos*) a ser considerados al momento de interpretar con cierto rigor el pensamiento ideológico de José Ingenieros.

En tercer lugar, entre las primeras dos etapas (1895-1897 y 1898-1911), por un lado, y la última (1911-1925), por el otro, un hecho histórico conlleva a la necesidad de hablar de un cambio de paradigma. Se trata de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). La ideología del progreso y sus múltiples manifestaciones como, por ejemplo, la confianza en la razón y en la ciencia son fuertemente cuestionadas en el viejo continente. De tal forma que empieza a contemplarse la idea de que el avance científico conduce a la autodestrucción del género humano. El primer gran conflicto bélico del siglo XX es otro de los elementos, esta vez de la esfera internacional (*externos*), es valorado.

Se parte del supuesto de que los valores aludidos son expresión de la construcción de una filosofía de progreso que se puede lograr mediante la búsqueda constante del perfeccionamiento del ser humano, lo que permite elucidar un aspecto central de la obra del autor, que puede ser sintetizado en la pregunta: ¿Cuál es su idea de progreso humano?

En tal virtud, en esta investigación se realiza un análisis documental a partir de los propios textos de José Ingenieros. El análisis se aborda primordialmente en el estudio de las obras de corte humanista, vinculando a estas últimas con el contexto histórico y cultural pertinente. Los conceptos que se extraen de autores de la actualidad, son útiles para elucidar ciertas nociones que se revelan en la obra de José Ingenieros, no para interpretarlas anacrónicamente desde la perspectiva del presente. En todo caso, sí se presta especial atención a las influencias que pudo haber recibido Ingenieros, como es el caso de Ralph Waldo Emerson, Charles Darwin, Herbert Spencer y de Domingo Faustino Sarmiento y José María Ramos Mejía, ya en el ámbito argentino.

II. Metodología.

En función del objetivo planteado y dado el carácter netamente no cuantitativo del presente trabajo de investigación, nos situamos en la metodología de orientación cualitativa de investigación. Desde esta metodología no se buscan datos empíricos que sean el soporte para encontrar explicaciones de tipo causa-efecto sobre una determinada realidad; al contrario, la metodología cualitativa busca especialmente la interpretación de una realidad, ya sea social o personal, como es nuestro estudio. Se trata de analizar un mundo personal, cómo interpreta Ingenieros distintos problemas, situaciones y qué significado les atribuye.

Nuestra perspectiva metodológica se caracteriza por los siguientes rasgos:

–Sigue un enfoque holístico-inductivo-ideográfico; es decir, estudia la obra de José Ingenieros en su conjunto sin que se convierta este trabajo en una investigación fragmentada de su pensamiento y contextualizándola en su época histórica.

–Utiliza la vía metodológica inductiva: las categorías de análisis a identificar en las obras de José Ingenieros y su posterior interpretación se elaborarán en y desde el análisis de contenido y no desde teorías previas de otros autores.

–El diseño de investigación aquí adoptado será flexible y progresivo. Más que seguir en este estudio un procedimiento rígido de investigación, el método elegido para esta investigación pone en manos del investigador la posibilidad de interpretar el pensamiento de José Ingenieros de modo descriptivo.

–La orientación metodológica escogida para este trabajo de investigación se dirige a obtener una comprensión creíble, confirmable y transferible del pensamiento de José Ingenieros.

–Al haber elegido una determinada orientación metodológica, nuestro trabajo de investigación podrá ser contrastado con otros trabajos de características similares.

Para la obtención de información bibliográfica y documental, se consultaron textos de José Ingenieros, se acudió a bibliotecas públicas en universidades, se consultaron artículos y publicaciones en general. Asimismo, se indagaron aspectos biográficos que incidieron favorablemente en la formación de nuestro autor, tanto en su entorno familiar como en el campo de la ciencia y de la filosofía, de los cuales se nutrió nuestro autor.

CAPÍTULO I

SEMBLANZA Y CONTEXTO HISTÓRICO

1.1. Semblanza de José Ingenieros.

José Ingenieros nace en la ciudad de Palermo, Italia, un 24 de abril de 1877 (Terán, 1986, 9). Sus padres, Salvador Ingegneros –quien posteriormente adopta la forma castellana de su apellido– fue periodista y de militancia socialista, se casa con Mariana Tagliavía y ambos forman parte de la gran corriente migratoria europea de ese periodo hacia América Latina, estableciéndose primero en Montevideo, Uruguay, para después trasladarse a Buenos Aires, Argentina. Procrean dos hijos, Pablo y José (Kamia, 2003). En una breve reseña biográfica, Delia Kamia, –hija de Ingenieros– escribe que su padre nace en “un hogar de tradición revolucionaria”, y hace una pequeña semblanza familiar. El padre de Ingenieros, nos dice, fue “periodista y socialista militante, dirigió el órgano republicano *L’Umanitario*. Asistió a la *Primera Internacional*. Fue director del primer periódico socialista siciliano que se llamó *Il Povero* y su militancia desde esa tribuna le valió persecución y prisión”, nos sigue narrando Kamia –refiriéndose ahora a su madre– que “Mariana Tagliavía, era hija de otro revolucionario palermitano, José Tagliavía, que murió joven en lucha contra los Borbones, por la unidad de Italia”, y, nos comenta además, que la “persecución de que fue objeto Salvador le obligó a emigrar a América, donde dirigió la Revista Masónica y se dedicó al periodismo y a actividades comerciales” (Kamia, 2003, 17).

1.1.1. Influencias y entorno familiar.

Desde muy temprana edad, Ingenieros fue expuesto a un entorno familiar y social que favorecía el estudio y la disciplina, nutriéndose de valores provenientes de modelos de conducta que influyeron decididamente a forjar su temperamento, pensamiento y personalidad. “Su padre se preocupaba mucho por su educación” escribe Delia Kamia, y agrega: “el hogar paterno era concurrido por literatos y socialistas, y ello familiarizó a José con las ideas más modernas de su época” (2003, 18).

La influencia de su padre contribuye a su orientación socialista, pero también existen otras que, en conjunto, terminan por moldear la personalidad y pensamiento del joven Ingenieros hasta convertirlo en un fecundo autor e investigador de diversas disciplinas científicas y sociales. Ingenieros ve transcurrir su adolescencia en suelo argentino, en un contexto severamente golpeado por la crisis de 1890, que tiene como consecuencia la agitación social: paros, huelgas y movimientos obreros. Según Héctor Agosti, cuando Ingenieros contaba con 15 años y cursaba el bachillerato, publica un periódico titulado *La Reforma*, era su “primer contacto con los problemas vivos de la sociedad” (Agosti, 1950, 15), y añade que: “Cuando el contacto con el ancho mundo de la calle comienza a desvanecer el sortilegio paterno, lo seducen las voces deslumbrantes de la generación del 80” (Agosti 1950, 12).

Si el entorno familiar, social y cultural es de considerarse como factor indispensable en la influencia que ejerce sobre el desarrollo intelectual y emocional de todo individuo, en un joven como Ingenieros, permanentemente sediento de conocimientos, la influencia de su padre y demás intelectuales que frecuentaban su casa durante su niñez, así como los modelos de valores que representaron en su vida personajes como el ex-presidente argentino, Domingo Faustino Sarmiento, resultan fundamentales.

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) es uno de los personajes argentinos a quien Ingenieros profesa una gran admiración, considerándolo un genio moral de la talla de Ralph Waldo Emerson. Puede decirse que la semilla plantada por la personalidad de Sarmiento en la mente de Ingenieros, germina desde la infancia a partir de dos ángulos distintos. Uno de ellos, originado por las lecciones de la historia nacional aprendidas dentro del aula escolar. El otro, muy probablemente de las lecturas y charlas de la familia, fomentadas por su padre, en las que pudo haberse utilizado la figura histórica de Sarmiento como el modelo argentino del hombre, del maestro, del genio. Así es como transcurren la niñez y la juventud de Ingenieros, estudiando y aprendiendo, alimentándose de los ejemplos que construyen con sus acciones los individuos fuera de serie a quien tanto admira, los hombres excepcionales.

Sarmiento fue un político, escritor, maestro, periodista y militar argentino; gobernador de la Provincia de San Juan entre 1862 y 1864, presidente de Argentina entre 1868 y 1874, senador nacional por su provincia entre 1874 y 1879, y Ministro del Interior de Argentina en 1879. Al igual que Esteban Echevarría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, José Mármol y Félix Frías, Sarmiento es integrante de la llamada Generación del 37, “considerada como el primer movimiento intelectual animado de un propósito de interpretación de la realidad argentina que enfatizó la necesidad de construir una identidad nacional” (Terán, 2009, 61).

Domingo Faustino Sarmiento nace en Carrascal, uno de los barrios más humildes de San Juan, Argentina, un 15 de febrero de 1811 (Crowley, 1972, 11). Sus padres fueron José Clemente Quiroga Sarmiento y Funes, quien participa en la Guerra de Independencia como empleado subalterno, y Paola Zoila de Albarracín e Irrázabal. El matrimonio formado por José y Paula, procreó 15 hijos, muriendo 9 de ellos, siendo Domingo el único hijo varón que sobrevive para llegar a la edad adulta. La niñez de Sarmiento se encuentra saturada de los ideales de la Revolución de Mayo de 1810, forjados durante la búsqueda de la independencia Argentina de España, en la que la figura central es José de San Martín, con quien el padre de Sarmiento, José Clemente, colabora “destacadamente en San Juan, e incluso en Chile”. El pequeño Domingo Faustino es influenciado por sus padres. Por un lado, de su madre aprende el valor del trabajo arduo, y de su padre recibe las historias de la Guerra de Independencia y de haber cumplido con su deber al servir honrosamente a su país, un sentimiento patriótico que marcaría su vida adulta (Brizuela, 1951, 19).

Sarmiento se exilia en Chile en 1831, por su oposición al gobierno de Juan Manuel Rosas, quien busca descalificarlo y como respuesta a los ataques de que es objeto. Con el correr de los años, el joven Sarmiento, inmerso en la vorágine política que envuelve a su pueblo, se convierte en maestro, soldado y político y publicador de *El Zonda*, un esfuerzo periodístico de muy corta vida, en el que escribe duros ataques al gobierno de Juan Manuel de Rosas. En 1839 funda una escuela para mujeres, su primer gran proyecto educativo, en lo que hoy es Santa Rosa de Lima (Brizuela, 1951, 21).

En 1842 funda el periódico *El progreso* y posteriormente *El heraldo argentino* con Vicente Fidel López. En 1843, durante su segundo destierro a Chile, Sarmiento escribe en *Mi defensa*. Y dos años después, en 1845 escribe *Facundo*, libro en el que narra la vida de Facundo Quiroga, “El objetivo del libro no es explicar a Quiroga – Facundo Quiroga– sino, a través de él, explicar a Rosas, que es lo mismo que develar el enigma argentino: por qué y cómo la revolución derivó en el despotismo” (Terán, 2009, 80).

En 1847, después de recorrer Europa en “busca de inspiración y ejemplos que pudieran servir al progreso de nuestra América”, Sarmiento visita el estado de Massachusetts, en Estados Unidos, durante un tiempo en el que Ralph Waldo Emerson se encontraba impartiendo conferencias en Europa (Ingenieros, 2004, 51). Al llegar Sarmiento a Estados Unidos, le llama poderosamente su atención, la intensidad religiosa que se vive en esa parte del país. Los unitarios, una orden más liberal que los puritanos, “en unión con los trascendentales, habían provocado una enorme reacción de las iglesias dogmáticas. Cada una ponía un fervor inusitado en la propaganda, siendo curioso que todas se disputaran las simpatías de la opinión, Biblia en mano y en nombre del cristianismo” (Ingenieros, 2004, 51).

Entre Sarmiento e Ingenieros se pueden apreciar afinidades de pensamiento. Mientras Sarmiento intenta darle sentido a su vida buscando cauces para proyectar sus ideales, ya sea en el aula, en la política, o en el periodismo, Ingenieros da inicio a sus inquietudes de adolescente a través de la publicación *¿Qué es el Socialismo?*, repitiendo tiempo más tarde el mismo esfuerzo que Sarmiento en *El Zonda*, con *La Montaña*, ambas publicaciones iniciadas con el mismo objeto, denunciar las causas de la injusticia social en los tiempos en que a ambos les corresponde vivir.

Las coincidencias de pensamiento, pueden no ser del todo accidentales. La niñez y adolescencia de Ingenieros se desarrolla dentro de un ambiente que reconoce y encumbra el legado político y humanista de Domingo Faustino Sarmiento. Es entonces cuando el modelo esculpido por la historia argentina, empieza a mostrar su influencia en la mente de Ingenieros, gracias a la enorme admiración que causa su obra en beneficio

de la justicia social. Ya sea por coincidencia o accidente, el paralelo, insignificante quizá, que se origina entre *El Zonda* y los primeros escritos publicados por Ingenieros en su adolescencia.

Es evidente que Sarmiento e Ingenieros compartieron, en distintos tiempos, un gran amor por el valor de la educación y por la voluntad de ambos por luchar desde cualquier tribuna posible, para educar y despertar a su pueblo. Sarmiento buscó en sus viajes por Europa y Estados Unidos, métodos novedosos de educación. El pragmatismo de Sarmiento le impulsaba a ir tras la búsqueda del procedimiento más eficaz, que al implantarlo en su tierra le permitiera liberar a su gente de la prisión de la ignorancia y el fanatismo. De cualquier forma, simbólicamente, la finalidad de Ingenieros era básicamente la misma que la de Sarmiento. Si este veía a Emerson como un modelo moral, para Ingenieros, ambos lo fueron.

Por lo que se refiere a nuestro autor, es él mismo quien nos narra el plan de educación que utilizó su padre y cómo fue que aprendió varios idiomas, en un *Autorretrato* publicado en 1915 en la Revista *Nosotros*:

“No soy un inspirado, sino un estudioso. Para lo que hago serían menos útiles las aptitudes extraordinarias de la imaginación, que el hábito arraigado del trabajo. He trabajado desde niño, pues mi padre fue pobre con breves intermitencias; era periodista y me enseñó a corregir pruebas de imprenta, retribuyéndome esa tarea con obsequios de libros, no mal seleccionados. Para enseñarme italiano, francés e inglés me encargaba traducciones, tazadas a razón de 5 centavos la página; algunas, de libros enteros, nunca se publicaron y más tarde comprendí que respondían a un plan de educación...”
(Revista *Nosotros*, 1925).

1.1.2. Estudios, actividad académica y política.

Ingenieros cursa sus estudios primarios en la ciudad de Montevideo, Uruguay, siendo un alumno muy sobresaliente en todas las materias. En 1885, en el mes de septiembre, se traslada con sus padres a la ciudad de Buenos Aires, donde radica definitivamente. Ingres a la antigua escuela Catedral del Norte, y en el año de 1888, al

Colegio Nacional Central de Buenos Aires (Ingenieros P., 1927, 12). Al concluir su bachillerato, en el año de 1893, ingresa simultáneamente a las facultades de medicina y de derecho, “Asiduamente asistió a las dos escuelas, pero al finalizar el primer año sólo rindió los exámenes correspondientes a la medicina, decidida ya su vocación por las ciencias naturales” (Ponce, 1949, 21).

El hecho de haberse decidido por las ciencias naturales, según lo advierte Agosti, no lo aparta de su vocación sociológica. En el año de 1897, Ingenieros escribe lo siguiente:

“Ha sido señal de ceguera psíquica la unilateralidad con que hasta la fecha se ha desarrollado la intelectualidad americana. Una verdadera obsesión literaria ha absorbido todas las energías de la juventud y, con raras excepciones, el trabajo de investigación y de reflexión sobre las causas, esencia y las resultantes de los fenómenos de la vida social ha sido rehuido como si se temiera el cansancio, o la impotencia, al abordar temas de verdadera importancia y utilidad social” (Agosti, 1950, 45).

Es en el Hospital de Clínicas, cuando Ingenieros y un grupo de colegas fundan el Centro Socialista Universitario, del cual es nombrado secretario. En 1895 con agrupaciones de obreros extranjeros, algunos profesionales argentinos y el Centro Socialista Universitario constituyeron el primer Comité Central del Partido Socialista Obrero Internacional, del cual José Ingenieros fue Secretario General (Bagú, 1936).

Ingenieros fue uno de los principales propagadores del ideario socialista, así lo afirma Ángel Rodríguez Kauth al decir que “es en las aulas de Medicina donde comparte con Moisés Dickmann y con Octavio Bunge –entre otros– estos afanes. Los mismos se plasmaron en la redacción y administración del viejo clásico del socialismo argentino: el periódico *La Vanguardia*” (1996, 30). Desde sus páginas no solamente se difundió el pensamiento socialista, sino que se analizaron todos los problemas económicos, políticos y sociales que afrontaba la Argentina.

Al poco tiempo de arribar Rubén Darío a Argentina, traba amistad con Ingenieros y se les une el poeta Leopoldo Lugones. Con éste último, Ingenieros da vida

al periódico socialista *La Montaña* que se convierte en la voz de las creencias y demandas socialistas y como Darío “simpatizara con su disconformismo y fuera él mismo disconformista indefinido, les prometió su aporte” (Bagú, 1936, 36). En el primer número de la montaña, publicado el 1° de abril de 1997, Darío publica su poema *Metempsychosis*.

Rubén Darío recuerda con calidez la personalidad de Ingenieros en estos términos:

“Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo fuimos desde un principio excelentes amigos; algo más: buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta clarear el alba y, sin embargo, tenía horas para consagrar al estudio y, como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad” (Bagú, 1936, 36).

Por Juan Antonio Solari sabemos sobre un suceso ocurrido en tiempos en que ya había estallado la primera guerra mundial, que muestra la lealtad y el respeto que profesaba Ingenieros a sus amigos y compañeros, a quienes nunca permitió se les atacara, en este caso a Justo y a Lugones: “En una ocasión, puso –refiriéndose a Ingenieros– como leyenda a un retrato de Juan B. Justo, publicado en la revista “**Claridad**” que se editaba durante la primera guerra y en momentos en que la distinta apreciación de los hechos podía distanciarlos: “El maestro de Teoría y práctica de la Historia” (1956, 19). Y respecto a Leopoldo Lugones, Solari documenta lo dicho por Ingenieros al escritor Euclides E. Jaime, en tiempos en que nuestro autor y Lugones se hallaban distanciados:

“Sé que usted no va a publicar ninguna irreverencia ni a vapulear a Lugones en la forma grosera en que otros lo han hecho. Lugones no puede ser tratado así, manifestóle en cierta ocasión al escritor Euclides E. Jaime. Lugones es el Niágara de la prosa en América– añadió–. Fue mi compañero en innumerables andanzas. Le quise y le quiero, a pesar de sus actitudes últimas, que han venido a causarme un gran dolor.

Podrá Lugones hacer o realizar lo que quiera; pero, lo único cierto es que yo no puedo autorizar en mis revistas la publicación de artículos que originarían una polémica con quién fue un

hermano. Tenemos los hombres de nuestra ideología mil cosas que necesitan nuestro esfuerzo. El porvenir dirá quienes estuvimos en la razón y quienes defendimos el futuro de América y de la humanidad con más tesón y con mayor desinterés” (Solari, 1956, 19).

Hacia 1897, siendo aún estudiante de medicina, Ingenieros publica artículos en el Ateneo de Buenos Aires, fundado en 1893, *Atlántida*, de José Pardo, y especialmente el *Mercurio de América*, periódico fundado por Eugenio Díaz Romero (Solari, 1956, 10).

Aníbal Ponce escribe que al cursar sus estudios de medicina, Ingenieros contó con la amistad y el apoyo de dos profesores eminentes que más tarde serían “un padre y un hermano”, José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga, quienes “supieron reconocer en él alumno las aptitudes superiores que podrían convertirlo en un discípulo” (Ponce, 1949, 30). Siguiendo a Ponce, sabemos que Ramos Mejía dictaba la cátedra de Neurología y que ya había publicado *Las neurosis de los hombres célebres* y *La locura en la Historia*, y que Francisco de Veyga, titular de Medicina Legal, introducía el estudio de la criminología en los programas oficiales y asentaba sus prestigios en su obra *Estudios* (Ponce, 1949, 30).

1.1.3. Desarrollo Profesional.

En el año de 1900, Ingenieros se gradúa de médico, con su tesis *La simulación de la locura* Ingenieros cuya introducción la titula, *La simulación en la lucha por la vida*. Alejado ya de su militancia del Partido Socialista, y habiendo renunciado a su afiliación en 1902, es nombrado Jefe de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Facultad de Medicina, y funda y dirige durante diez años los Archivos de Psiquiatría y Criminología. En el año de 1903 publica en italiano, *La Simulación de la locura* y simultáneamente, aparece en castellano editada por la *Semana Médica* ante la Sociología Criminal y la Clínica Psiquiátrica. En ese mismo año, obtiene la cátedra de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras y es ascendido como Director del Servicio de Observación de Alienados de la Policía.

Es en el año de 1905, cuando Ingenieros emprende su primer viaje a Europa, asiste como delegado oficial al quinto Congreso de Psicología de Roma. Escribe Aníbal Ponce, que en Roma, “Ingenieros llevó al Congreso su concepto de la psicopatología criminal y su clasificación científica de los delincuentes” (Ponce, 1949, 62), y agrega que pocas veces se habían reunido tantos hombres consagrados, cita entre estos a William James, a Lombroso, Fleching, Luciani, Morselli y Janet (Ponce, 1949, 60). Del mismo Ponce sabemos que durante este viaje, estando Ingenieros en París, dicta una conferencia en la Sorbona ante oyentes que se llamaban Pierre Janet, Ribot, Seglas, Sollier, Magnan y que además, envía artículos y colaboraciones a diversas revistas médicas del mundo: “Desde la *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière* hasta los *Archives de l’Antropologie criminelle*, de Lyon, y desde el *Neurological Journal*, de Londres, hasta la *Presse Medica Romana*, de Bucarest”. Ingenieros visita Alemania y España, para publicar “*La legislation du travail dans la Republique Argentine*, la *Nuova Classificazione dei delinquenti* y para conquistar la Academia de Medicina de Paris, por *Le langage musical et ses troubles histériques*, la más honrosa distinción que podía aspirar un extranjero” (Ponce, 1949, 64). Anibal Ponce seguramente se refiere al premio Prixe Longuet (Ingenieros P., 1927, 26).

Ingenieros regresa triunfante a Buenos Aires, el 1º de noviembre de 1906, y meses después, el 6 de junio de 1907, funda el Instituto de Criminología en la Penitenciaría Nacional. En 1908 imparte la Cátedra de Psicología Experimental en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Durante ese mismo año funda la Sociedad de Psicología y concluye su obra *Principios de Psicología* que sería el primer sistema completo de enseñanza de esa materia en el país. En 1909 es electo Presidente de la Sociedad Médica Argentina (Rodríguez, 1996).

Sobre su obra *Principios de Psicología*, que se publica en 1910 en *Argentina Médica*, nos dice Aníbal Ponce que “el ilustre químico y filósofo Guillermo Ostwald dirige su traducción al alemán y en las palabras prologales, que por venir de quien vienen constituyen de por sí sobrada honra para la cultura nacional, señala la importancia excepcional del libro por sus proyecciones filosóficas y por los

fundamentos biológicos en que asienta su estudio” (Ponce, 1949, 93-94). De esto se tratará en otro apartado más adelante.

1.1.4. Una decisión pasional.

En 1911, el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina lo propone por unanimidad y en primer término de una terna para ocupar la cátedra de medicina legal. El titular del Poder Ejecutivo ignora esta nominación y designa a otro postulante en su lugar, en un acto que atenta contra la dignidad profesional de Ingenieros.

Oscar Terán narra los hechos que provocan que Ingenieros se ausente de su país y que ocurren de la siguiente manera:

“En 1911 se presenta para ocupar la cátedra de medicina legal, en la facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Sus antecedentes intelectuales, su prestigio docente, sus escritos sobre el tema, determinan que el consejo directivo de la facultad ubique su nombre en el primer término de la terna presentada en ese entonces al poder ejecutivo. No obstante, éste desconoce la jerarquía propuesta obedeciendo muy probablemente a presiones provenientes de la iglesia católica y designa a otro postulante en su lugar. El intelectual, es cierto, puede ver negada su inserción institucional, por los poderes del Príncipe, pero le resta un bello recurso: retirarse” (Terán, 1986, 57).

Ante el agravio cometido contra su dignidad profesional, Ingenieros abandona Argentina, se autoexilia en Europa y se inicia en el camino de la filosofía. Es durante su estancia en el viejo continente que escribe una de sus obras más conocidas, *El hombre mediocre*.

En el año de 1913, estando Ingenieros en Heidelberg, Alemania, recibe una invitación de Rodolfo Rivarola, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, para retornar a la patria y hacerse cargo de la cátedra de Psicología. Ingenieros responde desde Heidelberg, en una carta que dice:

“Conviene establecer que el vejamen inferido a un hombre estudioso ofende a toda la cultura intelectual de su tiempo. Debe ser así, es indispensable que así sea. Cuando en un país no existe quien comparta los esfuerzos, goce en los triunfos y sufra por las injusticias de que uno puede ser objeto, el estudioso se aparta: la ausencia es la única protesta posible donde se usa vivir acechando una prebenda o un destino y cuando no se puede olvidar que es el Poder Ejecutivo el único que las dispensa (...) Esa crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y de renunciamento, no rebajándose al juego de las recomendaciones y estigmatizando abiertamente sus consecuencias inmorales” (Riaño, 1933, 52-53).

En Europa permanece de 1911 a 1914, en donde completa sus estudios científicos y de filosofía en las Universidades de París, Ginebra, Lausana y Heidelberg. En Lausana se casa con Eva Rutenberg (Rodríguez, 1996), con quien posteriormente procrea cuatro hijos: Delia, Amalia, Julio y Celia. Visita España y estando en Madrid, Ingenieros conoce a don Francisco Giner de los Ríos, de quien queda hondamente impresionado. “Por su apostolado cultural, por la práctica severa de su virtud, Ingenieros veía en don Francisco Giner a uno de esos temperamentos idealistas que inspiraran en *El hombre mediocre* sus páginas mejores” (Ponce, 1949, 94-95). Es con este texto, *El hombre mediocre*, que Ingenieros marca su transición como escritor de temas científicos a filosóficos.

1.1.5. El regreso de Ingenieros.

El 22 de julio de 1914, Ingenieros regresa a Buenos Aires (Rodríguez, 1996), en donde instala nuevamente su consultorio médico y con la idea de reorganizar la cultura argentina, dedica grandes esfuerzos a su producción literaria. Con el propósito de hacer llegar a la población sus ideas, su pensamiento y reflexiones, edita por su propia cuenta una colección que titula *La Cultura Argentina*, en la que publica textos de Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Vicente Fidel López, Miguel Cané, Ameghino, Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y otros. Sobre *La Cultura Argentina*, Ponce afirma que “constituye la más eficaz obra de cultura colectiva que se haya realizado en el país” (1949, 101).

Casi simultáneamente, a partir de 1915, Ingenieros funda la *Revista de Filosofía*, una publicación bimestral dedicada a la ciencia y filosofía con artículos de autores nacionales y latinoamericanos y con una sección de análisis de revistas y libros. Esta revista constituye un caso único en el ámbito de las publicaciones periódicas de filosofía en Argentina, ya que se trata de la primera revista filosófica nacional que se publica bimestralmente durante un lapso de quince años, desde 1915 hasta 1929, cuatro años después de la muerte de Ingenieros (Terán, 1986).

En 1915 viaja a Estados Unidos invitado por la Fundación Carnegie, para participar en el Congreso Científico Panamericano con sede en Washington. Ingenieros presenta su ponencia *La filosofía científica en la organización de las Universidades*, que puede considerarse como la base de la Reforma Universitaria de 1918 en Buenos Aires y que más tarde se editará con el título de "*La Universidad del Porvenir*". Héctor Agosti afirma que: "La grandeza libertadora de la reforma, mucho deberá al impulso inicial de Ingenieros" (Agosti, 1950, 160). Por su parte Oscar Terán, lo describe como "auténtico precursor teórico de la Reforma Universitaria" (Terán, 1986, 80).

En el año de 1916, Ingenieros dicta un curso sobre *La cultura filosófica en España* y, al año siguiente, en 1917, las lecciones sobre Ralph Waldo Emerson que pronuncia en la cátedra de Rodolfo Rivarola, que son publicadas con el título de *Hacia una moral sin dogmas* y unas conferencias con motivo de la muerte de Félix Le Dantec, a quien Ingenieros había conocido en París, en su primer viaje.

Hacia 1918, nuestro autor es designado profesor suplente de Ética y Metafísica, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Pronuncia la conferencia *Ideales nuevos e ideales viejos*. Publica las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, que presenta al ser invitado a formar parte de la Academia de Filosofía. En ese mismo año publica el primer volumen de *La evolución de las ideas argentinas*.

En 1919, ocupa el interinato de la cátedra de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras y es en este mismo año, en el mes de octubre Ingenieros renuncia a todos sus cargos docentes y directivos.

En el año de 1920 se adhiere al grupo *Claridad*, y aparece el segundo volumen de *La evolución de las ideas argentinas, La locura en Argentina, y Las fuerzas morales*. En el año de 1921 inicia una amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto, quien posteriormente se convirtiera en gobernador del estado de Yucatán, México, y a quién Ingenieros brinda su asesoría durante un par de años. En 1922 publica *Emilio Boutroux y la filosofía francesa*, y en un homenaje que se le brinda en Buenos Aires a José Vasconcelos, y del que Ingenieros es el principal orador, propone la formación de la Unión Latinoamericana, de la que posteriormente Ingenieros redacta su acta constitutiva. En 1924 escribe *En memoria de Felipe Carrillo*, al enterarse de su fusilamiento acaecido el 3 de enero.

En mayo de 1925, Ingenieros viaja a París, en donde participa en los actos conmemorativos por el centenario del nacimiento del neurólogo Jean-Martin Charcot, en lo que será su tercer viaje al viejo continente. En esa misma ciudad, participa con Vasconcelos, Unamuno, Ortega y Gasset, Ugarte, Haya de la Torre, en una asamblea antiimperialista; presenta en la Sorbona, *Ante la Sociedad de las Naciones*, y constituye el Comité de Solidaridad de la América Latina.

A su regreso es invitado por el presidente Calles a visitar México, y estando ya de vuelta en Buenos Aires, es víctima de una meningitis y fallece el 31 de octubre de 1925, a los 48 años de edad, “antes de envejecer”, tal y como lo manifestara en la advertencia de su libro *Las Fuerzas Morales*. “Se sospecha por los relatos de colegas médicos de la época que podría tratarse de meningitis, esto es, a partir de los síntomas observables y relatados por el propio Ingenieros” (Rodríguez, 1996, 12). De acuerdo a lo escrito por Pablo Ingenieros, su cadáver fue cremado en el cementerio de la Chacarita, “el día 3 de Noviembre y sus cenizas guardadas en una urna, están depositadas en un pequeño monumento que algunos amigos le hicieron construir en los

jardines de la cremación, a la derecha de su entrada principal, conmemorando el primer aniversario de su muerte” (Ingenieros P., 1927, 12).

En lo que pareciera ser una predicción, Ingenieros escribe: “Esta vida nocturna puede vulnerar la salud; lo comprendo y a nadie se la aconsejo; pero no podré variarla mientras necesite ejercer mi profesión para vivir. El lujo de estudiar y escribir me cuesta ese sacrificio” (Revista *Nosotros*, 1925).

En cuanto a la producción de Ingenieros, su hija, la Dra. Delia Kamia escribe lo siguiente:

“...puede caracterizarse por ser constante, seria, documentada y original, dentro de la diversidad de los temas encarados. Tanto en ciencia como en filosofía o sociología, tanto en historia como en el enfoque político, siempre surge como conclusión definitiva de su pensamiento que todo producto de los talentos del hombre ha de ser para felicidad y progreso del hombre, y que el porvenir, el devenir humano, es indefectiblemente, una evolución positiva. Su tónica es, pues, el optimismo, pero alienta a luchar en todos los campos por ese ideal social que el hombre mismo debe realizar con su trabajo” (Kamia, 2003, 10).

Desdeñando la tentación del *parecer sin ser*, y de los convencionalismos del discurso políticamente correcto, encauzó su creatividad y sus conocimientos dedicándose a trabajar y a escribir con gran intensidad, como enseguida se describe en palabras de Ingenieros:

“Mi producción científica no ha sido nunca un medio de vida, ni siquiera una ayuda de costas; el trabajo intelectual es mi lujo. Necesito consagrar las tardes al ejercicio de mi profesión para costearme durante la noche el vicio de leer y escribir. Lo practico entre 10 de la noche y 5 de la mañana, más o menos, sin un minuto de intervalo. Generalmente leo y tomo notas, escribo por rachas, sin distraerme del tema, hasta terminar el artículo o el libro.... Mi fecundidad es resultado de mi óptima salud; no conozco el desgano, el ocio, la fatiga, ni el mal humor. No recuerdo haber pasado un día en cama por enfermedad, y ya empiezo a tener algunos años. Cuanto más estudio, más ganas tengo de estudiar. No me afloja la vista todavía, a pesar del trabajo nocturno....Me ayuda (...) la completa felicidad que me rodea en el hogar, donde mi distracción más agradable consiste, actualmente, en ayudar a mi esposa a cambiarle los

pañales a nuestra nena; pongo en ello tanto interés como en leer a Aristóteles y a Kant. Este trabajito lo hago ya bastante bien, aunque solo de tarde y a ratos perdidos, cuando mi clientela me deja un momento libre” (Revista *Nosotros*, 1925).

Existe cierta dificultad para registrar de manera precisa y exhaustiva, la ingente producción de Ingenieros en obras mayores y menores, así nos lo advierte Francisco Laplaza, y nos dice que tal dificultad obedece a múltiples factores. En primer término, a la inseguridad respecto de las ediciones que sobre sus obras se han multiplicado a través del tiempo, y que han obligado a los herederos del autor a ventilar la cuestión en los tribunales. Mientras vivió Ingenieros ya existieron ediciones clandestinas, nacionales y extranjeras, con textos espurios, mutilados o erróneos. En segundo lugar, no favorece la tarea la técnica del autor, consistente en esbozar el tema, publicarlo en uno o más artículos, enunciarlo en una o más conferencias o en cursos, corregirlos luego, ampliarlos y desarrollarlos hasta compilar todo en un volumen, sin perjuicio de mudar los títulos parciales o generales (Laplaza, 1977, 52).

La lista de publicaciones de Ingenieros incluye 484 artículos y 47 libros, los cuales se encuentran generalmente categorizados en dos periodos: Estudios en patología mental y criminología entre los años 1897 a 1908 y, estudios en filosofía, psicología y sociología, entre 1908 y 1925 (Triarhou y Del Cerro, 2006).

Es necesario mencionar que dentro de la larga lista de publicaciones del Dr. José Ingenieros, destaca *Principios de Psicología Biológica*, que a más de 8 décadas de su muerte en 1925, ha despertado el interés de científicos como el Dr. Lazaros C. Triarhou, profesor de neurociencias de la Universidad de Macedonia, en Grecia, y el Dr. Manuel del Cerro, profesor emérito de Neurobiología de la Universidad de Rochester, en Nueva York.

El reconocimiento de lo anterior, obedece al propósito de ofrecer una dimensión ajustada a la realidad sobre la calidad de la obra de Ingenieros, que extrañamente continúa sin encontrar un eco proporcional a su relevancia, dentro de los medios académicos hispano-americanos. En la investigación realizada para la publicación de sus *Principios de psicología biológica* en 1909, Ingenieros se adelanta décadas a su

tiempo gracias a la excelencia de su investigación científica, como lo confirman Triarhou y del Cerro al comentar en el año de 2006, que “la base neuronal de la conducta instigada por Ingenieros se encuentra en línea con los fundamentos modernos de la Neurociencia de la Conducta (Altman, 1966; Cotman and McGaugh, 1980; Carew, 2000; Zupanc, 2004). El componente sobre la Psicología Filogenética en el sistema de Ingenieros es precursor de las dimensiones de la Psicología Evolucionaria” (Triarhou y Del Cerro, 2006, 196-197).

El estudio sobre la aportación de José Ingenieros hecho por Triarhou y del Cerro, comprueba que en el plano científico, particularmente en las áreas de biología y psicología, Ingenieros produce en su tiempo una gran cantidad de investigaciones de relevancia, como lo demuestran las publicaciones iniciadas desde su juventud, coronando este esfuerzo académico con los *Principios de psicología biológica*, y que como lo muestra Ponce, la edición alemana publicada en 1922, cuenta con la aportación escrita de la introducción por el Dr. Wilhelm Ostwald, –Premio Nobel de química en 1909–, quién avala la calidad de la investigación realizada por Ingenieros, al caracterizar su contribución como ciencia exacta (Triarhou y Del Cerro, 2006, 196-197).

1.1.6. Ingenieros, “Maestro de la juventud”.

Aníbal Ponce afirma que “la aparición de *El Hombre Mediocre* señala en la vida de Ingenieros, el comienzo de un largo reinado sobre la juventud americana. Por el aliento lírico del libro, por el soplo idealista que lo inspira, por la visión radiante de optimismo que lo cierra, Ingenieros conquistó, desde entonces, la admiración y el respeto de los jóvenes” (Ponce, 1949, 143). Algunos de sus libros, han sido dedicados explícitamente a los jóvenes de América Latina, como es el caso de *Las fuerzas morales*, otros como *El hombre mediocre* y *Hacia una moral sin dogmas*, son testimonio de la comunicación constante que Ingenieros pretendía mantener con los jóvenes de su tiempo y las generaciones futuras. No sorprende, entonces, que en respuesta a la dedicación de su vida a la enseñanza, a la juventud del continente, los estudiantes reformistas de América Latina, en el *Primer Congreso Iberoamericano de*

Estudiantes (México, 1925), hayan declarado a José Ingenieros, “Maestro de la Juventud” (Graciano, 2008, 109).

La filosofía educativa de Ingenieros encierra una fórmula de conocimientos y aptitudes integradas, que desarrolladas durante el proceso educativo, contribuirá a la formación de individuos capaces de trabajar armoniosa y plenamente para lograr construir una sociedad más cada vez más justa. Ingenieros concibe a la educación como una fusión de desarrollos intelectuales, físicos y morales que debe contar con una finalidad social, dirigida y fomentada a partir de los conocimientos más sencillos, impartidos desde la más temprana edad, dedicados a producir durante el proceso formativo del educando, una conciencia de valor y respeto hacia el bienestar común de la sociedad. Fue Ingenieros uno de los primeros universitarios argentinos que imprimió con mayor énfasis aquello que se ha dado en llamar la *libertad de cátedra*, pero entendiéndola como la libertad de decir a viva voz ideas originales y transgresoras que en su mejor entender estaban cada vez más cerca de la *verdad* a la cual aspiraba arribar con pasión.

Ingenieros fue, sin duda alguna, un libre pensador. Pero eso no lo libra de los defectos inherentes a su humanidad. Como todo ser pensante de capacidades estimables, Ingenieros recibe y analiza las corrientes filosóficas y científicas preponderantes de su época, y una vez filtradas a través de su intelecto las expresa. La característica fundamental de Ingenieros consiste en su capacidad para plasmar, en todo lo que escribe, la independencia de su pensamiento. En su obra se percibe el impulso decidido, tanto personal como profesional, de examinar y cuestionar la realidad social que le rodea, sin más ataduras que las inherentes a su naturaleza idealista y a sus capacidades intelectuales.

1.2. Contexto Histórico y Cultural.

Tratar de interpretar el pensamiento de José Ingenieros, significa adentrarse en el pasado inexistente para narrarlo desde una perspectiva nacida en un momento

posterior y ajena al contexto social en el cual le correspondió vivir a nuestro autor. Intentarlo requiere sujetarse a las limitaciones sociales, económicas y políticas de un tiempo y de un vivir distinto al nuestro. El ejercicio de desentrañar la evolución de un pensamiento como el de Ingenieros o cualquier otro, implica querer proyectar a otros una experiencia ajena, desconocida. La historia es sólo un cuento desprovisto de esencia, como cajón de armario que contiene archivos de memorias del pasado y cuya información se encuentra restringida por las limitaciones inherentes al espacio del tiempo en que se crearon. La esencia en este caso, es la experiencia real de vida en un tiempo distinto al nuestro. Es entonces que para acercarnos a ese mundo de costumbres y convencionalismos sociales ajenos, es necesario establecer un contexto, como lo afirma el Dr. Pedro Ortega, “Sin contexto no puede haber ni significado ni comprensión” (2004, 2).

En tal virtud, en este apartado, se aborda el contexto histórico mundial a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, haciendo énfasis en Argentina, particularmente en Buenos Aires, con el objeto de exponer el ambiente social, económico y cultural de la época en que Ingenieros vivió, así como las corrientes de pensamiento que influyeron en él. Se toman en consideración sucesos históricos previos, útiles para comprender algunos momentos de la época en que se forma nuestro autor y de las corrientes ideológicas que caracterizaron el mundo occidental y la Argentina de esos tiempos, como son: el capitalismo, el socialismo, el positivismo, el modernismo y el darwinismo social. También se anota el fenómeno migratorio, la llamada generación del ochenta, algunos movimientos de protesta de los trabajadores que tuvieron lugar en Buenos Aires y la Reforma Universitaria de 1918, todo ello como elementos internos; y, como factores externos se mencionan, la Primera Guerra Mundial o Gran Guerra y la Revolución Bolchevique.

1.2.1. Contexto Histórico Internacional.

Sin tratar de profundizar en el fenómeno de los orígenes y advenimiento del capitalismo, propósito ajeno a este trabajo, se intenta ilustrar aquí el contexto histórico internacional sobre el que se inicia el siglo XIX y, al hacerlo, mencionar brevemente

algunos sucesos que son fundamentales, acaecidos en Europa y Estados Unidos, en virtud de ser eventos que impactan la vida y las costumbres de las sociedades de la época, como las latinoamericanas y en especial a la sociedad Argentina.

En la últimas décadas del siglo XVIII, específicamente en 1776, y coincidiendo con la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, Adam Smith (1723 – 1790) publica su obra *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, libro conocido posteriormente por su título abreviado *La riqueza de las naciones*, en donde el autor plantea su metáfora de ‘la mano invisible’ de la economía, que consiste en la capacidad de los mercados de producir los bienes y servicios requeridos por la sociedad (Smith, 2009). Su idea se basa en la división y especialización del trabajo en el proceso de producción, que con la llegada del maquinismo se agudiza, y consiste en que varios obreros se dedican exclusivamente a trabajar sobre un solo aspecto del proceso de manufactura, laborando en un solo paso de la producción, aumentando con ello su eficiencia y produciendo una mayor cantidad de bienes, con ayuda de la maquinaria que utilizan. Este tipo de producción en serie o producción en masa como también se le llama, basada en el trabajo especializado, que logra transformar los métodos de manufactura, genera importantes repercusiones socio-económicas, dando lugar a la Revolución Industrial y a las sociedades industrializadas.

Con el nacimiento de la industria basada en la producción de grandes cantidades de bienes, debido a la división y especialización del trabajo, los productores empezaron a obtener importantes ganancias en sus empresas y, por lo tanto, protegiendo sus propios intereses hicieron a un lado al Estado para que éste no interviniera en la economía, a efecto de que no fijara políticas económicas, ya que ‘la mano invisible’ –era de suponerse– iba a controlar los mercados con base en la oferta y demanda de bienes y servicios. De tal forma que Oscar Terán advierte: “Adam Smith cree haber hallado en la economía la posibilidad de abolición de la política, utopía largamente acariciada” (2009, 100). Es así como el Estado, al no debe intervenir en la economía, basa su política en el ‘dejar hacer, dejar pasar’ (*laissez-faire, laissez-passer*). Este concepto de la búsqueda del interés propio, es el germen que empieza a transformar el espíritu en individualista y liberal, y que daría lugar al sistema capitalista.

Durante el siglo XIX, conocido como ‘el siglo del progreso’ por el auge de la industrialización, se generan una gran cantidad de empleos y, paralelamente a ello, con el uso de la maquinaria, se alcanza un alto grado de explotación en perjuicio de los trabajadores, sobre todo para las mujeres y los niños, que trabajaban jornadas iguales a las de los hombres pero con salarios inferiores. “Los niños, algunos no mayores de siete años, se veían obligados a trabajar durante doce o quince horas diarias, seis días por semana” (Ashton, 1975, 135). “Las jornadas laborales se hicieron más intensivas y la voracidad de los empresarios los llevaba a amortizar las máquinas, manteniéndolas en constante actividad, en el menor plazo posible. La prolongación del esfuerzo se justificó con motivo de que la máquina sustituía el esfuerzo del trabajador de tal forma que no se le exigía gasto de energía” (Cabanellas, 1968, 510).

Como consecuencia de esta explotación y trato inhumano, los trabajadores se empiezan a organizar y coaligar en defensa de sus intereses, demandando mejores condiciones de trabajo, y se producen los primeros paros y huelgas en Europa. El movimiento obrero alcanza tal fuerza, que logra traspasar las fronteras de diversos países. Surgen así las Asociaciones Internacionales de los Obreros. La Primera Conferencia, llamada la Primera Internacional, tuvo su sede en Ginebra, Suiza, en el año de 1866; y, la Segunda Conferencia, llamada la Segunda Internacional, se celebra en París en el año de 1889. De acuerdo a Sergio Bagú, “Cuando se produjo la escisión del movimiento obrero, que puso fin a la Internacional, los proletariados italianos siguieron a Bakunin” (1936, 21). Supone Bagú que es la corriente que pudo haber seguido Salvador Ingenieros, el padre de nuestro autor.

El siglo XIX fue el tiempo de las herramientas mecánicas y de la maquinaria, es decir, la fabricación de herramientas que fabricaban, a su vez, otras herramientas. Se comenzó la especialización de la producción y por ende del trabajo. Brevemente se puede mencionar que la producción en masa fue inventada en este siglo, y junto con ella, el uso del vapor, de la electricidad, la luz eléctrica, el teléfono, el acero y productos derivados del petróleo, por sólo mencionar unos ejemplos.

Este sistema capitalista, creado por la sociedad industrializada, se apoyaba en el liberalismo económico que durante la primera mitad del siglo XIX, fue una ideología impulsada por la burguesía y las clases populares urbanas. En Economía, el liberalismo defiende la libre iniciativa y el librecambismo, sin intervención del Estado, el ‘dejar hacer, dejar pasar’ (*laissez-faire, laissez-passer*). La doctrina del liberalismo clásico es eminentemente individualista. La idea de ‘libertad’ en vigor se refiere al individuo. En este sentido, uno de los modos de definir a la clase burguesa liberal pasa por el hecho de que, frente a la monarquía o la aristocracia y el pueblo llano, los que pertenecían a ella "enfaticaban los principios del logro individual y la educación, el trabajo y la autoconfianza" (Kocka, 1995, 5). Estos cuatro elementos, en tanto que ligados a un "respeto por el logro individual" (Kocka, 1995, 6) eran aquellos a los que la clase media, la burguesía, recurría para distinguirse de los grupos que estaban por encima o por debajo.

De estas consideraciones se desprende que la idea de ‘igualdad’, elaborada por el pensamiento liberal, es en todo caso clasista, pues se refiere a los individuos que pertenecen a una determinada clase social. Se acepta entonces como dato natural incontrovertible, la existencia de desigualdades entre los individuos que conforman la sociedad.

El socialismo surge por la necesidad de reformar la organización social, económica y política de la sociedad capitalista, y como resultado de la pobreza en que vivía la mayoría de la población. Es una doctrina que se dio principalmente en el siglo XIX, fundamentada en un sistema de organización social basado en el principio de igualdad. Es la respuesta a las exigencias de la clase trabajadora, una clase que había estado marginada y se sentía obligada a vender su fuerza de trabajo al capitalista, al dueño de los medios de producción, convirtiéndose por este hecho en asalariados y explotados.

1.2.2. El Contexto Histórico Argentino.

Se considera, por diversos motivos, a la “Generación del 80” como la casta política responsable, –entre otros grandes cambios iniciados algunos con anterioridad–

de la consolidación política nacional al elegir a la ciudad de Buenos Aires como la capital argentina, evento relevante que simboliza el arranque de una substancial organización socio-política empeñada en ordenar y consolidar el Estado. Es el Presidente Julio Argentino Roca (1880-1886), a quien se le atribuye el reconocimiento de “fundador definitivo del Estado nacional argentino” (Bayer, 2006, 96).

Alejandro Korn sostiene que los hombres del 80, acogieron la doctrina de Spencer, “siguieron de cerca la fase psicológica del positivismo, siempre más interesados en las aplicaciones políticas, jurídicas, sociales o pedagógicas que en la dilucidación de los principios abstractos”, y agrega: “Absorbidos por la cultura europea no valoraron las fuerzas ingénitas del alma argentina y buscaron remedios exóticos para nuestros males. Mentalidades de gabinete, nunca se identificaron con el sentir de las masas; hombres de pensamiento carecieron de empuje militante” (Korn, 1940, 230).

Julio Argentino Roca, al asumir la Presidencia de Argentina por vez primera en 1880, –asume la titularidad del Ejecutivo por segunda ocasión de 1898 a 1904– se convierte en el principal impulsor de las *leyes laicas*, reformas políticas confeccionadas con el objeto de atraer hacia la nueva estructura del gobierno constitucional, una serie de funciones civiles adscritas, por imposición colonial primero y después por costumbre y tradición, al dominio y jurisdicción de la Iglesia Católica. Durante esta reforma, Roca declara gratuita la educación primaria al nacionalizar las instituciones educativas que operaba la Iglesia. Estas leyes expropiatorias tienen como resultado directo la ruptura de relaciones diplomáticas entre Argentina y el Estado Vaticano. Barroetaveña y otros escriben que en el año de 1884 “se dictó la Ley de Registro Civil de las Personas, a partir de la cual en todo el territorio nacional se habilitaron oficinas para el registro del estado civil de los individuos (nacimientos, casamientos, defunciones) hasta entonces realizado por la Iglesia Católica. También durante el mismo año se sancionó la ley 1420 de Educación común, que estableció la obligatoriedad de la escuela primaria, gratuita y laica. Ambas leyes fueron motivo de enfrentamiento entre liberales y clericales. Las figuras más conspicuas de este enfrentamiento fueron Manuel Estrada y Pedro Goyena.

El conflicto culminó con la expulsión del nuncio apostólico monseñor Mattera y la ruptura de las relaciones con el Vaticano” (2007, 27).

Durante la presidencia de Roca, la incipiente explotación agropecuaria, los comienzos de la industrialización, los alcances de la red ferroviaria, pero sobre todo el efecto combinado de la conquista de nuevos territorios y el ingreso año tras año de un flujo creciente de inmigrantes europeos, dan impulso a la Argentina para que ingrese en una etapa de desarrollo y estabilidad política (Titto, 2006).

La inmigración es favorecida a partir del desarrollo del capitalismo liberal, la creación y la ampliación de los mercados de consumo, la crisis de producción y las huelgas en los centros manufactureros urbanos, la formación de un cuadro técnico de ultramar para los imperios coloniales, la presión demográfica y la superpoblación rural en los países de economía predominantemente agrícola, a lo que se sumaban las exigencias y deseos individuales: la conquista de posiciones económicas, el ascenso social, los impulsos de aventura y las diferencias ideológicas (Terán, 2009).

A mediados del siglo XIX, Argentina experimenta una expansión importante en su economía, impulsada mayormente por la exportación de sus materias primas provenientes de la agricultura y la ganadería.

Atraída en parte por esta prosperidad económica, empieza una migración europea hacia Argentina que alcanza magnitudes sin precedente. Además de que en el año de 1876 se sanciona la Ley de Inmigración y Colonización 817, que imaginó como prototipo del inmigrante al europeo y se propuso atraerlo y retenerlo. El inmigrante era calificado como todo jornalero, artesano, industrial, agricultor o profesor, que siendo menor de sesenta años, y acreditando su moralidad y sus aptitudes llegase a la república para establecerse en ella, en buques a vapor o vela, pagando pasaje de segunda o tercera clase, o teniendo el viaje pagado por cuenta de la Nación, de las provincias o de las empresas particulares protectoras de la inmigración y la colonización.

José Luis Romero nos dice que ingresan a Argentina “más de 1.000.000 en el decenio 1880-1890, 800.000 en el decenio siguiente y 1.200.000 sólo en los cinco años anteriores a 1910” (1996, 113). Este caudal migratorio se concentró en su mayor parte en la ciudad de Buenos Aires y estaba compuesto por italianos, polacos, gallegos, rusos y judíos, que empezaba a inquietar a la población nativa.

Al acentuarse la diferenciación hacia el interior de la sociedad argentina, los criollos menospreciaban al inmigrante, que sólo representaba la mano de obra barata. El inmigrante, alejado de su patria pero no de sus costumbres, vivía esforzándose por resolver sus necesidades más apremiantes. Y el nativo, lleno de resentimiento frente a todo lo extranjero. Oscar Terán, escribe que la inmigración causaba problemas. Dichos problemas “trataron de ser resueltos desde el estado tanto por vía coercitiva (mediante las leyes de Residencia y de Defensa Social, del estado de sitio, el accionar policial y parapolicial) como por medio de la búsqueda de consenso centrada en la incorporación plena de los extranjeros y sus hijos a una identidad nacional argentina” (Terán, 2009, 120).

De acuerdo a Terán, existen dos formas de nacionalismo, uno constitucionalista y otro culturalista, “el constitucionalista, dice que la identidad nacional se define por pertenecer y adscribir a un conjunto de leyes fundamentales (como quien dice: soy argentino porque acato y respeto la Constitución de la República Argentina). El nacionalismo culturalista dice que ser argentino, o lo que fuere, es identificarse con un conjunto de pautas culturales (tales como la lengua, ciertos símbolos, usos y costumbres presentes y pasados, cierto “tipo nacional” como el gaucho o el vikingo, etc.)” (2009, 120). Afirma Terán que el que “finalmente se impuso entre fines del siglo XIX y principios del XX fue el nacionalismo culturista” (2009, 121). De esta forma la política migratoria se centra en la formación de la ‘nacionalidad argentina’, con el objetivo de lograr una homogeneización ideológica para afianzar la construcción del Estado-Nación y lograr la estabilidad interna del país.

En este fenómeno migratorio de fines del siglo XIX, –del que forma parte la familia de Ingenieros– participan hombres con historias de activismo político en

movimientos revolucionarios que estremecieron los cimientos de las sociedades europeas. “La oligarquía se sentía patricia –aún sin serlo demasiado– frente a esta masa heterogénea que se iba constituyendo a su alrededor, subdividida en colectividades que procuraban mantener su lengua y sus costumbres con escuelas y asociaciones y, en conjunto, ajena a los viejos problemas del país excepto en aquello que lindaba con sus intereses inmediatos” (Romero, 1996, 113).

El cierre del siglo trae, adicionalmente, el atractivo de las teorías políticas que indicaban el rumbo que el futuro de la sociedad argentina debía tomar. Ante tal escenario, no pasaría mucho tiempo para que las ideas marxistas y socialistas se difundieran entre los trabajadores e intelectuales. Con ello se generó el desarrollo de las organizaciones sindicales y de los movimientos de protesta, aunado a las ideas anarquistas y socialistas que los extranjeros profesaban.

“El socialismo aglutinó a los obreros de las ciudades y, en ocasiones, atrajo a una pequeña clase media ilustrada” (Romero, 1996, 111). En su mayor parte estos sindicatos de trabajadores eran anarquistas. “Una de las primeras fue la que formaron, en 1887 en Buenos Aires, los panaderos. Pronto le siguieron muchos otros grupos, entre los que se incluyen los trabajadores de la construcción, carpinteros y obreros metalúrgicos” (Alexander, 2003, 5).

El socialismo en Argentina se inicia en los diversos clubes, movimientos obreros y centros universitarios. Los impulsores del Partido Socialista, creado en 1896, fueron inmigrantes europeos que comenzaron a llegar al país a partir de la segunda mitad del siglo XIX. “El primer grupo Marxista Socialista real en la Argentina fue el Vorwärts Club, establecido en 1882 por un grupo de socialistas alemanes exiliados. Durante los últimos años de los 1880s, la verdadera organización de sindicatos empezó. En su mayor parte, estos sindicatos de trabajadores eran anarquistas, “sociedades de resistencia”. Una de las primeras organizaciones fue la que formaron, en 1887 en Buenos Aires, los panaderos, con la ayuda del famoso anarquista italiano Enrico Malatesta. Pronto le siguieron muchos otros grupos, entre los que se incluyen los

trabajadores de la construcción, carpinteros y obreros metalúrgicos” (Alexander, 2003, 5).

Alexander escribe que hacia mediados del siglo XIX, las primeras organizaciones de trabajadores empiezan a aparecer en Argentina, siendo una de las más importantes la del grupo de zapateros, conocidos como “San Crispín”. Sin embargo, agrega que la primera organización que se mantuvo en continua existencia fue la Sociedad Tipográfica Bonaerense, formada por el sindicato de trabajadores de oficios de imprenta de Buenos Aires, establecida en 1857 (Alexander, 2003, 4).

Desde mediados de la década de 1880, ya se percibían desajustes económicos, así lo afirma José Luis Romero, “largas jornadas y, sobre todo, salarios que disminuían en su poder adquisitivo a medida que crecía la inflación provocada por la crisis financiera que culminó en 1890, determinaron el desencadenamiento de los primeros conflictos sociales y la aparición de nuevas e inusitadas tensiones en la vida argentina” (Romero, 2001, 116). Terán sostiene que el descontento generado por la crisis económica de 1890, la indignación por la hegemonía del Partido Autonomista Nacional que con su práctica del fraude electoral marginaba a la mayoría de la población de toda participación política. Es “hacia a mediados de esa década de 1890 se constituye formalmente el luego denominado Partido Socialista Obrero Argentino, con la presencia de Juan B. Justo y cuyo primer secretario fue José Ingenieros” (Terán, 1986, 11-12). Es en 1895 que Ingenieros produce *¿Qué es el socialismo?*

A principios de 1890 un club socialista compuesto por obreros alemanes promovió la formación de un ‘Comité Internacional’ para organizar en Buenos Aires la celebración del 1° de Mayo. El acto reunió a casi tres mil obreros y en él se echaron las bases de una organización de trabajadores que, en el mes de junio, presentó al Congreso un pliego petitorio exponiendo las aspiraciones de los obreros en la naciente organización industrial del país. Al mismo tiempo, nació la Unión Cívica Radical, estableciéndose paralelamente dos grandes movimientos de distinta índole, uno que aspiraba a representar a las clases medias y otro que quería ser la expresión de la nueva clase obrera (Romero, 2001).

Toda vez que los trabajadores deciden unirse con el fin de mejorar sus condiciones de trabajo y, por ende, su calidad de vida y la de sus familias, la multiplicación de sindicatos no tardó en manifestarse. “En Diciembre de 1892, algunos de los obreros en la Federación de Trabajadores habían formado la Agrupación Socialista. En agosto de 1884, el grupo cambio su nombre a Centro Socialista Obrero” (Alexander, 2003, 9). “Es en medio de este efervescente movimiento que a fines de 1894, tres de los cuatro grupos socialistas más activos, Les Egaux, Fascio dei Lavoratori y la Agrupación Socialista Les Fulmi et Ago, resolvieron constituirse en partido, que denominaron Partido Socialista Obrero Internacional” (Oddone, 1983, 24-25).

Al inicio del siglo XX, al conformarse las primeras federaciones de diferentes gremios de trabajadores, existía entre sus miembros una profunda división ideológica y política. “Al comienzo, la disputa estuvo marcada por el enfrentamiento entre anarquistas y socialistas; si bien juntos conformaron, en 1901, la Federación Obrera Argentina (FOA), poco después, los socialistas la abandonaron y crearon la Unión Gremial de Trabajadores (UGT). La FOA se convirtió en 1904 en FORA –Federación Obrera Regional Argentina–, que un año después declaró la adhesión a los principios del anarco comunismo” (Lobato y Suriano, 2003, 30).

Año tras año, las organizaciones obreras se manifestaban en las calles y plazas a favor de mejores condiciones de trabajo y la instauración de la jornada de ocho horas, así como en contra de las políticas del gobierno, siendo reprimidos por las fuerzas públicas. Son dos los momentos en que las protestas adquirieron gran notoriedad e importancia, un primer periodo entre los años 1902 y 1907, en el que se realizaron más de 1,300 huelgas y un segundo periodo, que comprende los años 1917 a 1921 en el que se realizaron 935 huelgas (Lobato y Suriano, 2003, 46-47).

De acuerdo a José Luis Romero, apenas iniciado el siglo XX, en el año de 1902, estalló una huelga general en Buenos Aires. Los obreros en su mayoría eran extranjeros, por lo que el gobierno sanciona la ley de Residencia con el propósito de deportar a quienes perturbaran el orden público. “La medida provocó reacciones violentas que la policía y el ejército sofocaron implacablemente. Pero el gobierno no pudo impedir, sin

embargo, que gracias a una modificación del sistema electoral, llegara al parlamento en marzo de 1904 como diputado Alfredo L. Palacios, candidato del Partido Socialista” (Romero, 2001, 122-123). Por su parte, en 1904, Joaquín V. González, había elaborado el proyecto de ley nacional del trabajo, en el que se basa Ingenieros para escribir, *La ley del trabajo de la Republica Argentina*.

En el año de 1909, la represión de la policía había tenido como resultado encarcelamientos y destierros, tratando de afectar a las organizaciones obreras y, sobre todo, su presencia pública, aunque siguieron funcionando y volvieron a protagonizar posteriormente otros movimientos de protesta. La represión provoca la muerte de varios manifestantes, por lo que se declara una huelga general. Este hecho es conocido como la Semana Roja, periodo durante el cual se paralizan las actividades en Buenos Aires, extendiéndose a varias otras ciudades (Lobato y Suriano, 2003, 35).

El 1º de mayo de 1910, en el marco de la conmemoración del día del trabajo, se desata en Buenos Aires una violenta represión sobre los activistas y manifestantes anarquistas y socialistas, estas corrientes ideológicas atribuían diferente interpretación y sentido al 1º de Mayo: “Para el socialismo se trataba de una jornada festiva en la que los trabajadores se manifestaban pacíficamente y reclamaban sus mejoras. El anarquismo, en cambio, demostró siempre una profunda aversión hacia esa concepción, pues la fecha no podía tener un carácter festivo porque desviaba la verdadera significación de la protesta, considerada una jornada de luto y dolor por centenas de trabajadores encarcelados, muertos y heridos por la “explotación capitalista” (Lobato y Suriano, 2003, 34).

Al arribar al poder como titular del poder ejecutivo Roque Sáenz Peña, en octubre de 1910, se sanciona la ley electoral estableciendo el sufragio secreto y obligatorio. Es en 1911 cuando ocurre el incidente en el que Sáenz Peña veta a Ingenieros, impidiéndole obtener la titularidad de la cátedra de medicina legal en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, lo que impulsa a Ingenieros a abandonar el país para irse a radicar a Europa, como se explica en el apartado que corresponde a lo que en este trabajo se denomina como tercer periodo. En octubre de

1913, Sáenz Peña delega el mando por motivos de salud, falleciendo el 9 de agosto de 1914. Nuestro autor, José Ingenieros, regresa a Buenos Aires como lo había asegurado, cuando Sáenz Peña ya no se encontrara en el poder y lo hace, apenas unos días antes del estallido de la primera guerra mundial.

1.2.3. El Positivismo en Argentina.

El positivismo es una teoría que se basa en el método experimental y que rechaza los conceptos universales y las nociones a priori. Para los positivistas, el único conocimiento válido es el científico, que surge de la afirmación positiva de las teorías tras la aplicación del método científico.

El positivismo considera que el único medio de conocimiento es la experiencia comprobada o verificada a través de los sentidos, la que solamente puede surgir de la afirmación de las teorías comprobables mediante el método científico. Surge en Francia de la mano del pensador francés Auguste Comte y se extiende y desarrolla por el resto de Europa en la segunda mitad del siglo XIX. Según esta escuela, todas las actividades filosóficas y científicas deben efectuarse únicamente en el marco del análisis de los hechos reales verificados por la experiencia.

El sentido del positivismo es revelado también por Paul Brunton:

“Vivimos en una época de ciencia aplicada: el conocimiento viene primero; la creencia es secundaria. Enfrentamos todos los hechos o acontecimientos del mundo con un inquisitivo: ¿por qué? Existe una causa para cada efecto visible. Los viejos tiempos en que un suceso desconcertante se explicaba refiriéndose a la voluntad de Dios o a la intervención de un Ángel, han desaparecido y han desaparecido para siempre. La verdad espiritual, por lo tanto, debe apoyarse en una base científica; no temer jamás ninguna pregunta, y no se debe rechazar al investigador honesto llamándolo irreligioso o ateo porque busca la verdad antes de creer” (Brunton, 1998, 177).

El positivismo de Augusto Comte encuentra su propia versión en Argentina, Ricaurte Soler sostiene que “constituyó una etapa cultural cuyas proyecciones se hicieron sentir en todos los dominios del espíritu”, y agrega que caracteriza “el fin del

siglo XIX, así como los comienzos del siglo XX, la influencia considerable que tuvo sobre la pedagogía, la ética, la sociología, la historiografía –aún sobre el arte y las ciencias naturales– el positivismo filosófico, particularmente en su orientación científicista” (Soler, 1968, 15).

Hacia el final del siglo XIX, el clima positivista permeaba una buena parte de la sociedad argentina, haciéndola un poco más receptiva a los sucesos y avances de la ciencia. Los descubrimientos de fósiles prehistóricos efectuados por Florentino Amhegino hizo de la paleontología como disciplina científica, un tema de interés que trascendió a los centros académicos y a la comunidad científica. Estos descubrimientos, por sí mismos, muestran la existencia de una mayor apertura o predisposición de la población argentina hacia el darwinismo y a la filosofía positivista.

En el portal de la Universidad de Córdoba, se lee que Florentino Amhegino (1811-1888) –a quien Ingenieros dedica varias páginas en *El hombre mediocre*– produce en 1889, una obra titulada *Contribución al conocimiento de mamíferos fósiles de la República Argentina*, esfuerzo que le mereció recibir la medalla de oro en la Exposición Universal de París, y con *Filogenia, Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*, ubican a este científico como parte integrante de las figuras mundiales de enfoque paleontológico de la biología evolutiva.

De acuerdo a Carlos Quintana, Argentina es uno de los países que poseen abundantes yacimientos fósiles y que, además, la paleontología es uno de los más importantes patrimonios culturales que es fuente de información respecto del conocimiento de la vida en nuestro planeta. Afirma Quintana que durante la primera mitad del siglo XIX, Carlos Darwin y Alcides D’Orbigny visitaron Argentina por periodos cortos de tiempo realizando la exhumación de algunos restos fósiles (Quintana, 2008).

Es posible plantear que el positivismo argentino encarna en la denominada Generación del 80, conformada por escritores, políticos y profesionales, que están unidos a un proyecto de país, aunque no exista uniformidad de criterios para establecer

a quienes se les debe considerar parte de esa Generación, existen algunas coincidencias. Autores como Alejandro Korn, consideran que deben distinguirse dos grupos distintos: los universitarios y los normalistas, y entre los universitarios Korn ubica a “los egresados del año 82 de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Esa promoción comprende a los doctores José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago, Norberto Piñero, Ernesto Quesada”, y agrega a otros procedentes de cursos anteriores como a “Antonio Dellepiane y Francisco Barroetaveña. De la Facultad de Medicina vinieron Ladislao Holmberg y José María Ramos Mejía. De la de Ciencias Exactas, Emilio Mitre, y de la Universidad de Córdoba, Joaquín V. González, Adolfo Mitre y Alberto Navarro Viola” (Korn, 1940, 229-230). Algunos de los hombres del ochenta son recordados por sus obras literarias como sucede con el Dr. Luciano De Privitellio: “en *La gran Aldea* de Lucio V. López, en *Juvenilia* de Miguel Cané o en *Mis montañas* de Joaquín V. González” (Titto, 2009, 16). Por su parte para Oscar Terán, entre los intelectuales más visibles de la llamada Generación del 80, figuran: Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, Miguel Cané y Paul Groussac (2009, 114).

El positivismo argentino se desarrolla entre 1890 y 1910, así lo afirma Terán, y agrega que nace “en la primera mitad del siglo XIX, en Francia, con la filosofía de Augusto Comte (1798-1857). Por su parte Soler asegura que el positivismo marca con su presencia toda la cultura de ese siglo y tiene “una significación social y política en la medida en que puede ser considerado como la culminación teórica de las fuerzas sociales que determinaron la formación del Estado liberal burgués y democrático” (Soler, 1968, 59).

El pensamiento de Ingenieros se ubica a grandes rasgos en este contexto que podría denominarse “cientificista” en la medida en que su discurso se manifiesta como una filosofía de las ciencias empíricas. Es una constante en el positivismo de Ingenieros la preocupación por la metodología científica y por los análisis detallados de la estructura de las teorías científicas. Lo cierto es que Ingenieros contribuyó, a que se superara un cientificismo demasiado atento a lo concreto, abordando el estudio de temas filosóficos en una buena parte de sus obras. No obstante, fue encarnizada la crítica de los anti positivistas que años más tarde se ensañaron con la obra de Ingenieros. El

propio Korn sale entonces en su defensa destacando la falta de rigor de aquellos que enjuiciaban su posición filosófica, con abstracción de su momento histórico, aplicándole el criterio de una nueva actitud espiritual:

"En las postrimerías de una gran orientación filosófica tocó a Ingenieros defender la última brecha. No se le puede juzgar ahora con abstracción de su momento, ni aplicarle el criterio de una actitud espiritual. Desde el nacimiento de Alberdi hasta la muerte de Ingenieros ha transcurrido un siglo, en el cual el sentir de nuestro pueblo ha encontrado de continuo su expresión adecuada, sin simular preocupaciones ajenas a nuestra índole nacional, pero con la unidad intrínseca del pensamiento propio. De este proceso no se ha de borrar la obra de Ingenieros, como que no se han de extinguir tampoco los múltiples impulsos de su fecunda labor" (Korn, 1940, 264-265).

1.2.4. El modernismo espiritualista

El llamado espíritu positivo, que se inició con A. Comte, al identificar filosofía y ciencia, ha llevado consigo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la cancelación del concepto mismo de filosofía. Este afán reductor de todo lo humano, incluso sus manifestaciones superiores, a hechos naturales, y de estudiarlo con el método de la ciencia positiva trae consigo la imposibilidad de toda pretensión de una ciencia autónoma, distinta de la natural, con método propio, y la negación de los hechos más propiamente humanos como la libertad, la interioridad, la trascendencia de la persona, y su apertura a Dios. Contra este reduccionismo reaccionan una serie de pensadores que suelen agruparse bajo el nombre común de espiritualistas. Lo que les une a todos ellos es su afán por rescatar la irreductibilidad del hombre a la naturaleza olvidada por los positivistas. El modernismo espiritualista forma parte de lo que se conoce como 'el espíritu de fin de siglo'. De acuerdo a Terán, durante el fin de siglo XIX se produce una corriente contraria al positivismo:

"Podría afirmarse entonces que el fin del siglo XIX es la inversión del espíritu iluminista. Si antes se instaba "atrévete a saber", "haz uso de la razón para disolver las sombras de la ignorancia y los prejuicios", ahora se sostiene que ese afán de conocimiento conduce a la desdicha, a la disolución de todas las creencias, sin ofrecer una nueva en su reemplazo. Dicho en términos históricos más precisos: este proceso de

secularización ha desembocado en la “muerte de Dios” (como afirma Nietzsche), pero no tiene nuevos dioses para proponer en sustitución de los antiguos” (2009, 157)

La identidad sustancial de filosofía y ciencia, que es la consigna del positivismo, ha puesto en crisis, a partir de la mitad del siglo XIX, el mismo concepto de filosofía. En virtud de dicha identidad, la filosofía no tiene objeto propio si prescinde de los conocimientos positivos que le ofrecen la ciencia y los problemas que derivan de tales conocimientos. De tal forma que el positivismo negaba que pudiera llegarse a una esfera de conocimientos de un modo distinto al que se llega al resto de la naturaleza, ya que para él incluso la esfera espiritual formaba parte de la naturaleza. En su más profunda vocación el positivismo es un reduccionismo naturalista: nada existe o puede existir, en el espíritu y en la naturaleza externa, que no sea un hecho o conjunto de hechos, sometido a leyes y determinado por estas leyes. “En fin, las ciencias en general muestran una realidad absolutamente determinada por leyes férreas que no dejan ningún espacio para la libertad humana” (Terán, 2009, 156).

Siendo esto así, la investigación directa para buscar o justificar aspectos o determinaciones ignoradas o excluidas por la investigación positiva, como el finalismo de la naturaleza, la libertad de la voluntad humana en la historia, los fines o valores trascendentales propios de la esfera moral y religiosa, parecía que no podían efectuarse sino dirigiéndose a otras vías de acceso a la realidad, a otros instrumentos considerados más eficaces para esta finalidad y, por tanto, más propios de una filosofía que quisiera distinguirse de la ciencia y reivindicar, a su vez, la autonomía respecto de la misma ciencia. Siguiendo a Terán, el modernismo, al que se llamó “reacción anti positivista” se trata de un nuevo movimiento en Hispanoamérica, según afirma Terán, que fue liderado por Rubén Darío y se desenvuelve básicamente entre 1890 y 1910, coincidiendo puntualmente con el período de la cultura positivista: “Su implantación estuvo favorecida por el hecho de que Rubén Darío se instaló en Buenos Aires durante parte de la década de 1890. En su entorno se conformó un círculo intelectual dentro del cual encontramos a Leopoldo Lugones, quien será el primer representante del movimiento en nuestro país” (Terán, 2009, 157-158).

En esta dirección, el espiritualismo constituye la primera reacción frente al positivismo: una reacción sugerida por intereses preferentemente religiosos y encaminada a utilizar, para el trabajo filosófico, un instrumento completamente descuidado por el positivismo: la auscultación interior o conciencia. Se aplica este término a toda doctrina que practique la filosofía como análisis de la conciencia o que, en general, pretenda inferir de la conciencia los datos de la investigación filosófica. El modernismo espiritualista hace referencia a un sistema de filosofía que defiende la esencia espiritual y la inmortalidad del alma, surgiendo como respuesta al positivismo. La palabra fue puesta en boga en el siglo XIX por Víctor Cousin en el prefacio a la edición de 1853 de su obra *Du Vrai, du Beau et du Bien* (Sobre la verdad, lo bello y el bien). Esto permite “llamarlas ‘filosofías de la conciencia’. Desde una reflexión y definición sobre la conciencia, atacan y desquician el andamiaje positivista” (Terán, 2009, 198).

El modernismo espiritualista es la doctrina que afirma ante todo y sobre todo, como primera realidad, la del espíritu, y, hasta hace muy poco tiempo, como primera y fundamental cualidad del espíritu, la conciencia, el pensamiento o el intelecto. Conceptos, todos ellos, que ponen de manifiesto una actitud, por la cual el hombre toma como objeto de investigación su misma interioridad. El espiritualismo propiamente dicho se considera continuador de esta tradición, que coloca en el centro de su reflexión la conciencia, como alternativa frente a la naturaleza o exterioridad.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX una abundante corriente de pensadores se adhiere a esta tradición, en contraste con la ciencia positivista. Esta corriente reconoce el objetivo propio y específico de la filosofía en la descripción y explicación de los datos de la conciencia. Así como para el positivismo el único texto está constituido por los hechos naturales, para el espiritualismo lo está por los testimonios de la conciencia. En su opinión, estos no pueden ser estudiados como si se tratase de hechos exteriores ya que no tienen carácter cuantitativo sino meramente cualitativo al no poder ser ordenados en una sucesión espacial sino que se funden en una continuidad inseparable. La duración de la vida interior no puede ser medida con un reloj como los fenómenos externos. Y el medio mediante el cual el espiritualismo ha

intentado realizar su programa sigue siendo el indicado por Cousin es apelar a la conciencia, o sea a la reflexión interior o introspección para el hallazgo de los datos indispensables a la especulación. Como lo explica Terán:

“Comencemos por marcar la diferencia al respecto entre positivismo y nuevas filosofías de la conciencia: el primero afirma que entre la conciencia y la realidad natural existe una diferencia cuantitativa o de grado, y las segundas, que existe una diferencia cualitativa o de esencia... se está discutiendo si el hombre es un ser enteramente natural o material (como se supone son los perros o los gatos) o si tiene algo que lo diferencie de los demás animales. Si eso existe, y como lo que no es material es llamado “espiritual”, entonces se concluirá que los seres humanos tienen una porción espiritual, que en la tradición clásica y cristiana se llamará “razón”, “alma” o lisa y llanamente “espíritu” ” (2009, 199).

1.2.5. El Darwinismo Social.

El darwinismo social es aquella corriente que extrapola la teoría de la evolución de Charles Darwin al campo social, y puede definirse históricamente como la rama del evolucionismo que postula una divergencia mínima, o ninguna, entre leyes de la naturaleza y leyes sociales, ambas sujetas a la supervivencia del más apto. Su acepción es muy discutible y así lo aprecia Raquel Álvarez Peláez citada por Marisa Miranda y Gustavo Vallejo: “el darwinismo social, formulado como tal por primera vez en 1876, cobija las más variadas concepciones en las que se utilizan elementos de los diversos evolucionismos, no solo el darwinista. Se trata de un pensamiento que dividió, y aún divide, a quienes al ocuparse de él consideran redundante el adjetivo social y a aquellos que al hacerlo se esfuerzan por distinguir la teoría científica de la ideología aplicada en el campo socio-político” (Miranda y Vallejo, 2005, 11).

Es la creencia de que la evolución social puede ser explicada por medio de leyes de la evolución biológica que se ha manejado como la teoría que afirma que las leyes sociales forman parte de las leyes naturales, y pone en primer plano la lucha entre individuos o grupos humanos como fuente de progreso social y biológico. “Toda la historia puede reducirse a una sola gran ley natural. Esta ley natural se resume en la

expresión: *struggle for life*, lucha por la existencia” (Marx, citado por Agosti, 1950, 124).

El darwinismo social, como le llamó Herbert Spencer, coloca en principio la superioridad de la herencia sobre la educación, es decir, la preponderancia de los caracteres innatos sobre los caracteres adquiridos. Si los principios de la selección natural efectivamente funcionan en la sociedad, conviene simplemente no obstaculizarlos para garantizar el progreso social y la desaparición a largo plazo de las ‘anomalías’ como la pobreza o las distintas incapacidades. Bajo su influencia el positivismo comenzó a abandonar sus aspectos racionalistas: ‘herencia’ y ‘medio ambiente’ reemplazaron decisiones conscientes y lógicas como los determinantes principales de la acción humana.

Spencer acuñó el concepto de darwinismo social (también denominado organicismo social por relacionar a la sociedad con un organismo vivo), tomando de Darwin el concepto de supervivencia del más fuerte. Al trasladarlo al campo de lo social se justificó el dominio de un pueblo sobre otro y la desaparición de los pueblos más débiles (o menos aptos); de este modo, el imperialismo hallaba un sustento ideológico ‘científico’. Estas ideas daban sustento al predominio de los países industrializados sobre los más ‘atrasados’; a pesar de ello, intelectuales de países como Argentina y, prácticamente toda Latinoamérica, adoptaron el darwinismo social, incluso entre quienes se proclamaban socialistas, como José Ingenieros. Es así que Héctor Agosti nos dice: “Ingenieros, en efecto, resulta tan intensamente conquistado por las doctrinas de Darwin que no vacila en trasladarlas al campo de lo social, haciendo de la *struggle for life* la norma casi única para la evolución de los problemas sociológicos... Ingenieros convertíase, de cierta manera, en un “darwinista social” (1950, 123).

En sus evoluciones, el darwinismo social ha sido tomado como fundamento de muchas posiciones y justificaciones políticas dictadas por las necesidades del desarrollo capitalista. Aún hoy, la teoría de Spencer sigue sirviendo de garantía científica a la ideología del ganador y de la ley del más fuerte. Los más fuertes (más aptos o capaces) y mejor adaptados al medio, debían imponerse en la lucha por la supervivencia a fin de

evitar que la sociedad se degenera. “La adaptación al medio y la prevalencia de los más fuertes son, sin duda, las dos conclusiones que fatalmente derivan de toda sociología darwinista, de toda traslación de la mecánica de la historia natural a la dinámica de la historia social” (Agosti, 1950, 127). La guerra jugaba como un factor de eliminación de los más débiles.

Desde el darwinismo social, se procuró compatibilizar las afirmaciones científicas con la defensa de los oprimidos, planteando que el problema del capitalismo radica en ser un sistema artificioso que como tal, viola las leyes naturales, impidiendo la supremacía de los más aptos, es decir, de los poseedores del mérito, la inteligencia, el arte y el saber.

El darwinismo social es una idea convertida en creencia. El término de la supervivencia del más apto, atribuido a Spencer, pretende extrapolar dicha característica al ámbito social. Esta idea ha sido rechazada tanto por el individuo creyente, como por aquel que se sienta agredido al ser considerado por otros como un ser humano perteneciente a una categoría inferior. El sólo hecho de que después de casi 150 años de polemizar sobre la validez de su significado y sobre todo, sus implicaciones, demuestra que grupos antagónicos de uno y otro bando continuarán debatiendo el tema por algunos siglos más. Cabe señalar, que la ciencia no polemiza, sólo presenta lo que descubre y que son los individuos que se identifican, con uno u otro bando, quienes debaten acaloradamente el tema. Las religiones, por su lado, rechazan, en el peor de los casos, o minimizan, en el mejor de ellos, la investigación de Darwin. Quizá esta polémica interminable pueda deberse a la incapacidad humana por conciliar la igualdad que como individuos deseamos al aspirar al ideal de justicia, con las diferencias evidentes que el darwinismo social revela entre cada uno de los seres humanos. Esta simple contradicción, producida por nuestra imperfecta humanidad, seguirá manteniendo vivo el debate.

1.2.6. La Revista de Filosofía y La Cultura Argentina.

En 1915, Ingenieros con sus propios recursos y con el propósito de que la población tuviera acceso a lecturas sobre ciencia y filosofía, funda a *Revista de Filosofía*, una publicación bimestral con artículos de autores nacionales y latinoamericanos y con una profusa sección de análisis de revistas y libros. Esta *Revista de Filosofía* constituye un caso único en el ámbito de las publicaciones periódicas de filosofía en la Argentina, ya que se trata de la primera revista filosófica nacional que asegurará una publicación durante un lapso de quince años, editando su último número en el segundo semestre de 1929, cuatro años después de la muerte de Ingenieros. Además, edita por su cuenta una colección que se titula *La Cultura Argentina*, en la cual publica textos de Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Vicente Fidel López, Luis Cané, Ameghino, Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y otros.

El éxito y calidad que alcanzan *La Cultura Argentina* y la *Revista de Filosofía* bajo la dirección y auspicio de Ingenieros, es extraordinario. Como dice Ponce: “En poco tiempo, los libros de *La Cultura Argentina* se desparramaron por América, invadieron las librerías, colmaron las bibliotecas. Autores hasta entonces casi desconocidos, alcanzaron, de pronto, una popularidad insospechada”, agregando que “la *Cultura Argentina* constituye la más eficaz obra de cultura colectiva que se haya realizado en el país” (1949, 101). Y en cuanto a la *Revista de Filosofía*, Ponce nos narra que perduró por más de una década: “Desde el 1° de enero de 1915 hasta noviembre de 1925, la *Revista de Filosofía* constituye el más serio exponente del pensamiento americano” y que entre sus colaboradores podían encontrarse a “idealistas y teósofos, positivistas y escépticos, pero, sobre todo, educadores” (1949, 102).

El propósito de Ingenieros fue el de ofrecer una respuesta a una serie de problemas, no solamente vinculados con la actividad docente de estudios superiores y con la institucionalización de una cultura académica que obviamente tendrá sus raíces en las universidades, sino también en relación con la filosofía como coronación de esa actividad y con la conformación definitiva de una nacionalidad argentina. “La aparición

de la Revista de Filosofía, sus conferencias y artículos sobre Ramos Mejía, Álvarez y una multitud de artículos de propaganda cultural en *Caras y Caretas* y otras revistas, todo en seis meses, abría la brecha para una empresa de extraordinarias proporciones, como nunca antes se intentara” (Bagú, 1936, 160). El carácter representativo de la *Revista de Filosofía* está dado por Ingenieros, principalmente por su calidad de investigador en diversas disciplinas, al tener la voluntad de agrupar a su alrededor a un conjunto de pares, con los que comparte una serie de postulados filosóficos básicos que encuentran su materialización en la producción concreta aparecida en la *Revista*.

Sobre esta magna obra cultural emprendida por nuestro autor, Bagú nos dice: “La Revista de Filosofía y la Cultura Argentina tuvieron en los países americanos de habla española una insólita acogida. Sus volúmenes recorrieron durante largos años un continente inmenso, buscando a veces al lector en una aldea olvidada o despertando la discusión en una academia. Al ir educando un público cada vez más vasto, le enseñó a esperar la aparición de cada tomo con una expectativa que siempre era mayor” (1936, 160).

1.2.7. La Reforma Universitaria de 1918.

Una de las ideas principales de la Reforma Universitaria de 1918, iniciada en Universidad Nacional de Córdoba, consistió en el establecimiento de una democratización legítima de la enseñanza, así como de la implementación de novedosas tecnologías de enseñanza y aprendizaje, la libre expresión del pensamiento, el razonamiento científico frente al dogma y la participación del estudiantado dentro del gobierno universitario. “Debe tenerse presente que en 1918, al terminar la primera guerra mundial, el mundo había quedado totalmente transformado: se produjo el fin de la llamada “*belle époque*” y la humanidad observaba con profundo asombro los cambios revolucionarios que aceleradamente tomaban lugar; paralelamente, el cambio político de 1916, transfiguró el rostro de nuestro país, por lo que la universidad argentina, anclada en el pasado, no podía quedar marginada de aquel formidable haz de transformaciones” (Lorenzo, 1999, 90).

La disputa explota en la Universidad Nacional de Córdoba al ser ignorados los reclamos estudiantiles, dando lugar a la declaración de un paro estudiantil. En condiciones similares, pero con toda proporción guardada, los estudiantes de América Latina pudieron, emular la lucha del obrero en la Argentina de finales del siglo XIX, al unirse en asociaciones solidarias, federaciones estudiantiles para realizar huelgas cuando sus intereses se vieran afectados.

Los estudiantes al hacer uso de este recurso tan efectivo para los obreros, al igual que estos, dan inicio a una transformación educativa que la historia denomina la *Reforma Universitaria de 1918*. “El conflicto cordobés tuvo sus orígenes a fines de 1917, cuando el Centro de Estudiantes de Ingeniería elevó una protesta formal a las autoridades en razón de un nuevo reglamento de asistencia a clases, en tanto que los estudiantes de medicina solicitaban la supresión del internado del Hospital de Clínicas. En el mes de marzo de 1918, el Consejo Superior de la Universidad decidió no hacer lugar a los reclamos estudiantiles; el día 31, el comité pro-reforma constituido poco antes en el teatro Rivera Indarte, declaró la huelga estudiantil” (Lorenzo, 1999, 90).

Durante varios meses de negociaciones hubo intervenciones presidenciales, manifestaciones estudiantiles y huelgas generalizadas. En el período más oscuro del conflicto, intervinieron en la universidad el ejército y la policía, “las puertas de la universidad fueron cerradas y sus ocupantes resistieron hasta que fueron finalmente desalojados y detenidos, imputándoseles el delito de sedición. Sin embargo, esa misma tarde, el ministro del Interior comunicó a la Federación cordobesa que el interventor, Dr. Salinas, llegaría a la ciudad el 11 de septiembre: el movimiento había triunfado y los procesos de sedición fueron olvidados” (Lorenzo, 1999, 90).

Mediante esta lucha que tomó décadas, pero que al declararse abiertamente en 1918 se decidió a favor de los estudiantes y del progreso de la educación en sólo unos cuantos meses, la Reforma Universitaria de 1918 obtiene para las universidades argentinas los siguientes logros:

“1.- Participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad, junto a los profesores y egresados (gobierno tripartito), ubicando de esa manera a los educandos como eje básico de la actividad educacional, por una parte, y en la conducción de las casas de estudio, por la otra.

2.- Provisión de las cátedras por concurso de oposición y antecedentes y periodicidad de las mismas para eliminar “el derecho divino del profesorado universitario...” y la feudalidad de las cátedras.

3.- Docencia libre, a través de las cátedras paralelas, para garantizar la explosión de todas las corrientes de pensamiento académico en el proceso de aprendizaje.

4.- Libre asistencia de los estudiantes a clase, que de esa manera eligen a los mejores profesores y auténticos maestros.

5.- Autonomía universitaria, que garantiza la no intromisión del poder político en las casas de estudio, así como el atributo de darse sus estatutos, elegir sus autoridades, proveer los planes de estudios de las diversas carreras, etc.

Además, el movimiento reformista se proyectó sobre lo social a través de la extensión universitaria, conectando a las casas de estudio con el medio, y expresó su disposición de solidaridad con el movimiento de los trabajadores levantando la bandera de la “unidad obrero-estudiantil” (Lorenzo, 1999, 91).

1.2.7.1. La Universidad del Porvenir.

En diciembre de 1915, la ‘Fundación Carnegie’ invita especialmente a José Ingenieros a visitar los Estados Unidos con ocasión del Congreso Científico de Washington a desarrollarse el año siguiente. Ante tal Congreso, nuestro autor presentó su ensayo *La filosofía científica en la organización de las universidades* –conocido después como *La Universidad del Porvenir*– (Laplaza, 1977, 62).

En este estudio, Ingenieros establece que las universidades de la época no cumplían con las funciones que le habían sido encomendadas por la sociedad, pues existían imitando modelos de la vieja cultura medioeval europea. Que las facultades y escuelas están aisladas unas de otras y aunque muchas de ellas están excelentemente organizadas, pero sin una ideología científica y social. Aquí vemos la mezcla, que tenía

su personalidad, de su pasión por la ciencia con una ética social acentuada. Es así que nos dice: “Cada Facultad especial, instituto técnico o escuela profesional, se ha organizado separadamente, prescindiendo de todas las demás; no existe una dirección sintética del conjunto (...). El desarrollo de las escuelas profesionales ha muerto a la vieja Universidad, pero no ha creado todavía la Universidad nueva” (Ingenieros, 1962, 278).

Ingenieros propone crear la Universidad moderna que habrá de remplazar a la antigua, en donde las Facultades y escuelas conserven la preparación técnica de los profesionales, dejando a la Universidad el doctorado de los altos estudios. De tal forma que las Facultades y escuelas prepararían profesionistas en un dominio especial, y la Universidad hombres de ciencia sólidamente preparados con una cultura general en las variadas disciplinas científicas. De esta forma Ingenieros propone que “cada carrera profesional sería organizada por su Facultad respectiva, pero los doctorados de altos estudios serían coordinados por la Universidad” (1962, 286).

Por otra parte, las Facultades y escuelas no deben olvidar que forman parte de un gran todo que se llama Universidad, por eso nos comenta que la función de la Universidad moderna “debe consistir en la coordinación del trabajo de los Institutos y Facultades especiales conforme a un criterio general, procurando la convergencia de todos los esfuerzos hacia determinados fines” (Ingenieros, 1962, 278). Y añade que “la misión de la Universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales, que permitan organizar la cultura superior en servicio de la sociedad” (1962, 278).

Para complementar las ideas expuestas en el párrafo anterior, Ingenieros propone que las Facultades de Filosofía se transformen en centros destinados a la síntesis de las ideas generales que excedan los límites del conocimiento particular de cada Facultad, en pos de una filosofía científica, de tal forma que se le dé a la Universidad el espíritu de generalización y de síntesis del que tienden a apartarse la Facultades, Escuelas e Institutos, al mismo tiempo que se remplazarían los restos de la filosofía medioeval por los conocimientos ilimitados y siempre en renovación de la filosofía científica, por el constante devenir. Es así que nos propone “transformar las

Facultades de Filosofía en organismos destinados a la coordinación de las ideas generales que excedan los dominios particulares de cada Facultad profesional” (1962, 287).

Ingenieros también toca la función de extensión universitaria, o sea la función de difusión de la cultura que debe desarrollar la Universidad, y propone la exclaustación del saber universitario, previa la renovación de su dirección ideológica. Concebía la nueva Universidad como “una escuela de acción social, adaptada a su medio y a su tiempo, representativa del saber organizado y sintetizadora de las ideas generales de su época, lo cual equivalía a su sincronización incesante con las nuevas orientaciones ideológicas”. (Agosti, 1950, 184). El propio Ingenieros nos lo dice cuando establece que “poco a poco, se ha comprendido que el ideal consiste en utilizar todos los institutos de cultura superior para la elevación intelectual y técnica de todo el pueblo. (...) Es indudable que al efectuarse esta exclaustación de la cultura universitaria el Estado obtendría una centuplicada compensación, por el aumento de la capacidad moral y técnica en todos los hombres a quienes pueda extenderse su influjo benéfico” (1962, 282).

Es a partir de sus obras, sobre todo en *El hombre mediocre*, *Hacia una moral sin dogmas*, y la *Revista de Filosofía*, que se consolida el mito fundacional de la Universidad Argentina, la cual, a partir de la Reforma Universitaria de 1918 pretende marcar su diferencia tanto respecto de la vieja Universidad Colonial, como de los modelos europeos del siglo XIX. Precisamente ese ideal universitario y el texto en que mejor se expresa la íntima unión entre Ingenieros y la Universidad es: *La Universidad del Porvenir*.

Ingenieros fue un apasionado sobre los temas universitarios y la Universidad, ya que en sus ámbitos encontraba aquello que era su principal desvelo: la juventud. Así nos lo afirma Héctor Agosti al decir: “Hacia él se vuelven las miradas ansiosas de los muchachos que procuran un rumbo para sus esperanzas. (...) La grandeza libertadora de la Reforma mucho deberá al impulso inicial de Ingenieros; las cortedades prácticas

también estarán señaladas por sus utopías ‘juvenilistas’ ” (Agosti, 1950, 160). Mucho debe el sentido liberador de la *Reforma* y las conquistas alcanzadas, a Ingenieros.

Pensaba en la Reforma con la participación de los estudiantes en el Gobierno de la Universidad, pero pretendía este ideal a partir de una concepción muy particular acerca de la calidad de los alumnos y de los profesores. Tenía en mente la figura de jóvenes alumnos que fueran responsables y tomaran al Gobierno de la Universidad, imaginaba estudiantes que pensarán la política universitaria con responsabilidad y seriamente. El estudiante era para él, un individuo que se hacía responsable de sus actos y se manejaba con una moral sin dobleces ni oportunismos. Tenía su fe puesta en la juventud.

Respecto a los profesores, Ingenieros no los imaginaba especulando con el voto de los alumnos y maestros para satisfacer sus egoístas aspiraciones de funcionarios acartonados. Para Ingenieros era inimaginable el derroche de actuaciones demagógicas a que podía venir asociada su esperada *Reforma*. En el pensar y sentir de Ingenieros la Universidad era un lugar sagrado.

La propuesta central que ofrece *La Universidad del Porvenir* apunta a un objetivo claro: el de *construir* una Nueva Universidad dentro de un Nuevo País. Pero no elude Ingenieros el academicismo en la tesis seminal que desarrolla en *La Universidad del porvenir*. Allí afirma también que la universidad no debe preparar solamente técnicos y profesionales, sino dar una visión sintética y universal de las ciencias y las letras favoreciendo la investigación experimental y la más amplia difusión del conocimiento. Ingenieros critica la universidad de su tiempo porque ignora en los currículos de sus programas de estudio los resultados de las ciencias, y porque sus finalidades no se adaptan a la sociedad en la que funciona. “Nunca se insistirá bastante sobre la conveniencia de la educación integral, más necesaria en los estudios universitarios que en los elementales e intermedios. Las Facultades autónomas tienden a formar especialistas, sin preocuparse de formar hombres; esta última tarea debe incumbir a la Universidad, y es la razón que justifica su existencia” (1962, 280).

Para Ingenieros, la universidad debía salir de sus claustros, de su encierro, dirigir su mirada a la sociedad y serle útil. De este modo, la universidad singulariza su función en esta relación con su sociedad. Este modelo universitario propuesto por Ingenieros respondió históricamente a un momento de democratización y de inclusión social de los sectores medios en ascenso en Argentina. En el discurso de Ingenieros respecto a la función de la universidad pública consiste en resaltar la relación entre la democratización, el saber y la sociedad.

“Renovar la Universidad es un problema de moral y de acción”, afirma Ingenieros, para agregar que la Universidad “Hará más dignos a los hombres, aumentando su capacidad para la vida civil; hará más justa a la sociedad, multiplicando los vínculos de la solidaridad humana” (Ingenieros, 1933, 33).

1.2.8. La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra (1914–1918).

La Gran Guerra, como se le conoció a la Primera Guerra Mundial, fue una experiencia que la intelectualidad occidental vivió como un desencadenamiento del desastre. Salvo algunos sectores que veían en la guerra la justa medida del atrevimiento de los mejores y la exaltación de la técnica, la mayoría de los intelectuales que por entonces confiaban en el progreso, sintieron el enfrentamiento bélico como un evento siniestro. Ingenieros, profundamente interesado en la guerra europea produjo, en 1914, un artículo titulado *El suicidio de los bárbaros*, en el que veía a esta guerra como la consecuencia de un cambio social amplio, para él se dirimía en los campos de batalla la alternativa entre el progreso y la reacción. Es así que afirmaba: “La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, ha resuelto suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra. Este fragor de batallas parece un tañido secular de campanas funerarias” (Ingenieros, 2000, 11). Con esta afirmación Ingenieros nos decía que aún existía la primacía de la civilización feudal europea y, que la Gran Guerra era un punto de no retorno.

La Primera Guerra Mundial trajo consigo innumerables cambios, entre estos un derrumbamiento de la idea ilustrada de progreso, de tal forma, que se empieza a

cuestionar la idea del avance científico. Oscar Terán nos habla que “la Gran Guerra hizo evidente para muchos de sus contemporáneos “el derrumbe de la civilización occidental del siglo XIX” (2009, 191). Los ‘adelantos’ o nuevos modos de pensamiento producidos por el siglo XIX: la democracia, la ciencia, el materialismo, el aburguesamiento, son vistos a partir de 1914-1918 como caducos o generadores de desgracias. Terán nos dice que “las causas que se adjudican a esa crisis (materialismo, decadentismo, democracia y aburguesamiento) involucran a la cultura científica y positivista” (2009, 192).

Para entender por qué se produce esta ruptura conceptual es necesario recordar las características de la Primera Guerra Mundial, que la diferencian de todas las que la antecedieron. Entre estas características pueden nombrarse las siguientes: por un lado, la novedad técnica, ligada a un poderío bélico sin precedentes cuya consecuencia más inmediata es que sube monstruosamente el número de bajas y la contienda se prolonga inusitadamente; por otro lado, el hecho de que la guerra la llevan a cabo las masas de civiles, es decir que es vivida por los combatientes, entre ellos el pueblo y no ya exclusivamente por el ejército, como un verdadero calvario tecnificado, defendiendo una vaga idea de nación; además, la guerra implica un nuevo orden social, en el que el individuo (el individuo burgués liberal del siglo XIX) ya no existe, desdibujado como está en la infinidad de las trincheras que surcan el campo de batalla.

Al detonar la Primera Guerra Mundial la economía argentina, sin sentir el golpe bélico del conflicto armado, resiente el impacto económico ocasionado por la guerra en diversas formas. Los primeros síntomas de los efectos de la guerra se resienten en la carencia de mano de obra y la disminución de las importaciones europeas. “Se produjo, entonces, un proceso de sustitución de importaciones que implicó el reemplazo de una cantidad de productos importados por manufacturas locales. En cuanto a las exportaciones de grano, específicamente del trigo, con la retirada del mercado exportador por parte de Rusia, como resultado de la Revolución de 1917, aumentaron las exportaciones argentinas al surgir una gran demanda en los mercados internacionales” (Irazusta, 1963, 88-89). De tal forma que mientras en Europa se padece

“los males terribles de las guerras (incluida el hambre de la población civil)...” [Argentina es un país] “que, en el plano económico, está entre los top ten del mundo, y que en el plano social muestra un visible fenómeno de movilidad social ascendente. Esto es, la Argentina tiene una economía rica y ese bienestar se está distribuyendo entre sectores sociales ampliados, evidenciado en un crecimiento constante de las clases medias, mientras los problemas de la inmigración se han resuelto mediante una exitosa nacionalización e incorporación de las masas extranjeras... la sociedad tiene altas expectativas de progreso y de confianza en ese progreso general y personal. Así será hasta 1930” (Terán, 2009, 202).

Una consecuencia importante de esta experiencia de la guerra es que, progresivamente, el mundo europeo, así como el americano, van reemplazando un conjunto de valores y conceptos de un “mundo decadente que se derrumba”, como el fin de una época, por otros que señalan “el comienzo de una era nueva y mejor... como una hecatombe generalizada que venía a arrasar los males de la anterior etapa para inaugurar tiempos nuevos” (Terán, 2009, 192). Y *Los tiempos nuevos* es el libro en que Ingenieros trata este tema de la Primera Guerra Mundial, así como el de la Revolución Rusa, por lo tanto podemos decir, junto con Oscar Terán, que: “Precisamente José Ingenieros presentó su libro de evaluación de este suceso (la Gran Guerra) con el título antes mencionado de *Los tiempos nuevos*, en el cual termina afirmando que “ha comenzado ya, en todos los pueblos, una era de renovación integral” (2009, 192).

En la advertencia de *Los tiempos nuevos*, Ingenieros escribe “este libro contienen las reflexiones que la guerra europea y la revolución social han sugerido a un hombre que no se cree obligado a pensar con la cabeza de los demás” (Ingenieros, 2000, 11). Rechaza el carácter conservador de la ideología feudal que relegaba a los espíritus inquietos, que eran la avanzada de las fuerzas morales, así lo manifiesta en el artículo *El suicidio de los bárbaros*, incluido en la obra en cuestión:

“Durante cuatro siglos la casta feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos; la minoría pensante e innovadora, a duras penas respetada, sembró escuelas y fundó universidades, esparciendo cimientos de solidaridad humana. Por cuatro centurias ha vencido la primera. (...) Las fuerzas malsanas oprimieron a las fuerzas morales. (...) Ahora el destino inicia la revancha del espíritu nuevo sobre la barbarie enloquecida. La

vieja Europa feudal ha decidido morir como todos los desesperados: por el suicidio” (2000, 11).

De esta manera se indigna por el escaso respeto prestado a las minorías pensantes, congratulándose por el ‘suicidio’ de la Europa feudal. Concluye que es necesario “que la civilización feudal muera del todo, exterminada irreparablemente” (2000, 11). Esa aniquilación la entendía en términos morales, es decir, de los valores prevalecientes entre los vencedores que lo merecieran por defender el sentido del progreso.

Para Ingenieros, el atraso evolutivo de las naciones feudales en guerra, representadas fundamentalmente por los imperios centrales, eran la causa del conflicto bélico, pues insistían en permanecer en la feudalidad oponiéndose al cambio que significaba el progreso con las nuevas fuerzas morales. Estas naciones imperialistas acusaban los caracteres bárbaros de esa condición arcaica que era la feudal. Por lo tanto para él, el resultado de la guerra era el triunfo más profundo de la nueva moral, que ya veía ineludible. Es por eso que Ingenieros insistía en que “una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, las fuerzas malsanas quedarán aniquiladas. Hasta hoy fue la violencia el cartabón de las hegemonías políticas y económicas; sobre la carroña del imperialismo se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por su justicia” (2000, 12).

En su ensayo *Ideales nuevos e ideales viejos* de 1918, que forma parte de su obra *Los tiempos nuevos*, la guerra se valoraba y calificaba en términos teóricos, como: “La pavorosa guerra actual, destruyendo las energías vivas de la parte más civilizada de la humanidad, señala un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso” (2000, 24). Como se puede observar, en esa confrontación las preferencias de Ingenieros se justificaban en el terreno de los valores y no aparecían criterios políticos o económicos definidos. La guerra política y militar le interesaba muy poco, lo que le interesaba era la otra guerra, el conflicto entre los “ideales nuevos contra ideales viejos, guerra de la humanidad joven contra la humanidad senil, guerra de los pueblos sacrificados contra los gobiernos sacrificadores” (Ingenieros, 2000, 26). Vemos aquí como pervive la metáfora juventud/vejez, un

procedimiento que nos confirma su pensamiento, en el que lo joven era lo nuevo, la intervención de las élites pensantes. La admiración de la juventud por parte de Ingenieros constituía su fundamento del progreso futuro basado en los ideales.

1.2.9. La Revolución Rusa de 1917.

La influencia de la Revolución Rusa fue importante entre la intelectualidad argentina de la época. Aníbal Ponce, uno de los hombres pertenecientes a esta última, describe la impresión que le causaban los sucesos que acontecían en Moscú: “Desde la Rusia remota, el resplandor de la hoguera llegaba hasta nosotros con un sordo clamor creciente, enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. Eran tan inauditos los sucesos, se sucedían en forma tan vertiginosa, oscilaba de tal modo la mentalidad del mundo, que retrocedieron, para nosotros, los límites de lo imposible” (Ponce, 1949, 145).

Los sucesos de la Revolución de Octubre implicaron la sensación de que la historia humana cambiaba de rumbo. En los sectores más progresistas de las sociedades se comenzó a pensar que la humanidad se encaminaba definitivamente hacia una era de mayor justicia social. Ingenieros fue uno de los pensadores que adoptaron esta perspectiva. Es por ello que en *Los tiempos nuevos* aborda el tema de la revolución rusa con el propósito de explicar las diferencias entre las distintas formas de estructuras políticas y de gobierno, para declararse a favor del nuevo sistema gubernamental dirigido por el primer ministro de Rusia, Vladimir Lenin. Ingenieros afirma:

“Desde ese momento hubo dos clases de aliados en el mundo. Algunos, que anhelábamos el triunfo de la justicia y de la libertad, celebramos jubilosamente la emancipación de cien millones de hombres del más tiránico feudalismo de los últimos tiempos modernos, viendo en ello un primer paso hacia la victoria final de una gran causa humana; otros, que sólo anhelaban el triunfo militar de los gobiernos, comenzaron a denigrar a los revolucionarios (...) ¿No comprendían que el pueblo, en uso de su soberanía, acababa de aniquilar a uno de las más conspicuos representantes del derecho divino? (...) Los que hemos seguido con ecuanimidad el proceso revolucionario ruso, sentimos desde el primer día consolidarse las creencias adquiridas

por el estudio: con el fin de la guerra las naciones civilizadas entrarían al previsto período crítico de la revolución social” (2000, 38).

Como podemos observar, a sólo poco tiempo del triunfo de Lenin y la revolución rusa, Ingenieros no oculta su entusiasmo al percibir un supuesto cambio social al otro lado del mundo, que sugiere el advenimiento de un nuevo esquema de organización política, el socialismo. Sin embargo, Ingenieros muere en 1925 sin conocer el resultado del experimento socialista-comunista.

En otro ensayo integrado a *Los tiempos nuevos, La Internacional del Pensamiento* (1919), Ingenieros se refiere a los movimientos de intelectuales que se solidarizaron con la revolución rusa. En cambio, en el ensayo titulado *La democracia funcional* (1920), Ingenieros critica la ideología de la representación de la democracia liberal, que supone un individuo libre y autónomo como base de la política, porque no confiaba en esa intervención libre de los individuos, sino que consideraba necesarias ciertas instancias de representación corporativa de las funciones sociales. En otras palabras, abogaba por una organización por ocupaciones e intereses sociales. La representación del pueblo no podría lograrse mientras no se reconociese que ese pueblo era un conjunto de sectores heterogéneos, con funciones diversas, imposibles de representar a través del mecanismo abstracto propuesto por el liberalismo. Por eso, al referirse al fenómeno de la nueva organización social rusa, Ingenieros se muestra plenamente partidario de lo que da en llamar una ‘democracia funcional’, esto es, en pocas palabras, una democracia con verdadera representación de la sociedad por funciones, es decir, que los representantes populares se elegirían, no en razón de los partidos políticos, sino en razón de las funciones sociales, de los servicios públicos. Así, escribe lo siguiente refiriéndose a la nueva forma de gobierno en Rusia:

“Supongamos, en fin, que todas las reparticiones públicas, así organizadas, disputaran representantes para constituir la Asamblea Deliberativa del Estado, y tendríamos representadas en ella, en vez de partidos políticos, todas las funciones y necesidades sociales organizadas en servicio público. Ese Cuerpo Deliberativo podría confiar a varios de sus miembros el cumplimiento de sus deliberaciones, constituyendo así un Poder Ejecutivo colegiado, que no representaría partidos políticos sino funciones sociales” (Ingenieros, 2000, 78).

A partir de esto, nuestro autor sostiene que el pueblo de Rusia se halla experimentando un sistema de representación política completamente nuevo, “cuyas características sociológicas son generalmente ignoradas” (2000, 60). Sostiene que no puede saberse con exactitud qué saldrá como resultante del experimento, pero, con todo, se augura que el experimento será positivo, es decir, que de ello resultará un modo más justo de organización social. Las mayores posibilidades de participación popular son vistas como el buen signo de la plausibilidad de esa premonición. Es en este sentido que Ingenieros dice, refiriéndose implícitamente a la revolución rusa: “El buen orden es el que nace de la cooperación de todas las fuerzas sociales y no el que oprime la libertad de muchas víctimas para asegurar la impunidad de pocos verdugos” (2000, 60).

Así, por primera vez desde los juveniles primeros escritos, Ingenieros deja la puerta abierta para la posibilidad de existencia de la igualdad entre los hombres. Todos son iguales en la medida en que participan de igual manera del poder y ayudan a construir el buen orden social.

Nuestro autor, al ver triunfar la Revolución de Octubre, ve coronado su sueño de juventud, sin esperar a que el tiempo se encargue de procesar la evolución social dentro del novel esquema ruso. Ingenieros vierte elogios a un sistema político que se encontraba en la fase embrionaria de un proceso. A casi 100 años de distancia y conociendo el desenlace que nos muestra la historia, el entusiasmo de Ingenieros resulta ingenuo, pero quienes como él vivieron el desarrollo inicial del sistema socialista, sólo puede atribuírseles un defecto, el de apresurarse a calificar a priori, lo que no ha tenido tiempo de probarse, por no haber esperado a que el tiempo se encargara de otorgarles o negarles la razón.

1.2.10. Homenaje a Felipe Carrillo Puerto.

Ingenieros escribe un Homenaje a Felipe Carrillo Puerto, con quien traba amistad por medio de un intercambio de correspondencia, y de quien se convierte en su asesor. Declara Ingenieros: “a principios del año 1921 recibí de México una carta de

firma desconocida. Entre tantas, esta me llamó particularmente la atención por su fervoroso idealismo y por la sencillez simpática de sus conceptos; era de un hombre bueno y soñador, apasionado por la justicia social, militante en las filas avanzadas de la Revolución Mexicana, que en esos momentos adquiriría un contenido renovador con el gobierno del general Obregón” (Terán, 1986, 269).

El autor de la carta había leído en los diarios de México, algunos de los escritos de Ingenieros, “Le contesté sin demora –dice Ingenieros– en términos cordiales, encareciéndole me favoreciese con informaciones amplias sobre el contenido social de la Revolución mexicana. Así queda establecida mi amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto, mucho antes de que la política lo elevara a cargo de gobernador del estado de Yucatán” (Terán 1986, 269). Ingenieros afirma que mantuvo una correspondencia muy interesante con Carrillo y asegura lo siguiente: “de año en año aumentó mi afectuosa simpatía por el abnegado gobernador yucateco. Tuve testimonio de su reciprocidad por intermedio del amigo Alfredo Palacios, que visitó Yucatán en 1923, trayendo de Carrillo y de su obra las más gratas impresiones” (Terán, 1986, 272). Ingenieros recibe de manos de Palacios, un obsequio de Felipe Carrillo, un bastón de carey con el escudo del partido presidido por Carrillo y que Ingenieros conservó “como prueba del afecto del hombre bueno que así retribuyó mis pobres obsequios de libros” (1986, 272).

Hay que recordar que el triunfo de la revolución rusa fue para Ingenieros motivo de satisfacción, en virtud de que él percibía la implantación de un socialismo científico como un cambio para mejorar y que el mundo no alcanzaba a comprender en su completa dimensión. En 1920, con el triunfo socialista en Rusia, Ingenieros ve en el gran experimento social el cambio que empezaría a gestarse en gran escala, y que la influencia del pensamiento socialista tenía el poder de extenderse y establecerse finalmente en otras partes del mundo.

Para Ingenieros, Carrillo representaba el primer ensayo de gobierno socialista en América Latina y recomienda a Carrillo que no se adhiera a la Tercera Internacional, ni al Partido comunista, exponiéndole la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, así como la absoluta necesidad de asegurar equitativas

indemnizaciones a todos los latifundistas cuyos bienes hubiesen sido declarados de utilidad pública, “pues toda forma de expropiación no indemnizada, además de injusta, resulta nociva para las formidables resistencias contra el gobierno que las efectúa” (Terán, 1986, 276).

Ingenieros recibe referencias excelentes del gobierno de Carrillo Puerto de parte de José Vasconcelos y del Ministro de México en Chile, Trejo y Lerdo de Tejada, quien estuvo en Buenos Aires en 1922, y que todos los informes que por distintos conductos le llegaban, coincidían en agrandar la figura del “apóstol del socialismo agrario”, y agrega: “por cuya labor, llegué a sentir, además de simpático interés, una respetuosa admiración” (Terán, 1986, 276-277).

Ingenieros al cerrar “sus páginas de evocación, escritas sencillamente, como él – Carrillo Puerto– las hubiera deseado”, finaliza diciendo:

“Cuando allí se erija su monumento, cerca del que los intelectuales yucatecos levantaron a mi querido amigo de juventud, el poeta Martín Goycoechea Menéndez, es mi deseo que en el pedestal pueda leerse el testimonio de mi solidaridad moral, expresado en la más sencilla placa: “A Felipe Carrillo, su amigo, José Ingenieros”. Se que si en alguna noche de luna pudiera su sombra levantarse para tomar fe de la lealtad sentimental, esa palabras le arrancarían la misma lágrima conmovida que sentí caer sobre mi mejilla cuando leí la noticia de su fusilamiento” (Terán, 1986, 283).

La historia registra como se ha demostrado, que Ingenieros, desde su adolescencia, al publicar *¿Qué es el socialismo?* se mantiene fiel a sus ideales socialistas y morales, hasta el último día de su vida, el 31 de Octubre de 1925.

1.2.11. La Unión Latinoamericana ante la Sociedad de las Naciones.

En un acto organizado por la Federación Universitaria Internacional pro Sociedad de las Naciones, el 15 de julio de 1925, Ingenieros pronuncia un discurso en el anfiteatro Descartes de la Universidad de la Sorbona, en el que declara que los fines de una sociedad de las naciones “nos parecen concurrentes a los nuestros y pondríamos gustosos a su servicio lo mejor de nuestros esfuerzos. Anteriormente, el 21 de marzo del

mismo año, en Buenos Aires, Ingenieros había redactado el Acta de la creación de la Unión Latinoamericana. El sufrimiento de la población europea, inimaginable para quienes no lo vivieron, requería de la implantación de una solución que no permitiera jamás una aberración bélica de tal magnitud. La respuesta que pudo encontrarse para responder a tal problema fue la creación de la *Sociedad de las Naciones* en 1919. Inspirado quizá por esas intenciones, Ingenieros decide proponer en Buenos Aires, la creación de la Unión Latinoamericana.

Es así que ante la Sociedad de las Naciones, Ingenieros expresa algunos de los puntos que estableció en el acta de creación de la Unión Latinoamericana, y entre otras cosas, declara que como pacifistas y antimilitaristas “somos partidarios –hablando en nombre de los latinoamericanos– de toda iniciativa que pueda hacer efectivo el desarme gradual de las naciones latinoamericanas, por creer que nuestros problemas intracontinentales son simples malentendidos entre hermanas, susceptibles de resolverse por acuerdos jurídicos” (Terán, 1986, 285).

Con el objeto de puntualizar la importancia de independencia y la libre determinación de los países latinoamericanos, Ingenieros advierte que “Aunque amigos de todas las grandes naciones que aún pueden cooperar a nuestro desenvolvimiento, somos abiertamente contrarios a todo imperialismo que aspire a convertirnos en colonias políticas, económicas o espirituales, con mengua de nuestra soberanía y de nuestra dignidad nacional” (Terán, 1986, 285). Agregando que la aspiración de todos los pueblos de América Latina, es “constituir una sola y grande nacionalidad continental, de tipo federativo, que nos haría fuertes y poderosos, frente a los peligros del imperialismo que ya ha dado muestras de voracidad, en circunstancias que no es necesario recordar” (Terán, 1986, 285-286).

Ingenieros no oculta las dos preocupaciones que considera primordiales, la justicia social y la reforma educativa imprimiéndole el carácter moral y social, al expresar su “simpatía por todas las reformas que favorezcan el advenimiento de la justicia social en los pueblos”, manifestando además que es indispensable “la reforma educacional en nuestros países, desde sus grados primarios hasta sus institutos

superiores. Por una parte, dándole un sentido moral y social en armonía con las características de nuestros pueblos; por otra parte, dignificando su régimen administrativo por la eliminación de la política, y dando representación en sus organismos técnicos a todas las partes interesadas en la enseñanza” (Terán, 1986, 286).

Ingenieros asegura que la Unión Latinoamericana, “interpreta el pensamiento de miles de profesores y estudiantes, desea y espera que la Federación Universitaria Pro Sociedad de las Naciones examine y haga suyas estas ideas, que estamos dispuestos a sostener inflexiblemente”. Finaliza Ingenieros diciendo que se apoyará con entusiasmo el perfeccionamiento de la Sociedad de Naciones “confiando en que nuestros pueblos de la América Latina, estrechando sus vínculos hacia la constitución de una sola y grande nacionalidad continental, adquieran el derecho de hablar en voz alta, entre las grandes naciones del mundo, y puedan pesar como iguales en la futura balanza del derecho internacional” (Terán, 1986, 286-287).

Ingenieros al fundar la Unión Latinoamericana, establece como objetivo principal “coordinar la acción de escritores, intelectuales, y maestros de la América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad” (Agosti, 1950, 196).

La propuesta de Ingenieros concibe una Unión Latinoamericana de naciones pacifistas, desarmadas, que puedan resolver sus pugnas y disputas por el medio jurídico. En ella se declara abierto a recibir la ayuda de otros países, sin que estos aspiren a reclamar derechos, políticos, económicos o espirituales. Afirma que los latinoamericanos buscan constituirse en una gran “nacionalidad continental”, como respuesta a los voraces peligros imperialistas. Ingenieros recomienda formar la unión para fortalecer y defender los intereses latinoamericanos de las agresiones de países bélicos.

CAPÍTULO II

Primer Periodo (1895-1897)

Los escritos que serán considerados en el presente capítulo, corresponden a lo que en este trabajo de investigación se conoce como el primer periodo en la evolución intelectual de José Ingenieros. Específicamente se aborda el análisis de un folleto de propaganda redactado en 1895: *¿Qué es el socialismo?* y, la serie de artículos intitolados *Los reptiles burgueses* publicados en abril, junio, julio y agosto de 1897 en el periódico *La Montaña*, publicación ‘socialista revolucionaria’ que Ingenieros editó y dirigió junto a Leopoldo Lugones. Estos escritos tienen en común el haber surgido “al calor de la actividad política estudiantil” (Terán, 1986, 13). Se trata de textos en los que aparece en forma destacada *la cuestión social*. En ellos Ingenieros relata los problemas a los que ha conducido la evolución histórica en la sociedad, argentina en particular, problemas que en esta etapa de su vida intelectual son básicamente de índole económica, pero también moral, muy particularmente el relativo a los ideales de justicia y libertad, que Ingenieros ya empieza a bosquejar.

Al iniciar el análisis de las primeras producciones de Ingenieros, es necesario recordar el entorno familiar en el que recibió sus primeras impresiones del mundo. Como ya se mencionó en la semblanza, al inicio de este trabajo de investigación, su padre había participado en la Primera Internacional, así como en la formación de las primeras organizaciones obreras revolucionarias de su país de origen. Como muchos proletarios italianos de su época, había sido seguidor de Bakunin, filósofo anarquista en favor de la lucha por las reivindicaciones sociales.

Héctor Agosti observa respecto de la vocación política de Ingenieros: “¿De dónde vendrá el impulso hacia lo concreto si no es del socialismo exaltado y estrepitoso de los años juveniles, tan sobrecargado de anarquismo no obstante presumirse en pleno debate con los repetidores criollos de Bakunin?” (1950, 42). Y nos dice como es que Ingenieros descubre un mundo “entre esas paredes de la casa familiar, poblada a toda hora por las discusiones de propagandistas obreros y de escritores, bohemios impenitentes que frecuentan la casa paterna” (1949, 12).

Estos datos nos ayudarán a comprender el por qué José Ingenieros se formó –ya en suelo argentino- en un ambiente familiar como lo describe Sergio Bagú: “ennoblecido por la presencia de un alto ideal de justicia humana y por la recta conducta de sus mayores” (1936, 21-22).

2.1. Las primeras publicaciones.

En el año de 1895, hay que recordar que Ingenieros frecuentaba los centros socialistas, incorporándose de hecho al naciente Partido Socialista Obrero Argentino. Aníbal Ponce nos relata que “tenía, entonces, 18 años y era redactor y administrador de La Vanguardia (periódico), secretario general y factótum del partido” (1949, 21). Sobre estos tiempos dice Bagú: “Época de fervor sin límites era aquella para el movimiento obrero. La fe era inmensa y cada nuevo prosélito volcaba en la causa común toda su inteligencia y su actividad” (1936, 25).

En este contexto Ingenieros publica su primera obra de importancia, como representante del Centro Socialista Universitario (una de las ramas del Partido Socialista Obrero Argentino), al redactar *¿Qué es el socialismo?* cuya finalidad según el propio autor, era más propagandista que científica. Años después, Ingenieros da un giro hacia el periodismo y con el mismo propósito, así como por su amistad y afinidad política y estética con Leopoldo Lugones, publican en abril de 1897 el periódico *La Montaña*. La época en que el poeta nicaragüense Rubén Darío llega a Buenos Aires y colabora en el primer número del periódico con su poema *Metempsicosis*.

2.1.1. ¿Qué es el socialismo?

De acuerdo con Sergio Bagú, se trata de la primera obra teórica significativa que Ingenieros produce en el mes de octubre de 1895. *¿Qué es el socialismo?* “resultó un instrumento eficaz de propaganda por su claridad y elegancia. Era la primera etapa de su carrera de pensador” (Bagú, 1936, 18). Cuenta Adolfo Vázquez Gómez, que en 1895, siendo el director del periódico “El Intransigente” (Montevideo, Uruguay), recibió un

ejemplar del folleto *¿Que es el socialismo?* con una dedicatoria firmada por José Ingenieros, que textualmente dice lo siguiente:

“Estimado Señor:

A los hombres que luchan por la emancipación económica de la humanidad entera y a los que sacrifican su existencia en aras de un noble ideal; a los que se cobijan en los amplios pliegues de la bandera socialista universal, ¿qué puede ofrecer un modesto luchador, que, impulsado solamente por la conciencia del deber, contribuye a la gran obra de la redención social?

Yo no puedo ofrecer hoy más que el presente folleto de propaganda; envío por consiguiente a Ud. que es de los primeros, un ejemplar.

Disponga de él, si tiene algo bueno, para el “Intransigente”; la propaganda no puede, no debe, reconocer propiedad literaria.

José Ingegneros

Bs Ayres. Octubre 31 de 1895”

En la anterior dedicatoria se puede advertir que Ingenieros bosquejaba ya su concepto de *ideal* que más tarde desarrollaría en *El hombre mediocre*, así como el hecho de que, en este periodo juvenil, nuestro autor aún firmaba con su apellido original, *Ingegneros*.

En *¿Qué es el socialismo?* el objetivo general es explicar y defender las ideas del “socialismo científico” (Terán, 1986, 108). Esta corriente de pensamiento prevalece por el “clima científicista que bañaba el marxismo de la II Internacional” y que conduciría “a colocar a la ciencia como uno de los factores fundamentalmente revolucionarios de la hora presente” (Terán, 1986, 18).

De cualquier modo, hay que decir que Ingenieros no explica en el texto, qué debe entenderse exactamente por socialismo científico. Acerca de lo que esta noción significa no se dice más que su nombre. En algunos artículos previos a 1895, como muestra Bagú, caracteriza al socialismo científico como “la nueva fe, el ideal positivo que viene a reemplazar el caduco ideal religioso”. Para agregar que “la expresión de las nuevas formas que, bajo la influencia de la evolución económica, han tomado las ideas de justicia, derecho y libertad” (Bagú, 1936, 25).

De acuerdo a Ingenieros, la clase productora está cada vez más esclavizada respecto de la clase que posee y dispone de los medios de producción, y agrega que, en la historia los oprimidos sólo han cambiado de nombre y “hoy tienen su representante en el asalariado” (1925, 12).

Así han transitado los oprimidos en el tiempo “de yugo en yugo, de cadena en cadena, de tiranía en tiranía”, “obligados por la ignorancia” –continúa Ingenieros– sin que nunca haya cruzado por su mente “una ráfaga brillante de emancipación económica” (1925, 12). Describe una desigualdad de condiciones que profundiza el problema de la división de la sociedad en clases.

En *¿Qué es el socialismo?* se aprecian ya algunos indicios del Ingenieros que a la postre se convertiría en un consumado científico. En dicho folleto expone un concepto evolucionista que repetirá a lo largo de la mayoría de sus obras: El devenir incesante de la humanidad hacia el progreso (Ingenieros, 1925). Tampoco pasa desapercibido su manejo inicial del concepto de ideal, en una cita que hace de Enrique Georges, de su obra *Progreso y miseria*, al hablarnos de “la visión de una realidad maravillosa y grande, (que) hubiera surgido ante sus ojos” (Ingenieros, 1925, 17).

2.1.1.1. La cuestión social.

Dada la inclinación política de sus años juveniles, propone en *¿Qué es el socialismo?* la implantación de un sistema de organización social que elimine, efectiva y definitivamente, las injusticias sociales prevalecientes en su época. Ingenieros reflexiona en el prólogo del folleto, sobre una cuestión que él llama “tan antigua como la humanidad”, y que de acuerdo a la imperante evolución económica, resulta ser “el gran problema que agita a los sociólogos europeos y (que) comienza por efecto reflejo a agitar a nuestros mejores economistas: *La cuestión social*” (1925, 9). Afirma que “su múltiple desarrollo y las fases tan numerosas que presenta, hacen imposible una dilucidación amplia de tan importante y discutido problema en el reducido espacio de un folleto de propaganda” (1925, 9), por lo que se limita a “condensar y exponer las

causas que la engendran y la doctrina que el Socialismo Científico propone como solución a esa desigualdad de condiciones” (1925, 9) a fin de arribar a la justicia social. Ingenieros sostiene que las causas de esta desigualdad de condiciones deben ser buscadas en “la errónea organización económica” (1925, 9) de la sociedad.

La *cuestión social* puede interpretarse de distintas formas. Ingenieros se refiere a ella desde el plano de la desigualdad de condiciones existente entre los sectores de la población y como resultado de la inmoralidad de los que ejercen el poder político y/o económico para explotar a otros. Al abordar la *cuestión social* como la disminución de los atributos sociales necesarios para aspirar a condiciones de justicia, resulta evidente para nuestro autor, que la desigualdad de condiciones la produce la falta de justicia social, que tiende a mermar la igualdad y la libertad entre los componentes de la sociedad.

También es de observarse la influencia del positivismo predominante de la época en lo plasmado por Ingenieros en el folleto, al aclarar que no tiene tintes literarios, sino que “es el producto primero de esa labor constante y de ese estudio sereno y preciso, siendo la esencia de lo que debe conocerse al iniciar un estudio sensato de las modernas doctrinas, sin contener las exageraciones entusiastas que, si son posibles en los discursos de barricada, no pueden tener cabida en el terreno positivista de la razón” (1925, 9).

Ingenieros empieza a desarrollar su ideal de una sociedad con igualdad de condiciones, en los siguientes párrafos: “el nuevo Ideal del Porvenir, marcha erguido y tranquilo en el sendero de la Justicia Social con la firme convicción de llegar con el lauro del triunfo a su meta: la redención económica” (1925, 10).

En esta primera producción literaria, nuestro autor plantea la existencia de dos fuerzas contrarias: de un lado la injusticia, representada por el capitalismo, la opresión y la fe; del otro lado la justicia, representada por el socialismo, la ciencia y la razón. Estas últimas representan lo nuevo, lo que la evolución del pensamiento humano está generando en vías del progreso y la justicia social. Describe al socialismo como el

instaurador de esta, tan anhelada, justicia social y que se erige de la mano del saber científico como “nivelador de las condiciones individuales ante los medios de producción” y se convierte en “el nuevo ideal del porvenir” (Ingenieros, 1925, 9). En este texto se aprecia una visión construida en torno a las nociones de justicia-injusticia: el presente injusto, que puede convertirse en un futuro justo de la mano del socialismo científico, que “más que una organización social impuesta, es una consecuencia lógica y necesaria de la evolución económica que se ha iniciado” (Ingenieros, 1925, 10). Ingenieros denuncia así, lo que observa, un presente histórico *injusto*, cuya característica fundamental es una sociedad capitalista con el posicionamiento del individualismo. Además, cataloga al Estado como el gran generador y garante de esta injusticia (Ingenieros, 1925, 18).

En el seno de estas consideraciones se encuentra la crítica al sistema individualista-capitalista, en el cual, debido a que los medios de producción están en manos de pocos que ganan mucho parasitariamente, mientras que la gran masa de la población vive en una situación de injusticia. No es la pérdida de una presunta espiritualidad en los individuos lo que es objeto de crítica en Ingenieros, sino la inmoralidad del propio sistema capitalista, que ‘vive’ y que da beneficios a unos pocos que no trabajan a costa del sufrimiento de la gran mayoría trabajadora. Situación que, además, es protegida por el orden jurídico del Estado.

De lo escrito por Ingenieros se puede inferir, que para el Socialismo Científico, lo justo es que ningún individuo supere a otro en cuanto a su relación de propiedad con los medios de producción. Y que, en consecuencia, no exista la explotación del hombre por el hombre. Esto es lo mismo que decir que ya no haya clases sociales. De tal manera que, en este texto juvenil, Ingenieros postula una relación de equivalencia entre la justicia y la igualdad, al proponer una sociedad en la que todos los seres humanos detentan por igual la propiedad de los medios de producción: la propiedad colectiva, que conduce a la justicia social. Y como consecuencia de este logro y la asociación libre en el trabajo, se “excluye la explotación del hombre por el hombre, y coloca a todos los individuos en condiciones igualmente favorables para desarrollar libremente sus aptitudes” (Ingenieros, 1925, 29, 30). De esta forma el trabajo ya no sería una penalidad

sino motivo de honra y felicidad.

En la lectura de este texto, se percibe la noción de libertad como la libre disposición del producto de su trabajo por parte del individuo. En palabras del autor: “Con la libre disposición de los productos del trabajo, la independencia y el albedrío personales quedan asegurados” (Ingenieros, 1925, 30). Se impone una única restricción a la libertad, el clásico axioma de que su ejercicio no perjudique los derechos de un tercero: sólo “es libertad desde el momento en que no perjudica la libertad ajena” (Ingenieros, 1925, 29).

La obra: *¿Qué es el socialismo?* se ubica dentro de una serie de textos que criticaban el roquismo (en referencia al presidente Julio A. Roca y la imposición de incondicionales a sucederlo), como ya se mencionó en el contexto histórico, y que eran muy leídos en la época. El objeto del repudio podía ser, o bien el descontento social generado por la crisis económica de 1890, o bien la marginación de la gran mayoría de la población de la participación política real, o también el utilitarismo, el afán “de enriquecimiento a toda costa”, lo que se percibía como una falta de preocupaciones espirituales en los individuos. Oscar Terán explica así este último fenómeno: “En la vorágine de un creciente torbellino financiero (desatado por una carrera especulativa hacia mediados de la época de 1880) se amasaron fortunas y se modificaron pautas de consumo, que fueron identificadas por muchos contemporáneos como un predominio de valores utilitaristas que conducía a relativizar la legitimidad de la capa gobernante” (1986, 11).

Por último, se cuestiona si el modelo de sociedad a la que ha de conducir el Socialismo Científico, siguiendo las propias leyes históricas, contradice las doctrinas – aceptadas en la época– sobre la evolución de las especies y su selección por medio de la supervivencia del más apto. Es decir, si la instauración de una sociedad colectivista obstaculizaría los mencionados principios naturales de selección. Para dar respuesta a este cuestionamiento nos dice que debe considerarse la distinción entre la *selección natural* y la *selección artificial*. La primera se apoya en el dato –también natural– de la igualdad de origen en la condición humana, es decir, de un estado de justicia originario

a partir del cual se efectúa la selección de los más aptos en beneficio de la especie. Sin embargo, en la medida en que el devenir de la historia humana ha instaurado injustamente la desigualdad en las condiciones económicas y los medios de producción, ese estado se ha corrompido y ha sido substituido por la *selección artificial*, según la cual los individuos están insertos a priori, –es decir, incluso antes de haber nacido– en condiciones económicas disímiles, heredan –sin que en ello medie aptitud personal alguna– una mejor o peor posición socioeconómica, en la cual los que sobreviven no son los más aptos sino los “más provistos de medios de lucha” (Ingenieros, 1925, 28).

La *selección natural*, bajo esta óptica, puede solamente efectuarse entre individuos que tengan iguales medios de acción, por lo que al examinar las condiciones de desenvolvimiento (individualista) de la organización social, el joven Ingenieros argumenta que “una parte de los seres humanos nacen rodeados de atenciones, higiene, medios de subsistencia e instrucción, que le son necesarios para su perfecto desenvolvimiento” (1925, 28). Existe la otra parte de la humanidad, a la que llama la más numerosa, quizá el ochenta por ciento de las personas, que inician su existencia como factor social “con lactancias escasas por extenuación del ser madre, con el mayor descuido en lo que a higiene y educación se refiere, y como consecuencia con esa falange de enfermedades que engendradas por la no observancia de los preceptos higiénicos hace sucumbir una parte muy sensible de la infancia, que no viene a tener participación en la constitución y selección de la especie” (Ingenieros, 1925, 28). Es nuevamente el hombre, apoyado en la doctrina del Socialismo Científico, el que ha de volver a ese estado originario en el que todos los individuos eran iguales en cuanto a su privilegio de acceder a los medios de producción.

La “*cuestión social*” referida por Ingenieros en el libretto de propaganda, como él le llama, encierra un significado inmediato de desigualdad económica entre los varios sectores de la población argentina hacia finales del siglo XIX. La problemática social resultante de tal desigualdad, aparte de la económica que afecta a toda la sociedad en su conjunto, se deriva de la injusticia social. Esta injusticia social tiene sus orígenes en la creación de intereses particulares ajenos a los intereses comunes de la sociedad en general, son *los intereses creados*, conformados por las élites poderosas controladoras

de los destinos sociales: los burgueses; las clases medias, identificadas posteriormente por Ingenieros como la mediocracia; y las clases bajas, que sin capacidad de educarse y luchar por una vida mejor, sucumben ante los continuos abusos perpetrados por sus explotadores directos. De esta forma, el desbalance económico originado por grupos con intereses particulares, produce paulatinamente, un estado de desigualdad económica persistente y cada vez más pronunciado que favorece el diseño de las divisiones sociales.

¿Qué es el socialismo? más que una propaganda política, aunque así se establezca en el folleto, es una descripción de un modelo socio-económico dirigido a los jóvenes de su tiempo. Es una explicación de las razones de la existencia de la injusticia social y la desigualdad económica que enfrenta la sociedad argentina. De acuerdo con Agosti “no puede decirse que mucho haya leído a Marx o a Engels” (1950, 48), por lo que las alusiones a la burguesía, al proletariado, la lucha de clases, pueden ser extraídas del *Manifiesto del Partido Comunista*, como términos populares en la segunda mitad del siglo XIX, como lo son algunas de las soluciones propuestas. A decir de Bagú, en Argentina se citaba a Marx, “en su parte económica” aunque sólo se le conocía superficialmente, ya que de acuerdo a este autor, Ingenieros “Poco leyó a Marx y Engels. No extraña encontrar en las glosas caseras de la época un marxismo corregido y adaptado, simple y mecanicista, en el que el padre de la doctrina reconocería sólo algunos criterios fundamentales” (Bagú, 1936, 51). No olvidemos que quien escribe el folleto, es un joven idealista en plena adolescencia, pero aún así, el documento es valioso por el sólo hecho de tratar de aportar soluciones a la problemática socio-económica prevaleciente en su tiempo.

Desde esta, su publicación inicial, Ingenieros escribe con un objetivo concreto en mente: el compartir sus reflexiones con el sector de la población más dispuesto, por su naturaleza, a asimilar nuevas ideas: las juventudes de América. Ingenieros se dirige a sus compañeros estudiantes para invitarlos a dar “el paso más noble de vuestra existencia, el paso que os lleve del egoísmo a la fraternidad, del desprecio al amor, de la envidia a la dignidad, de la corrupción a la virtud y del martirio a la redención social” (1925, 62).

Al asimilar esta realidad, José Ingenieros inicia la lucha por su ideal de justicia, una lucha que se convierte en un propósito de su vida, en un ideal utópico para muchos, más no para un muy inteligente y estudioso joven de 18 años de edad. Armado con su visión de un mundo mejor, al escribir *¿Qué es el socialismo?*, José Ingenieros se declara listo para enfrentarse a la vida y salir en pos de un ideal, la justicia social. Su proyecto de vida en contra de la injusticia lo inicia con este modesto folleto.

2.1.2. La Montaña.

Publicado entre el 1º de abril y el 15 de septiembre del año de 1897, el periódico socialista *La Montaña*, dirigido por José Ingenieros y Leopoldo Lugones, tuvo una corta, pero estridente duración, e incluso, se menciona que su segundo número fue confiscado por la policía, “considerado como subversivo y atentatorio de la moral, estableciéndose la previa censura para todos los números venideros” (Bagú, 1936, 39).

En este periódico, Ingenieros produce una serie de cuatro artículos titulados, *Los reptiles burgueses*, que fueron publicados el 15 de abril, el 1º de junio, el 15 de julio y el 15 de agosto, respectivamente. Nuestro autor –aún con su apellido original, *Ingegnieros*–, a través de estos artículos condena a la sociedad capitalista burguesa de la Argentina del fin de siglo XIX.

2.1.2.1. La doble moral burguesa.

El primero de estos artículos subtítulo *Los que van al Santuario*, que aparece publicado el 15 de abril de 1897, según ya dijimos. Se refiere a la relación entre sociedad y religión, exponiendo el problema de la doble cara del burgués que va a la iglesia sin verdadero convencimiento y participa desfilando en la procesión al Santuario, “visitadores del Señor, en cuyas miradas todo brilla menos la devoción” (Ingenieros y Lugones, 1998, 49). Nuestro autor afirma que la farsa continúa incluso al interior del Santuario: “Cristo desde su cruz está obligado a contemplar tanta corrupción y tanta hipocresía, no sin pensar que el nivel moral de Pilatos e Iscariote no fue muy bajo comparado con la turba burguesa” (1998, 49-50). Ingenieros exhibe la doble moral

de los que van al Santuario y habla de la ineficacia de tratar de “lavar las manchas del cuero de los paquidermos burgueses; el pueblo comienza a dudar de la eficacia de esas indulgencias, esos ayunos, esos purgatorios y esos infiernos, que tan fácilmente se compran o evitan mediante una ofrenda de dinero” (1998, 50).

2.1.2.2. *El desdoblamiento burgués entre apariencia y esencia.*

El segundo de los artículos de la serie, publicado el 1 de junio de 1897, como ya quedó establecido, y cuyo subtítulo es *Los cerberos de la moral*, trata un problema similar al primero, pero en éste, la atención no se centra en la relación entre sociedad y religión, sino en una caracterización del tipo del burgués moralista. Trata el tema de la apariencia que se erige contra la esencia, entre el parecer en contraposición del ser. El burgués moralista es equiparado al saltimbanqui. La diferencia entre ambos consiste únicamente en que el primero muestra una doble faz, es falso, mientras que el segundo se muestra tal cual es, en toda su miseria. Ingenieros tacha de inmoral al burgués al decir que la mentira, el engaño y el fraude se convierten en su estrategia de explotación social predilecta para someter a un pueblo creyente, al que se mantiene injustamente sumido en la ignorancia, con un adoctrinamiento administrado sistemáticamente que, de acuerdo a Ingenieros, al ser impuesto desde la infancia, predispone la vida del individuo a someterse al dictado del poder ejercido por la burguesía. “La educación malsana que, en nombre de la moral contemporánea, se impone a los recién venidos a la palestra de la vida es una inoculación de gérmenes pestíferos que hacen más estragos en el espíritu que todos los microbios en el cuerpo” (Ingenieros y Lugones, 1998, 121).

Hacia el final del artículo *Los cerberos de la moral*, se lleva a cabo una enumeración de las diversas modalidades asumidas por el tipo del moralista burgués. Entre estas se encuentran: la de “los politiqueros burgueses que mistifican con asados con cuero y copas de caña al pobre diablo que renuncia en su favor la autonomía individual”; y, por otro lado, la de “los jueces que seducen y violan cuántas jóvenes proletarias se ponen a su alcance para condenarlas más tarde, sin escrúpulos, por aborto o infanticidio” (1998, 122).

Lo que se puede establecer a raíz de estos dos artículos, es que el mal del presente histórico no es la desigualdad económica artificialmente creada por el hombre en su devenir histórico, como lo asentó en *¿Qué es el socialismo?*, sino el desdoblamiento moral de los individuos, la doble moralidad y, el ocultamiento de la esencia y primado de la apariencia, el parecer sobre el ser. Finalmente la revolución social, según Ingenieros, liberará a las masas del yugo de la injusticia que padecen de manos de sus explotadores.

2.1.2.3. Intelectuales y bolsistas.

Por lo que respecta al tercero de los artículos, que con el subtítulo de *Intelectuales y bolsistas* se publica el 15 de julio del mismo año 1897, como ya lo comentamos, Ingenieros retrata al burgués ‘intelectual’ y al burgués ‘bolsista’, diciendo que ambos ni siquiera poseen una psicología propia (1998, 192). Ingenieros ataca al burgués ‘intelectual’ por considerarlo un individuo mediocre que, a fin de compensar sus carencias, utiliza el poder de su riqueza costeadando ediciones de obras literarias y artísticas de quienes son los verdaderos intelectuales. Estos burgueses tienen un objetivo, consistente en publicar el trabajo intelectual de otros que no poseen los medios económicos para ello. Y así nos dice: “Un poeta, un hombre de ciencia, un artista, es por lo general un individuo tan cargado de talento como saturado de miseria; por cuyo motivo se ve forzado a codearse con la ‘gente bien’ para no sucumbir en los embates de la lucha por la vida. Es la ley de la eterna maldición: Talento de rodillas ante el oro” (1998, 194). Ingenieros declara que esta estrategia de redención social le permite al burgués ‘intelectual’ ser “presidente nato de comisiones en todas las sociedades a cuyo sostenimiento contribuya” (1998, 194).

Por otra parte, al burgués ‘bolsista’ lo caracteriza como un individuo todavía más deshonesto en comparación con el burgués ‘intelectual’, ya que mientras éste está dispuesto a invertir en proyectos que cultivan el conocimiento y las artes, el ‘bolsista’ no lo hace, es más sincero, “Le satisface que se le estime por rico” (Ingenieros y Lugones, 1998, 194).

Mientras que el burgués ‘intelectual’ está dispuesto a invertir en proyectos que cultiven el conocimiento y las artes, el burgués ‘bolsista’, simplemente se dedica a continuar acumulando su riqueza. Según lo escrito por Ingenieros, existe una constante en estos dos tipos de burgueses, su enriquecimiento es a costa de las muchedumbres a quienes explotan. Sus fortunas provienen de maquinaciones concertadas con el poder político, al obtener privilegios y exenciones injustas a costa de la miseria del pueblo.

2.1.2.4. *De políticos y de burgueses.*

En el cuarto de los artículos, publicado el 15 de agosto de 1897, como ya lo dijimos, y que lleva por subtítulo *Los padres de la Patria*, Ingenieros describe la inmoralidad de los políticos. El lenguaje que utiliza el joven Ingenieros para describir a estos grupos de la burguesía política es severo, buscando enfatizar la ineptitud e ignorancia de sus miembros: “La ley de la selección servil ha congregado a los burgueses más mediocres, a los más reptiles, en ese antro –la Cámara— de manejos infamantes, la moral y el decoro se han asfixiado al trasponer los dinteles de sus puertas; si algún inteligente pudo llegar al foco de la infección legislativa, ha sido envuelto y ahogado por la espuma gris de las olas de la corrupción ambiente” (1998, 239).

En este artículo, Ingenieros plantea otra modalidad que asume el mal histórico de la Argentina de finales del siglo XIX al cuestionar: “¿Y cómo dudar de que el Parlamento argentino es un templo de mediocres?” (1998, 240). La crítica la dirige Ingenieros hacia la clase burguesa representada en este caso por los diputados y senadores, que se titulan “representantes del Pueblo” y agrega: “¡¡Demasiado sabe el Pueblo que esos reptiles no son sus representantes!!” (1998, 240).

Al expresar lo anterior, Ingenieros describe al político como un ser ordinario, que sólo sirve a sus patrones, a la cúpula burguesa a la que obedece, en detrimento de la sociedad a la que debería representar y servir. Sostiene que estos senadores y diputados “representan a la clase burguesa contra la clase proletaria; a los que no trabajan contra los que trabajan, a los que sufren indigestión contra los que mueren de hambre” (...)

“Son advenedizos sin más mérito que haber sabido flotar en la marea política burguesa a fuerza de incondicionales sumisiones y de pasivas obediencias a los empresarios del gran teatro parlamentario nacional” (Ingenieros y Lugones, 1998, 240).

Las cámaras de diputados y de senadores así descritas, se convierten en “el crisol en el que se forjan las políticas que enriquecen aún más a los burgueses y condenan a la miseria al resto de la sociedad” (Ingenieros, 1998, 240). Aquellos –los burgueses– son los que todo tienen por el dinero, éstos –el pueblo–, en cambio nadan en la miseria económica. Para los primeros, las sesiones en el Parlamento se asemejan a una comedia, a una “representación jocosa de Goldoni”, y agrega que, “para el Pueblo, que paga, una tragedia sombría de Shakespeare” (Ingenieros, 1998, 240). La injusticia representada por el Parlamento. De acuerdo a nuestro autor, los ‘anti burgueses’ escaparían al mal del presente.

Más adelante, la crítica de Ingenieros se vuelve contra la clase dirigente, que ya no está compuesta “siquiera (por) esa mezquina cosa que se llama hombres políticos” (1998, 240). Se hace más radical, en la medida en que los advenedizos pasan a ser ahora unos “vampiros que en levita y guantes roban impunemente al amparo de la ley y en complicidad con las instituciones” (1998, 241).

En resumen, los cuatro artículos de la serie *Los reptiles burgueses* se construyen en torno a una polaridad, modelo que posteriormente utilizará en *El hombre mediocre*. El *burgués* que es mera apariencia y el *pueblo* y, junto a este, *nosotros*, el propio Ingenieros y Lugones: “Eso haremos nosotros, mientras Leopoldo, con su zarpa formidable graba en la frente de los políticos de este país la historia de cada uno, con sus servilismos y sus desvergüenzas” (Ingenieros y Lugones, 1998, 50-51), además del *poeta*, el *hombre de ciencia* y el *artista*, frente a la autenticidad de todos estos, la inautenticidad del burgués. Los burgueses son los que van al Santuario para enterarse de “si la virgen fue tal antes del parto”, mientras que los anti burgueses, el *pueblo*, “paga con mil gotas de su sangre cada uno de los ladrillos de la basílica a que no ha podido peregrinar jamás” –por falta de poder económico y político– (Ingenieros, 1998, 50).

Son dos fuerzas en pugna las que caracterizan al presente histórico. Éste, así como el pasado, le pertenece a los burgueses (pues ellos son los que detentan el poder político y económico); el futuro, se puede suponer, ha de ser del bando contrario. Los fundamentos para lograr el cambio no residen ya en la historia, sino en la voluntad de parte de algunos de los habitantes de la sociedad, de destruir el sistema burgués.

En el artículo *Los que van al Santuario*, son el propio Ingenieros y Leopoldo Lugones los que, mediante su propaganda socialista revelan el fraude burgués e inician “la demolición” de la simulación (Ingenieros, 1998, 50). También en este primer artículo de la serie se dice que “la R. S.” –Revolución Socialista– ha de reducir a escombros “la inmoralidad que nos rodea” (Ingenieros, 1998, 49). En *Los cerberos de la moral* Ingenieros advierte que hay que evitar el contagio, con todos los medios que la higiene proporciona, agregando: “Yo propondría la cremación” (1998, 122). Finalmente, en *Intelectuales y bolsistas*, argumenta: “A nosotros los anti burgueses, que amamos el Trabajo, el Arte y la Ciencia, nos corresponde producir la dispepsia que interrumpirá definitivamente las doradas digestiones burguesas” (1998, 194).

2.2. ¿Qué es el socialismo? y La Montaña: un mismo universo discursivo.

Entre *¿Qué es el socialismo?* y Los artículos de *La Montaña*, –*Los reptiles burgueses*– hay algunas diferencias de mayor o menor importancia, sin embargo el primero y los segundos pertenecen, con todo, a un mismo universo discursivo. Centralmente se trata de que ambos nos muestran el presente histórico como desviado, corrompido.

Se lee al comienzo del artículo *Los que van al Santuario*: “Este es el siglo de las luces y de las miserias” (Ingenieros, 1998, 49), en una clara referencia al siglo XVIII, la Ilustración, que sostenía que la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía, y construir un mundo mejor, con promesas de mejoramiento en todos los órdenes del quehacer humano. Habermas se refiere a esto como una “extravagante expectativa de que las artes y las ciencias no solo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y del yo, el progreso

moral, la justicia de las instituciones e incluso la felicidad de los seres humanos” (Foster, 1988, 28). Al agregarle ‘las miserias’ al siglo de las luces, se correlaciona este siglo del Iluminismo con el siglo XIX, para indicarnos la desilusión respecto de las promesas que aquel le hiciera a la humanidad. El presente histórico niega las expectativas que el hombre había depositado en el progreso de las ciencias y las artes.

Continua pendiente la *cuestión social*, que Ingenieros aborda en *¿Qué es el socialismo?*, dado que el progreso es sólo para una élite dominante, lo que se advierte cuando Ingenieros cita a Antonio Piñero: “¡Qué bello es el progreso! ¡Cómo hermosa y transforma la pampa antes solitaria! ¡Cómo ha aumentado la riqueza nacional y el poder de las clases que detentan esa riqueza!” (1925, 51).

No se trata únicamente de una crítica al *progreso* inmoralmemente alcanzado y al tipo de sociedad al que éste ha conducido, sino que se sostiene la necesidad de ‘corregir’ ese devenir histórico, de reencauzarlo. Mientras que en *¿Qué es el socialismo?* postula que la necesidad histórica es la que conduce a la implantación de lo que Ingenieros llama una sociedad colectivista, debido al constante cambio hacia el progreso. En *La Montaña* se verifica la idea, según la cual, son los actores sociales violentados por la moderna organización social –los proletarios, los artistas, etc.- los que han de oponerse al injusto devenir histórico; los fundamentos del cambio no residen ya en la historia, sino en la voluntad de los habitantes de la sociedad, de destruir por entero el sistema burgués.

En *¿Qué es el socialismo?*, al construir sus argumentos a favor de la clase trabajadora explotada por el sistema capitalista, Ingenieros alude a la burguesía, al proletariado y a la lucha de clases. Estos términos parecen extraídos directamente de sus lecturas del *Manifiesto del Partido Comunista*, mismos que fueron convertidos en vocablos populares por la clase trabajadora durante la segunda mitad del siglo XIX. En esta primera publicación, Ingenieros, articula una explicación de las razones de la existencia de la injusticia social y la desigualdad económica que enfrenta la sociedad argentina.

En *Los reptiles burgueses*, Ingenieros delata la injusticia que ante sus ojos se muestra en la desigualdad generalizada en la que vive sumergida la sociedad argentina. Ingenieros atribuye a la inmoralidad de la burguesía de su país, en complicidad con el gobierno y el clero, las injusticias padecidas por las mayorías. Denuncia específicamente la vida de una sociedad “oprimida y deprimida”, víctima de la mediocridad de quienes detentan el poder económico. Afirma que los gobiernos latinoamericanos se venden al mejor postor, como “repúblicas prostitutas”, a los reptiles burgueses, a quienes describe como individuos mezquinos cuya única ambición consiste en buscar la forma de enriquecerse a costa de todo y de todos (Ingenieros, 1998).

Es comprensible que Ingenieros haya adoptado actitudes de tintes radicales, dignas todas de su deseo de alzar su voz utilizando frases de un socialismo recalcitrante. El reclamo de justicia de Ingenieros es apasionado e intolerante con los abusos que padece el pueblo a manos de los que él llama “reptiles burgueses”, razón por la que dirige hacia ellos su irritación. Estos, detentando el poder para impartir la justicia equitativamente, sólo la procuran para ellos, en detrimento del pueblo. Es evidente la indignación que causa en el ánimo del joven Ingenieros el tipo de conductas antes descritas, lo que nos permite dimensionar también, la influencia que sobre él ejercieron el pensamiento y convicciones socialistas de su padre.

Es desde sus primeros escritos, que Ingenieros manifiesta su repudio por la injusticia social y la desigualdad económica que enfrenta la sociedad argentina. Dentro de este su primer periodo de vida productiva, Ingenieros identifica la inmoralidad prevaleciente en su entorno, descrita en sus primeras publicaciones, como la causa principal de la injusticia social.

De las consideraciones antes vertidas, se puede apuntar que la libertad es la facultad de disponer de la propia persona, ya sea de la potestad de decidir en política, como del cuerpo o del intelecto, además de no verse determinado por la condición económica. Se trata de la misma noción de “libertad” que aparece en *¿Qué es el socialismo?*, en cuyo texto la libertad era la facultad del trabajador de disponer del producto de su trabajo, de que éste no sea expropiado por otro. Lo que se advierte ahora,

es que Ingenieros se refiere además al trabajo intelectual, pero la idea es, en esencia, la misma. Lo relevante de su esfuerzo consiste en su lucha personal para anunciar y alertar al mundo, especialmente a las juventudes, de la flagrante inmoralidad proveniente del establecimiento político y económico.

Lo que Ingenieros considera como las nuevas fuerzas actuantes en la historia, resultan ser, el socialismo como doctrina política, la ciencia y la divulgación del saber científico, y el modernismo literario. Respecto de esta última manifestación, se puede mencionar que, con la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires en el año de 1897, “Se izó garbosamente la insignia modernista y se inició el fuego despiadado contra clásicos y naturalistas” (Bagú, 1936, 34).

Finalmente, y respecto del socialismo como su doctrina política y vía para acceder a mejores condiciones de vida, Ingenieros alude a la necesaria abolición del Estado para transitar de una organización capitalista-individualista a una socialista, punto de vista que corresponde con la época. Es la lucha de clases una manifestación cultural de la lucha por la vida en la naturaleza, el camino hacia una sociedad más justa y al progreso irremediable, como la evolución natural.

CAPÍTULO III

Segundo Periodo (1898-1911)

El segundo periodo muestra a un José Ingenieros más reposado y reflexivo en relación a sus ideales de justicia y su espíritu socialista, sin que esta refinación, en su tránsito de la adolescencia a la vida adulta, logre transformar de fondo sus convicciones. En esta etapa, Ingenieros dedica la mayor parte de su tiempo al estudio e investigación de las ciencias, en esfuerzos que se verán coronados con la publicación de sus *Principios de psicología biológica*, obra en la que analiza el desarrollo, evolución y contexto social de las funciones mentales.

Como se describe en la introducción de este trabajo, desde 1898 hasta 1911 aproximadamente, José Ingenieros desarrolla un nuevo sistema de pensamiento. Así lo describe Terán al referirse que Ingenieros se encuentra inmerso en una temática encuadrada dentro de “zonas comunicadas con la `sociología científica`, ... (que) será justamente la región ideológica a través de la cual su sistema comience a colmarse con nuevas categorías pertenecientes, ahora sí, a un universo de discurso positivista, evolucionista y darwiniano” (1986, 28). Además, se pretende destacar el fin de su vinculación con el Partido Socialista, ya que a partir de 1899 “abandona su militancia” (...) y tres años más tarde (1902) renuncia a su afiliación al mismo” (Terán, 1986, 35).

La influencia de Spencer en el pensamiento de Ingenieros, y en el de los intelectuales argentinos de la época, es considerable. Así como la fuerte influencia recibida de dos de sus profesores en la Facultad de Medicina: J. M. Ramos Mejía y Francisco de Veyga, ambos positivistas.

Aceptar el universo de ideas del padre del darwinismo social implica efectuar un enfoque biologicista de la realidad social imperante. Una consecuencia de ello es la visión de la civilización, como parte de la naturaleza, irremediamente obligada a la evolución, al progreso, al mejoramiento. De acuerdo a Soler: “El positivismo – refiriéndose a la versión argentina del mismo–, constituyó una etapa cultural cuyas proyecciones se hicieron sentir en todos los dominios del espíritu... Caracteriza

precisamente el fin del siglo XIX, así como los comienzos del XX” (1968, 15).

En cuanto al problema de la *cuestión social* en este periodo, ésta ya no se interpreta como una instancia a ser resuelta por la vía de la acción revolucionaria que conduce a la supresión del Estado, sino que se percibe como un problema que debe afrontarse mediante las ciencias positivas, porque “la cuestión social ya no será el eslabón débil de la cadena de dominación capitalista, y sí el síntoma de un malestar profundo que es necesario detectar y tratar terapéuticamente” (Terán, 1986, 37).

Este segundo periodo intelectual de José Ingenieros, de acuerdo con Terán (1986, 35), implica su “adscripción a nuevos espacios institucionales”. Además, coincide con su acceso a la élite de personajes célebres, por lo que a continuación se describirá cómo es que durante el primer lustro del siglo XX, se coloca en el primer plano en el ámbito nacional y, posteriormente, en el internacional.

3. 1. La simulación de la locura.

En 1900 Ingenieros presenta su tesis *La simulación de la locura*, con la que se gradúa de médico, la cual fue publicada el mismo año y tuvo una gran e inusitada acogida. Sin embargo, su introducción, titulada *La simulación en la lucha por la vida*, se publica hasta 1903, por problemas de carácter financiero. La tesis se publicó en España y se tradujo al italiano, al francés y al ruso. A partir de entonces, todas sus publicaciones serían leídas no sólo en Argentina sino también en Europa. *La simulación de la locura*, fue premiada por la Academia de Medicina de París y obtiene la Medalla de Oro otorgada por la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires a la mejor obra científica de Argentina (Ponce, 1949). En ese año de 1900 Ingenieros contaba con 23 años de edad. De acuerdo a lo anotado por el hermano de Ingenieros, Pablo, esta obra conquista el premio al que se refiere Ponce, en el año de 1904, y “la honra de ser traducida en once idiomas” (Ingenieros P., 1927, 15).

De acuerdo a la argumentación de Ingenieros, la simulación de la locura en los seres humanos, en particular en aquellas personas que habiéndose comprobado su culpabilidad en un crimen, procuran evitar la pena aduciendo locura, es una de las

manifestaciones de la lucha por la vida: “Entre el gusano disimulador de su cuerpo bajo un copo de algodón y el delincuente disimulador de su responsabilidad jurídica tras una enfermedad mental, debía lógicamente existir un vínculo: ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida” (Ingenieros, 2003, 12). La tesis defendida por Ingenieros muestra una concepción evolucionista de la realidad: Entre el gusano disimulador y el hombre también disimulador, no hay, estrictamente, diferencias cualitativas. En esencia, no hay métodos distintos para analizar los objetos biológicos y los objetos sociales, en la medida en que para ambos rigen las mismas leyes (determinismo, adaptación, evolución, etc.). Más adelante, agrega: “La lucha por la vida es un fenómeno general en todos los seres vivos” (Ingenieros, 2003, 22). Ricaurte Soler lo explica de la siguiente manera:

“El pensamiento de Ingenieros es fundamentalmente un monismo naturalista y evolutivo que concibe el fenómeno cognoscente como una relación funcional y progresiva de los tres aspectos de la evolución de la experiencia. Es decir que la base de toda consideración acerca de lo natural o de lo social es la experiencia, el dato fáctico. *Las relaciones político-filosóficas, no son, desde este punto de vista, más que relaciones funcionales de la experiencia en momentos avanzados de la evolución sociogenética*” (1968, 130).

Ingenieros extrapola su análisis desde el ámbito biológico para después aplicarlo al complejo espacio social de la conducta humana, en virtud de lo cual, en el segundo periodo intelectual, sus argumentaciones parten desde el punto de vista biologicista-evolucionista.

3.1.1. La simulación en la lucha por la vida.

Como ya dijimos, *La simulación en la lucha por la vida* es la introducción a su tesis *La simulación de la locura* y, en uno de los apartados dedicado al problema de las correlaciones bio-sociológicas, Ingenieros afirma lo siguiente: “las más complejas operaciones psíquicas elaboradas en el cerebro humano, no son sino el perfeccionamiento alcanzado por funciones progresivamente desenvueltas en la serie animal” (2003, 13). Es con la evolución que progresivamente se van alcanzando

perfeccionamientos. Además, observa que se dan ciertas pautas acerca de cómo ha de entenderse el sentimiento de ‘solidaridad social’, al mencionar que este sentimiento no es un atributo exclusivamente humano, sino que “aparece ya en la primera asociación de seres vivos, y evoluciona, integrándose progresivamente, hasta alcanzar sus actuales proporciones” (Ingenieros, 2003, 13). Es decir, que en las agrupaciones humanas, lo que ocurre es que la ‘solidaridad social’ se halla en un nivel más avanzado de evolución. Las instituciones sociales, en el caso del hombre, evolucionan desde los primeros y rudimentarios lazos de solidaridad hasta sus actuales dimensiones.

Lo que se quiere destacar es que esta visión determinista y evolucionista de los fenómenos sociológicos, le permite a Ingenieros realizar una prospección relativa al ordenamiento de la sociedad humana, al inducir que “en futuras transformaciones sociales se equiparán todos los individuos ante las condiciones de lucha por la vida, para alcanzar el desenvolvimiento máximo de su propia individualidad” (2003, 13). De tal forma que emerge de manera subrepticia un ideal de justicia plasmado ya en sus primeros escritos durante el periodo intelectual anterior.

Al aludir Ingenieros a ‘condiciones de lucha por la vida’, se advierte que la justicia tiene que ver con una igualdad de condiciones, como cuando se refiere a la propiedad de los medios de producción en *¿Qué es el socialismo?* Es la misma idea socialista de la primera etapa, pero ahora con un tono de objetividad biologicista. En la sociedad más justa por venir, el ideal de justicia, tiene que ver con una inexorabilidad garantizada por las leyes naturales de la evolución que determinan que todo organismo evoluciona de lo más simple y elemental a lo más complicado y perfectible. Evolución es sinónimo de progreso, el mismo transcurso de la historia conduce, irremediablemente, a una sociedad cada vez más justa. La convicción con que Ingenieros sostiene sus argumentaciones, parte de la idea de que las leyes que se verifican en las ciencias naturales, encuentran su plena aplicación, aunque modificadas, en las ciencias sociales.

3.1.1.1. La libertad.

Esta idea, de someter al hombre a las mismas leyes del determinismo y de la evolución que los animales, parece que desvanece el concepto de libertad. Sin embargo la idea de libertad, voluntad o libre albedrío no se escapa en el sistema conceptual de José Ingenieros, pues queda lugar para la libertad en la historia humana, ya que realmente debe haber algo en lo que los hombres se diferencian de los animales, que sí están expuestos completamente al determinismo evolucionista. Y este “algo” que diferencia a los hombres de los animales se ha manifestado a lo largo de la evolución, en que el hombre se ha transformado en productor de bienes para satisfacer sus necesidades, al modificar de modo sustancial a la naturaleza. Esta facultad de desobedecer de cierto modo la ley del determinismo es un aspecto de la libertad, del libre albedrío. El trabajo, propiamente humano, engendra la posibilidad de que mediante el aumento de la capacidad productiva, es posible atenuar los efectos de la ley del determinismo y de la lucha por la vida en la sociedad. Ingenieros sostiene que “la lucha por la vida se modifica en la especie humana, porque esta tiene la posibilidad de producir sus propios medios de subsistencia, subordinando la lucha al incremento de su capacidad productiva; aptitud que, en última instancia, determinará la transformación o atenuación de ciertas formas de lucha por la vida en el porvenir” (Ingenieros, 2003, 22).

Ya se ha dicho que en *La simulación en la lucha por la vida* Ingenieros postula el principio de la “solidaridad social”, que si bien es biológico, se halla en un estadio más avanzado de evolución en la humanidad. Al producir el hombre por cuenta propia sus medios de subsistencia se genera éste principio de solidaridad en el ámbito humano de la convivencia, y la libertad surge como valor. La libertad, que es libertad de ser solidario con el prójimo y no luchar contra él, como antagonista, por la vida. De este modo, el hombre decide libremente aquello que garantiza su subsistencia, convirtiéndose así en el único ser vivo evolucionado con capacidad de elegir, de ser libre. La solidaridad social como libertad, permite hablar de valores morales en el marco más general del determinismo evolucionista y de la lucha por la vida. Se puede agregar que, en este punto específico, Ingenieros muestra más una continuidad que una ruptura respecto de su primer periodo intelectual, pues, puede suponerse que el aumento de la capacidad productiva viene dado, por el cambio en el modo de producción, por un

reemplazo de la propiedad privada por la propiedad colectiva de los medios de producción.

Ingenieros lleva a cabo una revalorización del sistema capitalista en comparación con su primera etapa de ideas socialistas, presentando ahora al sistema capitalista como un régimen que “contiene los efectos benéficos de desarrollar las fuerzas productivas, universalizar las relaciones humanas y generar una clase proletaria destinada a superarlo” (Terán, 1986, 46).

Puede suponerse que este viraje en cuanto a su posición ideológica socialista y de franco rechazo al capitalismo, y que en este periodo suaviza, obedece a que Ingenieros, al citar a Heráclito de Éfeso, promulgaba que el cambio era lo único permanente,

3.2. La legislación del trabajo en la República Argentina.

En el trabajo de José Ingenieros titulado *La législation du travail dans la République Argentine*, de 1906, escrito en Paris, la función del socialismo como doctrina política es concebida como colaboracionista y reformista, a efecto de mejorar la relación entre el capital y el trabajo. De acuerdo con Bagú, se trata de un “chispazo imperialista en el pensamiento de Ingenieros” (1986, 106).

Como ya se mencionó, una de las características del periodo intelectual de José Ingenieros que se inicia en 1898, es una redefinición en relación al problema de la *cuestión social*. Si antes su resolución implicaba la revolución social, ahora dicha revolución está sujeta a los fines de la construcción de una nación moderna.

En la Argentina que se perfila hacia el cumplimiento de sus primeros cien años de vida, la *cuestión social* se caracteriza por diversos contenidos, principalmente dos: el fenómeno de la inmigración masiva –y sus diversas consecuencias, una de las cuales es la formación de grandes conglomerados urbanos-; y la progresiva constitución de una clase obrera con conciencia ideológica. En una nación amenazada por el peligro de la separación social y por la lucha de clases, se impone la necesidad de una

homogenización de las relaciones sociales. Y por *cuestión social* se refiere: “ya no – como en la primera etapa– a la presencia del germen inconforme que prefiguraba el nuevo orden, sino de los elementos que, al impugnarlo, demandaban ser resueltos por vía de la reforma o la exclusión” (Terán, 1986, 42).

La legislación del trabajo de la República Argentina (*La législation du travail dans la République Argentine*), es un ensayo en el que Ingenieros comenta la *Ley González*, como se conocía a la iniciativa formulada y redactada por el doctor Joaquín V. González. En el apartado 2, del estudio titulado *La evolución del socialismo*, Ingenieros escribe que “para los que desconocen la evolución operada en las doctrinas y en la acción política del socialismo, este sigue siendo la revolución lírica de los pobres contra los ricos, de los infelices contra los dichosos, de los desequilibrados contra los normales” (Terán, 1986, 117). Por lo que se refiere a su convicción socialista, esta se sostiene con el mismo fervor con el que la difundía durante el período anterior, pero puliendo las asperezas del lenguaje.

Alejado del tono radical del discurso militante, Ingenieros parece incluso conceder aceptación al capitalismo, de acuerdo a los párrafos siguientes:

“Conviene, pues, al socialismo abandonar ciertas exageraciones violentas, otrora exigidas por las masas como condición de su aplauso y de sus votos. Se advierte entre sus elementos pensantes la necesidad de adaptarlos al régimen económico actual, y perseguir dentro de él reformas reales: los sociólogos socialistas conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa e indispensable para toda una evolución ulterior” (Ingenieros, 1962, 125).

Lo que se puede presumir es que nuestro autor espera que gradualmente se den los cambios, que según él, conducirían inevitablemente a un régimen económico socialista. Ingenieros insiste en que el socialismo “*debe* mirarse como un resultado de condiciones económicas propias de los países más civilizados” (Ingenieros, 1962, 117). En esta insistencia, al optar por escribir el ‘*debe*’, como una imposición, refleja su inclinación ideológica hacia el socialismo. En este sentido, se observa que Ingenieros

mantiene su vehemente convicción en el ideal socialista, tratando de imponer su idea de que el socialismo, como filosofía socio-económica, *'debe'* aceptarse como el propósito final de los países más desarrollados. Afirma nuestro autor sobre el socialismo que este “No puede identificarse con ninguna acción política sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido. No es un invento filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor: es una tendencia de la evolución social” (Ingenieros, 1962, 127).

Por otra parte y hechas las anteriores aclaraciones, en su comentario a la Ley González, además de colmar de elogios al doctor Joaquín V. González, autor de la iniciativa de ley, Ingenieros afirma que esta ley tiene como propósito, “en primer término, la necesidad de conformarse a ciertas exigencias de la civilización moderna, que supone prestar oído a las justas reclamaciones obreras -consecuencia natural del desenvolvimiento económico capitalista--, satisfaciéndolas mediante una completa y avanzada legislación social” (Terán, 1986, 130). Al analizar la Ley González, Ingenieros afirma que “constituye un ensayo serio y amplio del socialismo de Estado” (Terán, 1986, 117).

3.2.1. La justicia.

Es evidente que Ingenieros respalda la iniciativa por la protección con la que esta da la clase trabajadora. La iniciativa, de haber sido aprobada, hubiera sido un triunfo que se habrían adjudicado Ingenieros y los socialistas, pues la Ley González avanzaba en su causa. El sentido de justicia de Ingenieros parece ir de la mano de su inclinación socialista, en virtud de que sus más grandes disertaciones justicieras están ligadas a su convicción ideológica. Para Ingenieros, el socialismo, como él lo interpreta y que ya se ha mencionado en los párrafos precedentes, se convierte en la solución inmediata para alcanzar la igualdad entre todas las clases sociales que inevitablemente conducirá a una convivencia social armónica.

Se puede afirmar que para Ingenieros, existe una paridad lógica entre su ideal de justicia y su ideología socialista, en donde la justicia se convierte en la consecuencia directa y natural del establecimiento de este régimen. Esta concepción, en

contraposición al ser individualista, se convierte en el propósito que parece darle sentido a su vida. Con el paso de los años, Ingenieros pudo haber cambiado superficialmente algunas de sus ideas respecto al socialismo, asistido por sus estudios y obviamente por su evolución intelectual, sin embargo, su ideología socialista le acompañará por el resto de sus días.

En el primer periodo sostenía Ingenieros que se alcanzaría una sociedad más justa mediante un cambio en el modo de producción, es decir, de uno basado en la propiedad privada a otro basado en la propiedad colectiva. Esta idea la transforma en el segundo periodo al distinguir la capacidad del hombre como productor de sus medios de subsistencia en la lucha por la vida.

En los textos que se comentarán en el siguiente capítulo –pertenecientes a lo que en este trabajo se conoce como la tercera etapa en la evolución intelectual de José Ingenieros- se verificará una ruptura conceptual respecto del periodo inmediatamente anterior.

CAPÍTULO IV

Tercer Periodo (1911-1925)

La característica que permite reunir la serie de libros y artículos escritos a partir de 1911 en un solo conjunto temático, obedece a un cambio en lo que respecta a las preocupaciones intelectuales de José Ingenieros. Este año también coincide con su segundo viaje a Europa y con la etapa en que nuestro autor se abre a temas filosóficos. Bagú coincide en señalar ese mismo año como el ingreso de Ingenieros a un nuevo mundo conceptual. Para afirmar lo anterior, se basa en el discurso de recepción presentado por Ingenieros, en la Academia de Filosofía y Letras, en el que relaciona ese tiempo como el comienzo de su preocupación filosófica. “Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía” (Bagú, 1936, 130). Respecto de este discurso dice Bagú: “La necesidad de un planteo general para la solución de los problemas humanos requería con urgencia su mente e iba a guiar sus preocupaciones de pensador” (Bagú, 1936, 130).

Durante ese año de 1911, tiene lugar un suceso que provoca fuertes repercusiones en la vida de José Ingenieros cuando el presidente de Argentina, Roque Sáenz Peña, decide negarle la impartición de la cátedra de Medicina Legal en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. La decisión de Sáenz Peña representó para el joven médico el corte abrupto de una brillante carrera que había iniciado en su juventud.

Sergio Bagú comenta lo sorpresivo que fue para Ingenieros enterarse de tal acontecimiento: “Estaba borroneando programas y planes de trabajo para la cátedra cuando le llegó la noticia del veto presidencial. Todo se le anudaba entonces. Había aspirado siempre a ejercer el profesorado en la casa donde cursara sus estudios superiores, que le hubiera obligado a profundizar aún por muchos años más los problemas de la patología mental y la medicina forense” (Bagú, 1936, 134).

Sin entrar en especulaciones respecto de las causas de tan arbitraria decisión del titular del ejecutivo, el joven médico cortó repentinamente sus actividades y se marchó

rumbo a Europa, al considerar que se había cometido un acto en perjuicio de su dignidad como profesor universitario y de su capacidad intelectual, “Renunció a la dirección del Instituto de Criminología. Cerró su consultorio, repartió gran parte de su biblioteca y preparó rápidamente un viaje a Europa” (Bagú, 1936, 134 - 135).

Ingenieros se había alejado del país por haber sido objeto de un acto que consideró de “inmoralidad gubernativa e irrespetuoso para su dignidad de universitario” (Bagú, 1936, 138). En efecto, como ya lo describimos en el primer capítulo, no obstante haber sido designado en primer lugar de la terna presentada por el Honorable Consejo de la Facultad de Medicina para la titularidad de la cátedra de Medicina Legal, el presidente de la Nación, Roque Sáenz Peña, designa a otra persona. Ingenieros se siente menoscabado ante el hecho de que el máximo funcionario del país le haya faltado el respeto como universitario, renuncia a sus cargos y se embarca a Europa. Oscar Terán nos dice al respecto que: “el estudioso se aparta, convencido de que en esa crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y renunciamento” (1986, 61-62).

El propio Ingenieros asevera, cuando se refiere a la dignidad en su libro *El hombre mediocre*, que: “Ser digno significa no pedir lo que se merece, ni aceptar lo inmerecido. (...) Los hombres ejemplares desdeñan cualquier favor; se estiman superiores a lo que puede darse sin mérito. Prefieren vivir crucificados a su orgullo a prosperar arrastrándose...” (Ingenieros, 1992, 119). Él mismo describe su concepto de dignidad, cuando sentencia: “El que aspira a parecer renuncia a ser. En pocos hombres súmase el ingenio y la virtud en su total dignidad (...), la dignidad es unívoca, intangible, intransmutable. Es síntesis de todas las virtudes que aceran al hombre y borran la sombra: donde ella falta no existe el sentimiento del honor. Y así como los pueblos sin dignidad son rebaños, los individuos sin ella son esclavos” (Ingenieros, 1992, 133).

En el mes de marzo de 1913, se hace del conocimiento público la renuncia que José Ingenieros dirige al Presidente de Argentina, Sáenz Peña, así como la inminente

publicación de su libro, por medio de una carta redactada por los colegas del Dr. Ingenieros, en la que se puede leer lo siguiente:

“Nosotros” 47 marzo 1913

LA RENUNCIA DEL DOCTOR INGEGNIEROS

El Dr. Ingenieros ha tenido la luminosa idea editorial de anunciar americanamente la aparición de su próximo libro. A tal objeto ha enviado al presidente de la República la renuncia simultánea de todos sus cargos, concebida en estos términos:

“Señor Presidente de la Nación Argentina, doctor Roque Sáenz Peña.-

Tengo la dignidad de presentar a S. E. mi renuncia indeclinable de los cargos de profesor de la Universidad de Buenos Aires, director del Instituto de Criminología y director del Servicio de Observación de Alienados.

La circunstancia de referirme a su persona en un libro de inminente publicación, en términos que por justos podrán parecerle irrespetuosos, me induce a abandonar dichos cargos técnicos que obtuve por concurso o para cuyo desempeño fui solicitado en su oportunidad por el P. E. El uso de licencia mientras dure su gobierno podría contrastar con la afiebrada laboriosidad impresa por S.E. a la administración nacional.

En caso de no aceptar la presente renuncia por no consentirse tal caso durante su periodo presidencial, sírvase S. E. disponer mi cesantía o destitución.

Dios tenga a S. E. en su santa gracia

José Ingenieros”

Dejemos hablar mal a la gente que no sabe hacer un buen negocio. Digan nomás los leguleyos que el trámite dado a la renuncia es irregular; y los mal intencionados que el gesto llega algo retardado; y los hombres serios que estamos en presencia de una grosería y un golpe de bombo... Nosotros, como colegas del doctor Ingegneros, estamos en el deber de ayudarlo en la empresa: “el libro de inminente publicación” es “EL HOMBRE MEDIOCRE”.

Oscar Terán, escribe que en este segundo viaje al viejo continente, “Ingenieros no podía saberlo pero, rumbo a Europa, no sólo abandonaba su país; también iniciaba el difícil y a veces lacerante alejamiento de un mundo conceptual” (Terán, 1986, 58). Bagú, coincide con lo anotado por Terán respecto del ingreso de Ingenieros a un nuevo mundo conceptual y nos comenta que nuestro autor lo reconoce en una carta dirigida a su amigo Antonio Monteavaro, con fecha de 12 de marzo de 1912: “Estoy en el camino de Damasco. Atravieso por una crisis de idealismo romántico cuyo desenlace para mi

personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha regenerado totalmente. Ahora, ¿lo creerás?, me gustaría ser un apóstol o un santo de algún ideal” (Bagú, 1936, 136). Ponce comenta ese proceso de regeneración del alma al que se refiere el mismo Ingenieros, escribiendo que “la experiencia regula la imaginación tornándola ponderada y reflexiva” (Ponce, 1926, 38).

Con este, su segundo viaje a Europa, Ingenieros se aleja de un mundo de ideas determinado, el social darwinista, para acercarse a otro más “filosófico”. Lo mismo opina Aníbal Ponce, quien sugiere lo simbólico del hecho de que cuando Ingenieros llega a Suiza, en la ciudad de Ginebra se celebraba el segundo centenario del nacimiento de Rousseau, coincidentemente a las mencionadas celebraciones “comienza para Ingenieros la resurrección romántica que habría de caldear, muy pronto, las páginas vibrantes de *El hombre mediocre*” (Ponce, 1947, 77).

4.1. El hombre mediocre.

El hombre mediocre marca un antes y un después en la obra de José Ingenieros, tanto en su escritura como en la forma en que plasma su pensamiento. Había empezado siendo un estudio de la psicología de ciertos caracteres, los de la mediocridad, y al delinear sus rasgos, se transforma en un apasionado tratado que pone en evidencia la rutina, la hipocresía y el servilismo, expone las características del hombre inferior, del mediocre y del superior, en el que elabora una crítica de la moral. “Sus lecciones sobre el carácter fueron sufriendo transformaciones sucesivas y cuando él mismo quiso clarificar su contenido afirmó que era una *crítica de la moralidad*” (Bagú, 1936, 144).

La primera edición de esta obra vio la luz en España, en 1913 pero, como ya se mencionó, está basada en lecciones de psicología del carácter que datan de 1910, y en textos del año de 1911. “La casa Renacimiento, que era la editora, lanzó diez mil ejemplares en enero de 1913. En abril del mismo año, para satisfacer una demanda desacostrumbrada, publicó una segunda edición, con ligeras correcciones en el texto e igual tiraje” (Bagú, 1936, 145-146).

El hombre mediocre es el libro que abre el tercer periodo intelectual de José Ingenieros y es, tal vez, la más conocida y renombrada de todas las obras de su prolífica producción, de la que ha llegado a ser, sin duda, la más difundida por su cantidad de reediciones que han sido muy numerosas y que fueron distribuidas en todo el mundo de habla hispana desde el mismo momento de su primera impresión. Cuando en 1914 Ingenieros retorna al país, ya habían rodado por América veinte mil ejemplares del libro. Las revistas juveniles reproducían sus pasajes más encendidos, las editoriales americanas reimprimían la introducción sobre la emoción del ideal, en los colegios los jóvenes recitaban de memoria páginas enteras del libro. Para corroborar lo anterior, Sergio Bagú nos comenta que: “El hombre mediocre fue la primera gran voz que se alzó en todo el continente para formar la conciencia de una nueva generación. Sus páginas iban a trazar el primer derrotero común a una pléyade de hombres americanos que se disponían a ingresar en las luchas públicas” (1936, 152). Sobre este famoso libro, Bagú agrega lo siguiente: “Para transmitir la emoción de su ideal, escribió un poema en una prosa tan exaltada que los jóvenes comenzaron a leerla en voz baja para repetirla luego casi a gritos, en medio de gestos amplios, o para recitársela mutuamente entre los bancos del algún colegio de Buenos Aires o La Habana, o de alguna tertulia de Lima o de México” (Bagú, 1936, 152).

Por su parte, Oscar Terán escribe sobre *El hombre mediocre*: “... resultará el texto fundamental no sólo por sus reconocidas resonancias e influencias; también porque en él se registra un movimiento teórico que fisura el sistema anterior mediante el crecimiento de la noción del ideal” (Terán, 1986, 58).

Volviendo a los comentarios de Sergio Bagú, éste considera a *El hombre mediocre* como la obra más importante de José Ingenieros, y dice que en ella toma “...al hombre mediocre como arquetipo y hace en él un análisis minucioso, en cuanto su actividad intelectual, su moral, su carácter y su conducta. Estudia el valor social de la mediocridad y los climas sociales mediocres, que él llama mediocracias. Como antítesis, examina finalmente dos tipos de genios: Sarmiento y Ameghino” (1936, 144).

El hombre mediocre es la obra en la que Ingenieros traza su “idealismo basado en la experiencia”. Para entenderlo, es necesario antes comprender su noción de *ideal*. Ingenieros sostiene que: “El Ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección” (1992, 6). Es decir, el ideal es algo aún no realizado en la historia. Es en todo caso una búsqueda o algo que alguna vez podrá ser. El ideal, en tensión dialéctica con lo realmente existente, es el motor de la historia humana. Es la búsqueda de lo ideal a partir del reconocimiento de un desequilibrio o carencia en la realidad existente, lo que hace que un hombre, una nación o, en último término la humanidad, progrese. “...un ideal es una aspiración legítima hacia un modo de ser más perfecto...” (Ingenieros, 2000, 22). Esto quiere decir que es una idea acerca de un futuro más perfecto para la sociedad de que se trate, y del hombre en ella.

4.1.1. La construcción del ideal.

Es desde los primeros párrafos de esta obra, que Ingenieros describe el momento sublime de la concepción del ideal: “Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal” (1992, 5). Y continúa diciendo: “Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores que fundieron en síntesis supremas sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo real. Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte de la Humanidad: son idealistas” (1992, 6). Ingenieros se refiere a la estirpe de los idealistas como una casta a la que sólo pertenecen unos pocos privilegiados.

Ingenieros concibe al *ideal* como una visión o concepto transformador, como el advenimiento abstracto de una realidad futura, que aún inexistente, es más perfecta en su concepción que la que se vive. “Un ideal no es una fórmula muerta, sino una hipótesis perfectible; para que sirva, debe ser concebido así, actuante en función de la vida social que incesantemente deviene” (1992, 6). El ideal es una entidad irreal, que brinda la posibilidad de un perfeccionamiento moral mediante representaciones

mentales que se crean al imaginar una posibilidad de mejora a futuro, es decir, una alteración creada por mentes dispuestas a concebir una visión y transformarla en realidad. El *ideal* está estrechamente vinculado a la acción, y sobre todo a la evolución social, al progreso y al perfeccionamiento moral.

Para Ingenieros: “Los ideales son formaciones naturales. Aparecen cuando por circunstancias propicias la función de pensar alcanza tal desarrollo que la imaginación puede anticiparse a la experiencia” (1992, 7). Son entidades que influyen en la conducta en la medida en que se creen verdaderos. “Y los ideales, por ser visiones anticipadas de lo venidero, influyen sobre la conducta y son el instrumento natural de todo progreso humano” (Ingenieros, 1992, 8).

Ingenieros utiliza el ideal como una alternativa potencialmente concreta a la realidad presente, es decir, que el ideal constituye en la mente de quién lo crea, una promesa de mejoría a las condiciones prevalecientes, capaz de influir sobre la conducta. Una herramienta importante dentro del complejo mecanismo de la evolución biológica, derivando con ello múltiples variaciones dentro del proceso evolutivo social. “Sin ideales sería inexplicable la evolución humana” (Ingenieros, 1992, 13).

El diseño del ideal así concebido, producto de un progreso ansiado sobre la experiencia reinante, es la anticipación de un objetivo, es un anhelo, un afán dirigido por un esfuerzo inteligente que gradualmente adquiere forma hasta transformarse en realidad. “La imaginación, partiendo de la experiencia, anticipa juicios acerca de futuros perfeccionamientos: los ideales, entre todas las creencias, representan el resultado más alto de la función de pensar” (Ingenieros, 1992, 6). A este proceso intelectual ejercido por la capacidad imaginativa, es a lo que Ingenieros llama *la construcción del ideal*, que es el primer paso para lograr un cambio. Terán por su parte nos dice que en esta instancia se produce “la siguiente secuencia teórica: la definición del ideal y su función social; la determinación del sujeto social portador del mismo; la contrapartida representada por la mediocridad, y los momentos históricos donde la misma impera, hasta desembocar en los efectos políticos que estas nociones implican” (1986, 60).

Más que alimentar la simple ambición de mejorar lo ya logrado por el sólo atractivo de su posibilidad, se trata aquí de dirigir la mirada hacia el progreso moral en todas las áreas del saber y del hacer humanos. El ideal al ser creado, pretende mejorar la calidad de la experiencia presente que la imaginación aprecia como posibilidad, provocando la alteración de la realidad. Un ideal es una hipótesis perfectible que nace de la imaginación. La experiencia hace realidad la hipótesis en un futuro. Es por ello que hipótesis y experiencia van juntas, pero no a la par, así nos lo dice Ingenieros: “...Experiencia e imaginación siguen vías paralelas, aunque va muy retardada aquélla con respecto de ésta. La hipótesis vuela, el hecho camina; a veces el ala equivoca el rumbo, el pie pisa siempre en firme; pero el vuelo puede rectificarse, mientras el paso no puede volar nunca” (1992, 8)

Dada su formación biologicista y evolucionista, Ingenieros postula que los ideales nacen en donde se entrelazan la ciencia y la filosofía. “Un ideal es un punto y un momento entre los infinitos posibles que pueblan el espacio y el tiempo” (Ingenieros, 1992, 7.)

En el planteamiento de Ingenieros existen tres grandes esferas en las cuales se divide el actuar del hombre en la sociedad en que vive: la ciencia, la moral y el arte. A cada una de ellas le corresponde un ideal inalcanzable, la Verdad, el Bien y la Belleza, respectivamente. Al interior de cada una de estas esferas, el ideal se sitúa como una ‘hipótesis perfectible’, como una idea de perfeccionamiento acerca del futuro de aquella sociedad de que se trate. “Las formas del ideal son complementarias, jamás contradictorias, aunque lo parezca. Si el ideal de la ciencia es la Verdad, de la moral el Bien, y del arte la Belleza, formas preeminentes de toda excelitud, no se concibe que puedan ser antagonistas... no hay una Verdad amoral o fea, ni fue nunca la Belleza absurda o nociva, ni tuvo el Bien sus raíces en el error o la desarmonía...” (Ingenieros, 1992, 12).

4.1.1.1. La fuerza coercitiva del ideal.

Por su condición de irrealidad, Ingenieros afirma que los ideales “...son creencias...”, y que “...su fuerza estriba en sus elementos afectivos: influyen sobre

nuestra conducta en la medida en que los creemos...(realizables)” (1992, 7). Al no ser realidades, podrían llegar a carecer de aceptación, pero los ideales tienen una fuerza coercitiva en la medida en que influyen sobre la sensibilidad, ese sentir que impulsa al hombre o al grupo a obrar en consecuencia del ideal del que se trate. Es decir que la coerción es de orden *interior* y está ligada al sentimiento. “Los ideales, por ser visiones anticipadas de lo venidero, influyen sobre la conducta y son el instrumento natural de todo progreso humano (Ingenieros, 1992, 8).

Es así como el ideal, partiendo de ser sólo una abstracción anticipada a su tiempo, tiende a convertirse en una realidad de calidad superior a la experiencia previa desde donde fue originado. El ideal no lo percibe Ingenieros como una fórmula permanente, lo cual lo convertiría en dogma, sino como hipótesis perfectible: “Todo ideal es siempre relativo a una imperfecta realidad presente. No los hay absolutos. Afirmarlo implicaría abjurar de su esencia misma, negando la posibilidad infinita de la perfección” (1992, 11).

La experiencia existente e imperfecta, se supera en progresión constante mediante la concepción del ideal. “Mientras la experiencia no da su fallo, todo ideal es respetable, aunque parezca absurdo” (Ingenieros, 1992, 11). La concepción del ideal produce una realidad alterna derivada de la facultad humana de crear opciones a voluntad. Esta realidad alterna construida por la imaginación surge de la necesidad de visualizar perfeccionamientos futuros capaces de producir condiciones más óptimas que las del momento en que se concibieron.

Al hablar de *perfección* –concepto humanamente inalcanzable– Ingenieros se refiere específicamente al deseo permanente de mejoramiento humano, orientando la conducta siempre hacia la consecución de esa perfección. “...Para concebir una perfección se requiere de cierto nivel ético y es indispensable alguna educación intelectual. Sin ellos pueden tenerse fanatismos y supersticiones, ideales, jamás” (Ingenieros, 1992, 32). El perfeccionamiento se logra cuando los miembros más destacados de una determinada sociedad –los científicos, los filósofos, los intelectuales, los artistas –de acuerdo a Ingenieros– conciben un ideal, es decir, una hipótesis sobre

cómo puede llegar a ser la sociedad en la que se vive, una hipótesis tendiente a producir un mejoramiento, como la capacidad de guiar al conjunto social a la realización de ese ideal. En última instancia, es la experiencia quien decide si el ideal concebido fue legítimo o no. “La experiencia, sólo ella, decide sobre la legitimidad de los ideales en cada tiempo y lugar...” (Ingenieros, 1992, 11).

4.1.2. La conciencia moral y la libertad.

Para establecer la vinculación entre el *ideal* con la noción de *libertad* en el pensamiento de Ingenieros, es necesario mencionar en primera instancia, su concepto sobre ‘conciencia moral’.

En el apartado titulado “La moral de Tartufo”, Ingenieros nos brinda su concepto de ‘conciencia moral’ al describir las características de los temperamentos hipócritas. Alude al término cuando se refiere cómo viven los hipócritas y afirma que viven “obsesionados por el temor de que su conciencia moral asome a la superficie” (Ingenieros, 1992, 79). El tipo del hipócrita es un ser que se muestra a los otros de un modo mentiroso. La verdad de la razón de su conducta, a la que sólo él mismo tiene acceso, reside en su interior, no está al alcance de los hombres y mujeres con los cuáles interactúa en el seno de la sociedad. No se trata aquí de caracterizar a este tipo social, sino pensar en algunas consecuencias que tiene el planteamiento de José Ingenieros. La conciencia moral es individual, interna y verdadera. Es la facultad innata de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, y que tiene un poder de sanción sobre la actuación social del sujeto (en este caso del sujeto hipócrita).

La falta de congruencia o coincidencia entre la conciencia moral y la práctica social efectiva, es lo que determina que el sujeto no sea libre en la sociedad de que se trate pues tiene algo que esconder ante la mirada de los otros. El hipócrita a causa de su ‘hábito de fingir’, se endeuda ‘moralmente’ con la sociedad, de acuerdo a como nos lo advierte Ingenieros, “Cada préstamo no devuelto es un nuevo eslabón remachado a su cadena” y agrega, refiriéndose a los “tartufos”, que a estos “se les hace imposible vivir dignamente en una ciudad donde hay calles que no pueden cruzar y entre personas cuya

mirada no sabrían sostener. La mentira y la hipocresía convergen a estos renunciamientos, quitando al hombre su independencia” (Ingenieros, 1992, 81).

Para Ingenieros, la libertad individual es un sinónimo de la plena coincidencia entre la conciencia moral y la conducta social manifiesta. Por otra parte, la conciencia moral tiene un poder de sanción sobre la actuación social del sujeto (en este caso del sujeto hipócrita), que consiste en autolimitarlo en su actuación para con los otros. Siendo así que es esta no coincidencia entre la conciencia moral y la práctica social efectiva, la que determina que el sujeto no sea libre en la sociedad de que se trate, pues tiene ante la mirada de los otros (existente únicamente en su propia imaginación), algo que esconder.

La libertad, en relación con el *ideal*, recibe otro tratamiento en el capítulo inicial de *El hombre mediocre*, en la parte que se refiere a explicar el concepto de ‘idealismo fundado en la experiencia’. Ingenieros sostiene que la libertad es sólo una ilusión del pensamiento, “El libre albedrío es un error útil para la gestación de los ideales. Por eso tiene, prácticamente, el valor de una realidad” (Ingenieros, 1992, 8). En esta aseveración se observa la adhesión del autor a una ideología social darwinista según la cual ningún ámbito escapa a las leyes del determinismo evolutivo, en el que toda acción, todo cambio, toda variación, está determinada por las leyes de la evolución y de la supervivencia de los más aptos.

Es preciso mencionar también que, al referirse al libre albedrío como una ilusión útil para la construcción del ideal, Ingenieros agrega que el hecho de no ser verdades, no les resta eficacia: “Demostrar que es una simple ilusión debida a la ignorancia de causas innúmeras, no implica negar su eficacia. Las ilusiones tienen tanto valor para dirigir la conducta, como las verdades más exactas; pueden tener más que ellas si son intensamente pensadas o sentidas” (1992, 8). El ideal, al no ser verdad, podría llegar a carecer de aceptación, pero esta circunstancia no le resta efectividad, el ideal es equiparado a la fe, “Todo ideal es una fe en la posibilidad misma de la perfección”, y en este caso, lo único importante es “la intensidad con que tienda a realizarse no depende de su verdad efectiva sino de la que se le atribuye” (Ingenieros,

1992, 9). En la medida en que la libertad, el anhelo humano de cambiar hacia la perfección, es sentida o pensada 'intensamente', es eficaz, pues permite la producción de ideales y es causa del progreso de la sociedad: "El deseo de ser libre nace del contraste entre dos móviles irreductibles: la tendencia a perseverar en el ser, implicada por la herencia, y la tendencia a aumentar el ser, implicada en la variación. La una es principio de estabilidad, la otra de progreso" (Ingenieros, 1992, 8 - 9).

4.1.3. La noción de igualdad.

En relación a la noción de igualdad, es necesario mencionar que en *El hombre mediocre*, Ingenieros afirma que el individuo sólo puede definirse en relación a la sociedad en que vive y su función dentro de la misma, esto es, por su función social. "Cada individuo es producto de dos factores: la herencia y la educación. La primera tiende a proveerle de los órganos y las funciones mentales que le transmiten las generaciones precedentes; la segunda es (...) una adaptación de las tendencias hereditarias a la mentalidad colectiva: una continua aclimatación del individuo en la sociedad" (Ingenieros, 1992, 40-41). Se trata de asimilar al hombre al comportamiento social, de que el individuo se desarrolle como un miembro de la sociedad en que vive imitando la conducta y el pensar de los demás miembros. Sin embargo, puede ser que en el transcurso de su vida el hombre logre desarrollar actitudes y aptitudes (variaciones) diferenciadas que lo caractericen como una persona distinta dentro de la sociedad en que vive. Es así que Ingenieros afirma: "La imitación desempeña un papel amplísimo, casi exclusivo, en la formación de la personalidad social; la invención produce, en cambio, las variaciones individuales... Aquélla es conservadora y actúa creando hábitos; ésta es evolutiva y se desarrolla mediante la imaginación..." (1992, 41). Para él, son tres los elementos que forman la personalidad del hombre en relación con el medio en que se desenvuelve: "la herencia biológica, la imitación social y la variación individual" (1992, 42). De la combinación de estos elementos, se producen en la sociedad tres tipos de *hombre*: en primer término, y en escasa proporción aparece *el hombre inferior*, cuya ineptitud para imitar a sus semejantes le impide adaptarse a la sociedad en la que vive; su personalidad no logra desarrollarse hasta el nivel normal de los demás, por lo cual su vida transcurre por debajo de la moral y la cultura que imperan en la sociedad, y en la mayoría de los casos actúa al margen de la ley. En segundo

término, y que constituye la mayor parte de los individuos, aparece *el hombre mediocre*, un personaje que logra copiar de quienes lo rodean una personalidad social perfectamente adaptada al medio, tiene la capacidad total de imitar el comportamiento y el pensar de sus semejantes, logra asimilarse completamente a la sociedad en la que vive y, se convierte, según Ingenieros en: "...una sombra proyectada por la sociedad; es por esencia imitativo y está perfectamente adaptado para vivir en rebaño, reflejando las rutinas, prejuicios y dogmatismos reconocidamente útiles para la domesticidad (...) Su característica es imitar a cuantos le rodean: pensar con cabeza ajena y ser incapaz de formarse ideales propios" (1992, 42). Por último, y en tercer término, existe una minoría selecta que puede no tan sólo imitar la mentalidad social, sino adquirir variaciones particulares, una personalidad individual, diferenciada de la de los demás individuos de la sociedad en la que vive: *es el hombre superior*, "... un accidente provechoso para la evolución humana. Es original e imaginativo, desadaptándose de medio social en la medida de su propia variación..." Agrega nuestro autor, que el hombre superior "Es precursor de nuevas formas de perfección, piensa mejor que el medio en que vive y puede sobreponer ideales suyos a las rutinas de los demás" (Ingenieros, 1992, 42).

En resumen, para Ingenieros existen tres tipos de hombres: *los hombres inferiores*, que "...aparecen como instintivos, inadaptables, antisociales; que no pueden pensar como los otros". *Los hombres mediocres* que "...son dóciles, rutinarios y domésticos; piensan con el cerebro de los otros". Y *los hombres superiores* que "...son felices accidentes en la evolución social; originales, imaginativos, idealistas, que pueden concebir una perfección y tender hacia ella: piensan mejor que la sociedad en la cual viven" (Ponce, 1949, 83 - 84).

Más adelante, Ingenieros nos advierte sobre los peligros de *los hombres mediocres*, al comentarnos que aunque son rutinarios, honestos y mansos; y que piensan con la cabeza de los demás, compartiendo la hipocresía moral y ajustando su carácter a las domesticidades sociales, se debe de tener cuidado con ellos, pues esa mansedumbre puede ser engañosa:

"Cuando (los mediocres) se arrebañan son peligrosos. La fuerza del número suple a la feblidad individual; acomúnanse por millares para oprimir a cuantos

desdeñan encadenar su mente con los eslabones de la rutina (...) por eso la mediocridad es moralmente peligrosa y su conjunto es nocivo en ciertos momentos de la Historia: cuando reina el clima de la mediocridad (...) Épocas hay en que el equilibrio social se rompe en su favor. El ambiente tórnase refractario a todo afán de perfección; los ideales se agostan y la dignidad se ausenta; los hombres acomodaticios tienen su primavera florida. Los Estados conviértense en mediocracias...” (Ingenieros, 1992, 48)

Como ya quedó establecido, para Ingenieros existen hombres mentalmente inferiores al término medio de su raza, de su tiempo y de su clase social, así como hombres mediocres y hombres superiores, por tal motivo se pregunta: “¿Por qué suprimir desniveles entre los hombres y las sombras, como si rebajando un poco a los excelentes y puliendo un poco a los bastos se atenuaran las desigualdades creadas por la naturaleza?” (1992, 33). La igualdad que reconoce Ingenieros es aquella que se establece en las costumbres y las leyes: “Las costumbres y las leyes pueden establecer derechos y deberes comunes a todos los hombres; pero estos serán siempre tan desiguales como las olas que erizan la superficie de un océano” (1992, 34).

Para abundar en el planteamiento de Ingenieros sobre la desigualdad humana, se transcribe enseguida, un pasaje de *El hombre mediocre*, en el que nuestro autor describe la actitud de un pastorcillo:

“Hay cierta hora que el pastor ingenuo se asombra ante la naturaleza que le envuelve. La penumbra es espesa, el color de las cosas se uniforma en el gris homogéneo de las siluetas, la primera humedad crepuscular levanta de todas las yerbas un vaho de perfume, aquíétase el rebaño para echarse a dormir, la remota campana tañe su aviso vespéral. La impalpable claridad lunar se emblanquece al caer sobre las cosas; algunas estrellas inquietan con su titilación el firmamento y un lejano rumor de arroyo brincante en las breñas parece conversar de misteriosos temas. Sentado en la piedra menos áspera que encuentra al borde del camino, el pastor contempla y enmudece, invitado en vano a meditar por la convergencia del sitio y de la hora. Su admiración primitiva es simple estupor. La poesía natural que le rodea, al reflejarse en su imaginación, no se convierte en poema. Él es, apenas, un objeto en el cuadro, una pincelada: como la piedra, el árbol, la oveja, el camino; un accidente en la penumbra. Para él todas las cosas han sido siempre así y seguirán siéndolo, desde la tierra que pisa hasta el rebaño que apacienta” (Ingenieros, 1992, 31).

El pasaje descrito muestra a un pastorcillo que no obstante de advertir la belleza de su entorno, no puede más que encogerse de hombros al presenciar las maravillas que le rodean sin sentir siquiera la más mínima curiosidad por conocer como ocurren. Ingenieros afirma lo siguiente: “La inmensa masa de los hombres piensa con la cabeza de ese ingenuo pastor (1992, 31). La apatía del pastorcillo se deja sentir en el relato de Ingenieros, y cala profundamente advertir, que si bien todos somos un accidente de la naturaleza sin propósito definido aparente, sólo algunos podrían comprender fácilmente tanto los sucesos cotidianos, como los eventos extraordinarios, interpretando todo lo que ocurre en nuestro entorno. La inmensa masa de los hombres piensa con la cabeza del pastorcillo, dice Ingenieros, son incapaces de formarse un ideal, si se les explicara, no serían capaces de entender, y si por algún motivo pudieran entenderlo, no lo aceptarían; tal es la iniquidad de su ignorancia. Es por ello que Ingenieros afirma que “La desigualdad es la fuerza y la esencia de toda selección. No hay dos lirios iguales, ni dos águilas, ni dos orugas, ni dos hombres: todo lo que vive es incesantemente desigual” (1992, 183).

Se puede afirmar que esta desigualdad natural entre los hombres, crea dos mundos con lógicas morales disímiles, uno, constituido por la gran masa de la población; el otro, por una élite muy reducida. Son las grandes masas quienes procuran conservar el estado de cosas en una determinada sociedad. Frente a ellos, una minoría formada por los hombres virtuosos, los portadores de ideales, quienes piensan en nuevas y más justas formaciones sociales, son quienes buscan que las mismas dejen el terreno de lo posible para hacerse reales. Como nos dice Terán, hay en efecto dos morales: de un lado, la de las multitudes, la de las masas, cuyo objetivo o finalidad es mantener el statu quo; de otro lado las élites, donde aparece la noción del ideal y, concomitantemente, la dimensión de un tiempo futuro. “De tal modo surge el dualismo entre una ética para muchedumbres conformistas y otra para minorías idealistas que recorre como una invariante –sólo relativizada al final de su producción- toda la obra de Ingenieros” (Terán, 1986, 42).

Para Ingenieros la desigualdad humana no es un descubrimiento moderno: “será en el porvenir tan absoluta como en tiempos de Plutarco y de Montaigne (1992, 32).

Para concluir esta idea de desigualdad se hace necesario volver a citar a Ingenieros cuando nos dice: “La naturaleza se opone a toda nivelación, viendo en la igualdad la muerte”. “Al que dice ‘Igualdad o muerte’, replica la naturaleza ‘la igualdad es muerte’” (1992, 177).

Igualar a todos los hombres sería negar el progreso de la especie humana, negar la civilización misma, lo justo es lo natural. “Es evidente la desigualdad humana en cada tiempo y lugar; hay siempre hombres y sombras. Los hombres que guían a las sombras son la aristocracia natural de su tiempo y su derecho es indiscutible. Es justo porque es natural” (Ingenieros, 1992, 179).

“La igualdad es un equívoco o una paradoja, según los casos” (Ingenieros, 1992, 178). El genio existe y el autor lo asevera al hablar con gran admiración de dos personajes a los que dedica varias páginas de su libro: Domingo Faustino Sarmiento y Florentino Ameghino. Ingenieros nos define lo que para él es el genio y lo que entiende por genialidad, señalando que: “La genialidad es una coincidencia. Surge como chispa luminosa en el punto donde se encuentran las más excelentes aptitudes de un hombre y la necesidad social de aplicarlas al desempeño de una misión trascendental. El hombre extraordinario sólo asciende a la genialidad si encuentra clima propicio...” (1992, 183). Y apunta que ningún filósofo o estadista pudo convertirse en genio si no se conjugaron previamente las condiciones para crear el ‘clima propicio’ para serlo, y no quedar como un elemento exótico o inoportuno en el medio y en el tiempo en el que le tocó vivir. Señala también que en vida muchos hombres de genio fueron ignorados, proscritos, desestimados o escarnecidos y que en la lucha por el éxito muchas veces pueden triunfar los mediocres pues se adaptan mejor a las modas ideológicas reinantes. Empieza entonces con el panegírico a Sarmiento y Ameghino, en una suerte de síntesis conjunta de aquellas palabras que vertiera en ocasión de la muerte de uno y otro, situaciones ambas acaecidas con 23 años de diferencia, una a finales del siglo XIX y la otra al filo de su exilio europeo, apenas iniciado el XX.

“Dos veces la muerte y la gloria se dieron la mano sobre un cadáver argentino. Fue la primera cuando Sarmiento se apagó en el horizonte de la cultura continental; fue la segunda al cegarse en Ameghino las fuentes más hondas de la

ciencia nuestra. Pocas tumbas como las suyas, han visto florecer y entrelazarse a un tiempo mismo el ciprés y el laurel, como si en el parpadeo crepuscular de sus vidas se hubieran encendido lámparas votivas consagradas a la glorificación eterna de su genio.

Merecen tal nombre; cumplieron una función social, realizando obra decisiva y profunda. Nadie podrá pensar en la educación ni en la cultura de este continente sin evocar el nombre de Sarmiento, su apóstol y sembrador: ni pudo mente alguna comparársele, entre los que le sucedieron en el gobierno y en la enseñanza. En el desarrollo de las doctrinas evolucionistas marcan un hito las concepciones de Ameghino; será imposible no advertir la huella de sus pasos y quien lo olvide renunciará a conocer a muchos dominios de la ciencia explorados por él” (Ingenieros, 1992, 186-187).

La adaptación social depende del equilibrio entre lo que se inventa y lo que se imita; mientras el hombre vulgar es imitativo y se adapta perfectamente, el hombre de genio es creador y con frecuencia inadaptado. Para Ingenieros la adaptación rebaja al individuo a los modos de pensar y sentir que son comunes a la masa, borrando sus rasgos propiamente personales.

También sostiene que el genio necesita de recogimiento y de aislarse un poco, para poner distancia con la mediocridad, para que ésta no le corra los pensamientos y caracteres. “Toda superioridad es un destierro” (1992, 183), asevera Ingenieros, y recuerda que los grandes pensadores se tornan solitarios “aparecen proscritos en su propio medio. Se mezclan a él para combatir o predicar, un tanto excéntricos cuando no hostiles, sin entregarse nunca totalmente a gobernantes ni a multitudes” (1992, 193).

Al hablar de Sarmiento nos dice: “Erguido y viril siempre, asta-bandera de sus propios ideales siguió las rutas por donde le guiara el destino, previendo que la gloria se incubaba en auroras fecundadas por los sueños de los que miran más lejos” (1992, 187). Nuestro autor agrega que Sarmiento “Miró siempre hacia el porvenir, como si el pasado hubiera muerto a su espalda; el ayer no existía, para él, frente al mañana. Los hombres y pueblos en decadencia viven acordándose de donde vienen; los hombres geniales y los pueblos fuertes sólo necesitan saber a dónde van” (1992, 190).

Ingenieros aborda luego la figura de quien, para él, es el otro genio argentino: Ameghino, y lo compara con Sarmiento por ser ambos maestros de escuela y autodidactas, sin título universitario y formados fuera de la urbe metropolitana, “ajenos a todos los alambicamientos exteriores de la mentira mundana, con las manos libres, la cabeza libre, el corazón libre, las alas libres. Diríase que el genio florece mejor en las regiones solitarias, acariciado por las tormentas, que son su atmósfera propia...”; y sienta un principio: “El genio nunca ha sido una institución oficial” (1992, 195).

4.1.5. La noción de justicia.

Una probable contradicción en las reflexiones de Ingenieros puede surgir al argumentarse que siendo un científico de decidida inclinación personal hacia las ciencias naturales, pueda simultáneamente, dentro del marco descrito, afirmar que la justicia puede existir como instrumento social nivelador y posibilitador de las igualdades negadas por la selección natural. Puede pensarse que Ingenieros de cierto modo abandona su “cientificismo” para entregarse a la reflexión filosófica; nada más alejado de la realidad. Lejos de apartarse de las ciencias, lo que hace es integrar a su objetivo de justicia, el concepto del *ideal*, como instrumento de perfección de la vida social. No hay que olvidar que como médico y psiquiatra, estudioso de la mente y la conducta humanas, lo que hace es utilizar el poder de la imaginación para combinarlo con la experiencia. La *cuestión social*, preocupación desde su juventud, atañe exclusiva y directamente a la justicia, a la redención del hombre, a la convivencia social, al avance y perfeccionamiento del ser humano y su progreso. Para Ingenieros, el camino hacia la justicia sólo puede lograrse a través de la búsqueda del perfeccionamiento moral de la sociedad.

Al referirse a su noción de justicia, Ingenieros no se aparta de sus raíces científicas, así como de su concepto de la desigualdad como resultado directo de la selección natural. “Sería posible la selección natural” –dice– refiriéndose a un régimen donde el mérito individual fuese estimado por sobre todas las cosas. “Excluiría cualquier influencia numérica u oligárquica” (Ingenieros, 1992, 181). Para finalmente afirmar que “La aristocracia del mérito es el régimen ideal (...) Tiene su fórmula absoluta: “la justicia en la desigualdad” (Ingenieros, 1992, 182).

El camino hacia el perfeccionamiento moral mediante la construcción del *Ideal*, es una respuesta alternativa al diseño natural de justicia. El *Ideal*, se convierte en el instrumento social más efectivo para compensar la desigualdad natural que le permite al ser humano acercarse cada vez más a la justicia social.

Años después de *El hombre mediocre*, en 1917, Ingenieros escribe en *Hacia una moral sin dogmas*, que “la nueva justicia es social; y ella expresa toda la sanción. Nos acercamos al advenimiento de un nuevo mundo moral, cuyos valores van siendo radicalmente transmutados por la experiencia” (Ingenieros, 2004, 14). El núcleo de su tesis continúa siendo la búsqueda del perfeccionamiento del ser humano, al que se llega mediante el *Ideal* para finalmente arribar a la justicia social. El *Ideal* como instrumento de perfección de la vida social. “La vida en sociedad exige la aceptación individual del deber, como obligación social, y el cumplimiento colectivo de la justicia como sanción social” (Ingenieros, 2004, 11). En el apartado siguiente se aborda el análisis de *Hacia una moral sin dogmas*.

4.2. Hacia una moral sin dogmas.

En diciembre de 1915, Ingenieros se aleja nuevamente de Argentina para asistir al Congreso Científico de Washington, en calidad de invitado de la Fundación Carnegie (Ponce, 1949, 103). Este viaje tendría importantes consecuencias para la evolución intelectual del autor argentino. Como lo asevera Ponce, es en este viaje que Ingenieros entra en contacto con el fenómeno de las ‘sociedades éticas’ inspiradas en las doctrinas del filósofo religioso Ralph Waldo Emerson (1949, 107).

Es a partir de esta experiencia que surge, en 1917, su obra *Hacia una moral sin dogmas*, como aclara el propio Ingenieros en la ‘advertencia’ al inicio del libro: “Estas lecciones sobre Emerson y el eticismo fueron pronunciadas en junio de 1917 en la cátedra de Ética del profesor Rodolfo Rivarola” (2004, 9). Cabe aclarar que Ingenieros ocupa esta cátedra, como suplente de Rivarola, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

En *Hacia una moral sin dogmas*, Ingenieros elabora un análisis de la vida y obra de Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Nuestro autor, ve en la moral planteada por Emerson un ideal muy cercano a lo que él buscaba para sí mismo y para la nación argentina. Nos advierte que no es posible estimar a Emerson, sin conocer el contexto en el que vivió, en relación con el unitarismo de la época, ya que no se debe olvidar que vivió en un ambiente social, político y religioso determinado. “Querer comprender los escritos de éste –refiriéndose a Emerson–sin conocer el espíritu de aquél –refiriéndose al unitarismo– es como estudiar una planta por sus hojas disecadas en un herbario, sin verla en la naturaleza, bajo la luz del sol, entre la humedad de su atmósfera” (Ingenieros, 2004, 37).

Ingenieros describe cómo Emerson llega a elaborar su moral terrenal o, en palabras del propio Ingenieros, de “las virtudes desarrolladas en la tierra” (2004, 34). Nuestro autor supone que la raíz del pensamiento de Emerson debe ser construida a partir de la moralidad práctica de los puritanos de la Nueva Inglaterra. Este es el antecedente natural de la moral emersoniana. El puritanismo habría traído consigo de Inglaterra, una moral encaminada hacia la práctica del ejercicio a favor del bien común. En el mundo puritano, “la exaltación del celo religioso tuvo siempre un sentido cívico y conducía al cumplimiento del deber social, ya que la sociedad misma era concebida como una manifestación de la voluntad divina, actuante de una manera fatal e ineludible” (Ingenieros, 2004, 36).

Se resalta, así, el sentido ‘cívico’ de la moral. Se trata de una moral práctica en la medida en que la legitimidad de la misma radica en la experiencia social. No hay un *a priori* de la moralidad, sino que esta se funda en un *hacer*, es una moral empírica, *a posteriori*, basada en la experiencia como ya dijimos. La moral nace del actuar mismo del hombre en sociedad. Es así que Ingenieros nos dice: “toda ética efectiva ha sido un resultado natural de la experiencia social. (...) La moralidad efectiva es un producto social” (2004, 21).

Enseguida nos ofrece su propia definición de lo que debe entenderse por dogma moral, al establecer que: “un dogma moral es una opinión inmutable e imperfectible

impuesta a los hombres por una autoridad anterior a su propia experiencia” (Ingenieros, 2004, 12). Estas opiniones impuestas podrían venir de la autoridad divina en forma de revelaciones, según los teólogos; o, de la autoridad de la razón, según los filósofos racionalistas. En uno y en otro caso, ya sea que vengan de los teólogos o de los filósofos, los dogmas eran principios básicos de la moral “prácticamente inaccesibles al examen y crítica individual, concibiéndolos como eternos, inmutables e imperfectibles” (Ingenieros, 2004, 12). A estos principios apriorísticos, nuestro autor les opone los principios éticos nacidos a posteriori, o sea, aquellos principios morales que provienen de la experiencia social, aquellos principios que han sido legitimados por el quehacer de la sociedad. Es la moral misma que brota, que emana, que fluye de la conducta del hombre en sociedad. Los dogmas quedan relegados por la experiencia social, por lo cual Ingenieros le llama una ‘moral sin dogmas’.

El arribo a esta ‘moral sin dogmas’, a la que Ingenieros propugna, se sustentará en “la inevitable variación de los ideales de perfección moral que los hombres construirán hipotéticamente sobre su experiencia incesantemente renovada” (2004, 27). Y continúa diciendo que “La vida social misma, múltiple y variada, incesantemente renovada, determina la transmutación activa de los juicios de valor que en cada momento y lugar constituyen las normas de la moralidad real; el bien y la virtud de ayer pueden no ser el bien y la virtud de mañana” (Ingenieros, 2004, 27).

Es en este sentido que debe entenderse la equiparación que hace Ingenieros entre el cristianismo, según Emerson, y la educación. A Emerson, el cristianismo le parecía “un sistema de educación moral que era necesario desligar de todas las supersticiones con que las Iglesias lo habían apartado de su primitiva y sencilla significación” (Ingenieros, 2004, 41). Emerson fue un ministro unitariano que enseñaba a los hombres a ser ‘buenos’, midiendo su bondad desde la perspectiva de ser siempre útil a la sociedad. Tanto para Ingenieros, como para Emerson, lo que define moral es la experiencia social.

Esta posición de Ingenieros no resulta contradictoria respecto de su segundo periodo intelectual: es la experiencia social el único juez capaz de decidir acerca de la

falsedad de una acción o de una determinada doctrina ética. Se trata de una moralidad, asegura Ingenieros, refiriéndose esta vez a Channing, en la cual “la acción constituye el centro mismo de la moralidad y en que las virtudes se miden por sus resultados sociales” (2004, 39). Ingenieros también nos dice que “la ética es una ciencia social, accesible a la investigación histórica y a los métodos científicos” (2004, 23). Con esta afirmación vemos como Ingenieros sigue fiel a sus principios positivistas, ya que considera que la aplicación del método científico impedirá que el pensamiento futuro incurra en nuevos dogmatismos que obstruyan el aumento de nuestra experiencia y la formación de nuevos ideales.

De la misma manera, la idea de ‘libertad’ de Emerson, atañe a la satisfacción de los deseos que son necesarios para el desenvolvimiento de la personalidad. Es esto lo que Ingenieros nos quiere decir cuando asegura que Emerson desdeña “el libre albedrío metafísico” y concibe “la libertad como el poder para obrar de acuerdo con nuestros principios de acción” (2004, 36). Es decir que, para que exista la libertad nuestra conducta debe de coincidir con las normas morales existentes, en un momento determinado en la sociedad en que vivimos y nos desarrollamos. Recordando que estos deberes morales están en un constante devenir, en un continuo cambio buscando su perfección a la cual nunca llegarán, por tratarse de conductas humanas. Este sentido de libertad ya lo mencionamos cuando hablamos de la moral de Tartufo y la sanción social al estudiar *El hombre mediocre*.

4.2.1. Ralph Waldo Emerson.

Al realizar un examen de la obra de Ralph Waldo Emerson citando sus ensayos e interpretando sus contenidos, Ingenieros revela su admiración por Emerson: “Pastor de una iglesia que ya no aceptaba el dogma de la divinidad de Cristo, Emerson creyó que su conciencia le impedía mantener la ceremonia de la comunión, cuya absurdidad pareciale evidente...”. Y agrega, “como pensó, así obró. En 1832 devolvió a sus feligreses el ministerio que le habían confiado, serenamente, con espíritu bondadoso y fraterno, conservando con las iglesias unitarias una sólida amistad y actuando con ellas en todas sus iniciativas de educación social” (Ingenieros, 2004, 42 - 43). Es grande el

asombro que causa la personalidad de Emerson en Ingenieros, pero igualmente lo es el hecho de que la sociedad de Nueva Inglaterra, en su conjunto, haya manifestado conductas semejantes a las predicadas por el moralista sin dogmas.

Ingenieros describe a Emerson como panteísta, como un hombre que aprendió de la Naturaleza, como fuente originadora del Universo, detentadora de toda divinidad, y por lo tanto, verdadera guía moral de la humanidad misma. Y es como nos dice: “Todo lo natural es divino, todo lo divino es moral, todo lo natural es moral. Para elevar nuestra moralidad debemos volver a las fuentes de la Naturaleza y a medida que lo conseguimos nos compenetraremos con la divinidad” (Ingenieros, 2004, 84).

Ralph Waldo Emerson decide en 1835, apartarse del bullicio social de las ciudades y decide pasar su vida en Concord, lugar rodeado de bosques, cercano a la confluencia de los ríos Sudbury y Assabet, que al unirse, conforman el río Concord. Allí, ubicado en el centro de esa armonía natural, Emerson se reencuentra a sí mismo. Un año más tarde, escribe su ensayo, *Naturaleza*, en el cual presenta las bases del *Transcendentalismo*, una expresión cultural manifestada a manera de protesta contra las costumbres sociales de su tiempo, pero muy particularmente dirigida en contra de la doctrina de la Iglesia Unitaria proveniente de las enseñanzas difundidas por la Facultad de Divinidad de la Universidad de Harvard.

En cuanto a la decisión de aislamiento de Emerson, Ingenieros escribe: “Felices los que pueden, como Emerson, buscar un retiro tranquilo, propicio a la meditación y al estudio, transcurriendo una vida simple entre las gracias siempre renovadas de la naturaleza; felices los que pueden refugiarse en una apacible soledad y como desde una cumbre abarcar a toda la humanidad en una sola mirada de simpatía, no turbada por la visión de pequeñeces y disonancias” (2004, 61). Y agrega más adelante: “La conducta del hombre perfecto, decía Spencer, solo aparecería perfecta cuando el ambiente lo fuera; en ningún ambiente inferior sería adaptable, porque la idealidad de la conducta es absolutamente un problema de adaptación” (2004, 60-61).

De acuerdo a Ingenieros, Emerson había buscado, en vano, un modelo social que pudiera ser trasplantado a las condiciones sociales de Nueva Inglaterra, pero “el Viejo Mundo, minado por Iglesias poderosas que habían sobrepuesto sus intereses políticos a la primitiva moral predicada por Cristo, no podía servir de ejemplo a los pueblos nuevos” (2004, 78).

Por otra parte, y citando palabras de William James, en referencia al dogma de obediencia, Ingenieros transcribe algunos párrafos: “es imposible comprender, y hasta imaginar, que hombres dotados de una vida interior suya y propia, hayan podido llegar a considerar recomendable la sujeción de su voluntad a la de otros seres finitos como ellos”. Agregando Ingenieros que a James “le parece inverosímil ese renunciamiento de la personalidad, exigido por algunas órdenes religiosas como un voto necesario para la profesión. La obediencia no es a Dios sino a otro hombre, al superior...” (2004, 82). El hombre sujeto al dogma de obediencia, no es libre, entrega su voluntad para no sentirse responsable, así lo observa Ingenieros, “el dogma de obediencia lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral: el hombre se convierte en una cosa, en un instrumento irresponsable al servicio de quién lo manda” (2004, 82).

Ingenieros extiende su percepción sobre Emerson, refiriéndose a Domingo Faustino Sarmiento, otro de sus modelos personales, cuya personalidad y virtudes descritas en *El hombre mediocre*, y que en esta obra, *Hacia una moral sin dogmas* refiere de nueva cuenta al relatar la experiencia vivida por Sarmiento durante una visita que hace a Concord en 1865. Ingenieros escribe: “Sarmiento refiere con admiración casi mística las impresiones de su permanencia en Concord, entre los amigos de Emerson” (2004, 62). Es el mismo Sarmiento quien observa de primera mano la transformación religiosa que vive la población de Nueva Inglaterra durante una visita previa en 1847, al describir con asombro y en detalle sus impresiones: “Este caos religioso, aquellas cien verdades contradictorias, están sufriendo una elaboración lenta, es verdad, pero segura, ascendente” (Sarmiento citado por Ingenieros, 2004, 52–53). Para Sarmiento, de acuerdo a Ingenieros, presenciar esta transformación religiosa significa ser testigo de una muy gradual evolución social, de un cambio de conciencias contundente que

rechaza la inflexibilidad del paradigma dogmático, “Su origen y su forma es religiosa, si bien sus efectos se hacen sentir en todos los aspectos sociales” (Ingenieros, 2004, 54).

Las diferencias en cuanto a la moral prevaleciente entre las poblaciones de Nueva Inglaterra, orientadas a la práctica de la acción cívica y moral como finalidad religiosa, no escapan a la observación de Ingenieros. La práctica religiosa de Nueva Inglaterra por los unitarios, se arraiga en la acción moral del hombre como ser solidario, y en su obligación de vivir moralmente sin que su conducta esté sujeta a dogmas revelados o racionales, sino al hecho de vivir en sociedad. De esta forma, “la ética social llena un vacío dejado por los dogmas teológicos y por los dogmas racionales”. (Ingenieros, 2004, 136).

4.2.2. Del individualismo a la solidaridad social.

Oscar Terán señala que en *Hacia una moral sin dogmas* “se opera un claro desplazamiento desde una actitud individualista –como la anotada en *El hombre mediocre*- hacia una ética social cuyo modelo se halla en las referencias a Emerson y a las iglesias liberales norteamericanas” (1986, 81).

Ingenieros elabora en esta obra, el concepto de solidaridad social según el cual, lo decisivo en una acción es la medida de lo beneficiosa que pueda llegar a ser en un agregado social. El individualismo elitista planteado en *El hombre mediocre* se debilita con el aludido concepto de ‘solidaridad’ que esboza en esta obra. Ingenieros escribe que la nueva noción del deber se convierte en una noción social: “El deber individual no es ya concebido como un imperativo de la divinidad o de la razón, sino como una necesidad de la vida social” (2004, 135).

El pensamiento de solidaridad que nos brinda Ingenieros aglutina en unas cuantas líneas lo que se ha tratado de plasmar en varias de estas páginas. “El hombre debe vivir moralmente porque no puede sustraerse a la sociedad de sus semejantes; su experiencia individual se forma en función de su experiencia social” (Ingenieros, 2004, 135).

En este tercer periodo, Ingenieros afirma que de la solidaridad del hombre para con sus semejantes fluye la obligación para con la sociedad: “El hombre ya no es responsable ante la justicia divina, en una hipotética vida de ultratumba; el hombre es responsable ante la justicia de su sociedad, en esta única vida segura. Ya no interesa averiguar si le atormentará el remordimiento de su conciencia moral; basta con el seguro menosprecio de las personas cuya solidaridad ha violado” (2004, 136).

Para Ingenieros, el deber del hombre no se extingue, aunque cambien sus creencias, “su obligación de vivir moralmente no está subordinada a hipótesis metafísicas sino al hecho básico de vivir asociado con otros hombres, solidarizado con ellos” (2004, 136). De esta forma nuestro autor afirma que “El ideal de Justicia, en una sociedad dada, consiste en determinar la fórmula del equilibrio entre el individuo que dice: “ningún deber sin derechos”, y la sociedad que replica: “ningún derecho sin deberes” (2004, 134).

El concepto de perfección moral de Ingenieros evoluciona de lo individual a lo social, como a continuación se corrobora: “Parece legítimo admitir que la moralidad individual se forma en función de la moralidad social” y agrega, “la perfectibilidad de los individuos es una condición de la perfectibilidad social” (Ingenieros, 2004, 136).

Y finalmente llega a admitir que la solidaridad es “la asociación en la lucha por la vida reemplazando el pesimista individualismo de Hobbes” (Ingenieros, 2004, 136). La lucha por la vida, con un acentuado individualismo, que defendía en el segundo periodo, es ahora pensada en función de la solidaridad social. Por tanto, la ‘moral sin dogmas’ es aquella que emana de la vida humana en sociedad y del espíritu de solidaridad. Es el intercambio de experiencias vitales, de acuerdo con las normas y la cultura por las que se rigen las maneras de obrar, pensar y sentir de los individuos como grupos sociales, lo que ha de configurar la nueva moral, puesto que la sociedad se rige por un sistema de normas que establecen el respeto a una serie de derechos y deberes. El hecho de vivir en sociedad implica entonces vivir de acuerdo con una moral común, respetando las normas y el orden social.

4.3. Las fuerzas morales.

Las fuerzas morales es el libro que cierra la serie iniciada por *El hombre mediocre*. Como lo indica el propio Ingenieros en una advertencia agregada al texto en 1925: “Este libro completa la visión panorámica de una ética funcional. *El hombre mediocre* es una crítica de la moralidad; *Hacia una moral sin dogmas*, una teoría de la moralidad; *Las fuerzas morales*, una deontología de la moralidad. Prevalece en todo el concepto de un idealismo ético en función de la experiencia social” (1999, 9).

Con *Las fuerzas morales*, libro dedicado a temáticas “inexperienciales”, Ingenieros se aleja, al parecer, de las variables positivistas y socialdarwinistas con las que trabajara en su segundo periodo intelectual. La misma idea de que existan algo así como unas ‘fuerzas morales’ en el seno de una sociedad parece responder el interrogante de un modo afirmativo. Mas para salir del terreno de la mera especulación es necesario dar cuenta de la manera en que Ingenieros entiende las ‘fuerzas morales’. Lo primero que puede observarse es que “las fuerzas morales son plásticas, proteiformes, como las costumbres y las instituciones. No son tangibles ni mensurables, pero la humanidad siente su empuje” (Ingenieros, 1999, 9). Estas palabras parecen sacarnos de la duda. La filosofía positivista sustentada por Ingenieros en su segundo periodo intelectual (1898-1911) se fundamenta, precisamente, en la mensurabilidad y tangibilidad del objeto a estudiar, el método científico. Ahora se trata, como en el caso de *El hombre mediocre* y *Hacia una moral sin dogmas*, de una ‘metodología de lo inexperiencial’, y siendo lo inexperiencial el objeto de sus hipótesis, permanece fuera de las ciencias. Acerca de esto, afirma Soler: “la metodología de lo inexperiencial puede solamente *fundamentar*, pero no *probar* (...). El valor de esta metodología inexperiencial es, pues *relativo*” (1968, 118). De esta manera puede sostenerse que las fuerzas morales como objeto de estudio, sitúan al libro dedicado a analizarlas un poco alejado de aquellos textos producidos desde la perspectiva del biologismo y el darwinismo social.

Lo anteriormente expuesto debe ser matizado, pues Ingenieros no abandona de manera definitiva sus convicciones positivistas, ya que afirma la existencia de unas fuerzas morales, efectivamente actuantes al interior de las sociedades humanas, y es

tarea del sociólogo o filósofo ‘descubrirlas’, ‘encontrarlas’ y, “más que enseñarlas o difundirlas, conviene despertarlas en la juventud que virtualmente las posee” (1999, 12). Como dice él mismo: “Para una joven generación de nuestro tiempo es esencial conocer las fuerzas morales que obran en las sociedades contemporáneas” (1999, 11-12). Y agrega: “Las fuerzas morales no son virtudes de catálogo, sino moralidad viva. (...) Nacen, viven y mueren, en función de las sociedades” (Ingenieros, 1999, 10).

4.3.1. La justicia como fuerza moral.

En la conceptualización que Ingenieros hace de las *fuerzas morales* aparece una idea de justicia, cuando nos dice que éstas: “Son tribunal supremo que transmite al porvenir lo mejor del presente, lo que embellece y dignifica la vida” (1999, 9). Para aseverar, en párrafos más adelante: “Dichosos los pueblos de la América Latina si los jóvenes de la Nueva Generación descubren en sí mismos las fuerzas morales necesarias para la magna Obra: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental” (1999, 12). Sin entrar en consideraciones respecto del latinoamericanismo en el pensamiento de Ingenieros, lo que puede señalarse es que el descubrimiento ‘positivo’ de las fuerzas morales en una sociedad, aunado al hecho de obrar en consecuencia, es lo que hace que un todo social o una nación, progrese hacia lo mejor, entendiendo por esto la justicia social. Es lo que Ingenieros nos quiere decir cuando afirma: “La perfectibilidad social se traduce en aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres” (1999, 35).

La justicia, como fuerza moral, es un concepto intangible, que pertenece al ámbito de lo que el propio Ingenieros llamaría ‘lo inexperiencial’. Es ‘algo’ que está presente en la sociedad viviente, y que las leyes positivas pueden en todo caso tener en cuenta o no, según el grado de virtud de los legisladores e independientemente de que se haga efectiva.

Sin embargo, en ocasiones priva la injusticia en una sociedad o institución debido a la existencia de ‘algún desequilibrio’ causado por los *intereses creados*, por los privilegios. Así lo apunta Ingenieros cuando afirma: “Todos los ideales melioristas tienen la justicia por común denominador y todos anhelan desterrar de la sociedad

‘algún desequilibrio’” (1999, 41). La existencia de ‘algún desequilibrio’ es índice de que en una determinada sociedad no existe la justicia como tal, no está dada, aunque sí puede estar latente como fuerza moral en los espíritus de los hombres idealistas. Los *intereses creados* obstruyen la justicia y son los responsables de engendrar la desigualdad en la sociedad, el ‘desequilibrio’. Para los fines de esta investigación se entiende por *intereses creados* las ventajas, los privilegios no siempre legítimos de que gozan algunos individuos, y por efecto de los cuales se establece entre ellos complicidades circunstanciales que pueden oponerse a la creación de obras de justicia para el mejoramiento social. Esta práctica social, una vez iniciada, se convierte en una avalancha de costumbres y usos sociales corruptos, imposible de contener. Los *intereses creados*, las ventajas y privilegios a lo largo del tiempo, con su multiplicidad de manipulaciones y componendas deshonestas, al realizarse con plena complicidad de los participantes, terminan por corromper a la sociedad entera, alejándola de toda posibilidad de igualdad y extinguiendo en ella el ideal de justicia. Así lo establece Ingenieros cuando nos dice:

“Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales. En las sociedades carcomidas por la injusticia los hombres pierden el sentimiento del deber y se apartan de la virtud. El parasitismo deja de inspirar repulsión a quienes lo usufructúan y encenaga a las víctimas en la domesticación. Los hombres viven esclavos de fantasmas vanos y la honra mayor recae en los sujetos de menores méritos. La justicia enmudece y se abisma” (1999, 42).

Al establecer Ingenieros su concepto de justicia afirma: “La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho” (1999, 41). Y continúa diciendo que la justicia “tiene un valor superior al de la ley. Lo justo es siempre moral; las leyes pueden ser injustas. Acatar la ley es un acto de disciplina, pero a veces implica una inmoralidad; respetar la justicia es un deber del hombre digno, aunque para ello tenga que elevarse sobre las imperfecciones de la ley” (1999, 41). La diferencia existente entre la justicia y la ley, se observa cuando la aplicación de la ley pudiera parecer injusta, en virtud de que la justicia es una idealización abstracta del derecho de equidad de la humanidad, y la ley, una concretización de ese mismo derecho, interpretado y aplicado de acuerdo a las fuerzas morales vigentes en la sociedad.

Es necesario considerar las relaciones entre ley y derecho más arriba esbozadas, puesto que las leyes deben renovarse conforme cambia la realidad social. Si la experiencia social hace que se modifique la realidad de la vida, las leyes deben de acompañar ese cambio para estar acordes con las nuevas circunstancias que configuran esa nueva realidad. Es así que Ingenieros postula: “El mayor obstáculo al progreso de los pueblos es la fosilización de las leyes; si la realidad social varía, es necesario que ellas experimenten variaciones correlativas. La justicia no es inmanente ni absoluta; está en devenir incesante, en función de la moralidad social” (1999, 41). Es ‘justo’ aquel momento en el devenir social en el que la ley escrita, aquella ley que es necesario obedecer, coincide o refleja lo que la sociedad en cuestión considera como moral, como bueno. Dicho en otras palabras, es justo aquel momento en el que el respeto a la ley se realiza con pleno convencimiento interior, porque la misma ley que debe obedecerse coincide con la moral social. Visto de esta forma, no existe coerción en el acatamiento de la ley.

Es así como se llega a una consideración de la justicia, según la cual, lo decisivo es su historicidad, su carácter histórico y relativo. De tal manera que el cambio de las leyes se ajusta constantemente a las transformaciones renovadoras de la moral social, evolucionando ambas en forma paralela. De esta dinámica se desprende que la justicia no es tan sólo una ‘idea’, sino también un ‘dato’ único de la experiencia social, perteneciente a un momento determinado.

4.3.2. La simpatía como fuerza moral.

Ahora, en esta tercera etapa, el carácter está constituido por la fuerza inexplicable del sentimiento de ‘simpatía’. Ingenieros deja de lado su perspectiva científicista al postular una relación íntima entre el carácter capaz de simpatizar y las posibilidades de una armonía social. La ‘simpatía’ en el nuevo mundo conceptual elaborado por Ingenieros es un sentimiento, y, como tal, habría sido mal visto en la etapa más decididamente biologicista de su desarrollo.

La ‘simpatía’ es inteligencia afectiva, facultad inherente de la humanidad del hombre. Es la ‘necesidad’ de compartir un anhelo de progreso, de desarrollo social, con otros seres humanos. Así nos lo explica Ingenieros: “Simpatizar es comprender. La simpatía es un secreto ritmo que pone en comunión los sentimientos, sin causa perceptible, anticipándose a toda reflexión sobre la conveniencia de la intimidad” (1999, 37). La ‘simpatía’ es el instrumento por excelencia en el momento de pensar en la armonía social, en la mejor organización del conjunto social. En este sentido, se puede advertir que mediante el concepto de simpatía, se establece una relación o vínculo entre el carácter (la interioridad del sujeto) y la sociedad (la exterioridad).

El carácter o modo de ser de una persona está íntimamente relacionada con la posibilidad de mejorar la organización social. De esta forma Ingenieros afirma que “la afinidad de anhelos, de creencias, de esperanzas, acerca los caracteres y los hace simpatizar, trasponiendo la distancia y el tiempo” (1999, 38). Y postula una relación íntima entre el carácter capaz de simpatizar y las posibilidades de una armonía social, “...Los hombres que están inclinados a simpatizar con los demás son los mejores instrumentos de la armonía social” (1999, 38). Son los mismos que auscultan “con idéntico fervor optimista el provenir de la humanidad” (1999, 38).

4.3.3. La solidaridad como fuerza moral.

La desigualdad entre los hombres es un resultado natural, parte del diseño de nuestra humanidad. Para Ingenieros las diferencias humanas son construcciones naturales necesarias y constituyen el balance entre las fuerzas sociales. Es la armonización entre estas diferencias de origen lo que produce finalmente la solidaridad, como condición igualitaria en la sociedad. Es así como Ingenieros escribe: “Siendo naturales las desigualdades no pueden suprimirse...” (1999, 45). Por ello, “...La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse íntegramente en beneficio de la sociedad” (1999, 45). Bajo estas afirmaciones, de que la simpatía o comprensión producen la armonía social, y ésta a su vez nos conduce al perfeccionamiento de la sociedad que se

traduce en un aumento de la justicia y la solidaridad, es que Ingenieros nos da su concepto de ésta última, al decirnos: “La solidaridad es armonía que emerge de la justicia. Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo. Hay solidaridad en una comunión de hombres cuando la dicha del mejor enorgullece a todos y la miseria del más triste llena a todos de vergüenza” (1999, 44). Por último, nuestro autor deja bien establecido que: “La solidaridad crece en razón directa de la justicia” (1999, 47). Y ésta, conceptuada como la más intensa idea de igualdad basada en la solidaridad, es la aspiración de perfectibilidad social idealizada por Ingenieros.

Nuestro autor afirma que en “donde falta justicia no puede haber solidaridad; sembrando la una se cosecha la otra. Gobernar un pueblo no es igualar a sus componentes, ni sacrificar alguna parte en beneficio de otras: es propender hacia un equilibrio que favorece la unidad funcional, desarrollando la solidaridad entre las partes, que son heterogéneas sin ser antagónicas” (1999, 45).

4.4. Propositiones relativas al porvenir de la filosofía.

En 1918 Ingenieros publica las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, las que sintetizan algunos de los preceptos filosóficos contenidos en *El hombre mediocre*. Este ensayo iba a ser leído por nuestro autor como discurso de incorporación a la Academia de Filosofía y Letras, pero no pudo ser leído en ese evento por motivos reglamentarios, y es el mismo Ingenieros quien manifiesta que ha debido hacer “el elogio del Señor Académico en cuyo reemplazo he sido electo. Defiriendo de esta legítima circunstancia, cúmpleme expresar a Ud. que me veo en la necesidad de aplazar mi incorporación, hasta encontrarme preparado para hacerlo con la competencia que el caso me exige” (Ingenieros, 1953, 7). No sintiéndose preparado para cumplir con tal disposición reglamentaria, entrega a la Academia, únicamente el trabajo que había preparado para ese acto, las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. El hecho nos lo comenta Bagú:

“Fijado el día de la ceremonia en el 5 de junio, dio forma definitiva a su trabajo, pero una disposición reglamentaria frustró su lectura. Es tradicional, en tales momentos, que el discurso se refiera a la personalidad del académico desaparecido, cuyo lugar se va a

ocupar. Su incorporación fue aplazada y su trabajo, que no pudo ser leído, debió de editarse en volumen para que se le conociera, denominándolo *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*” (1936, 174).

En esta obra, Ingenieros puntualiza que es la experiencia la que decide sobre la legitimidad de los ideales en cada tiempo y lugar. El idealismo experimental que propone, puede entenderse al establecer la relación entre el esfuerzo por alcanzar el ideal preconcebido y la experiencia que resuelve sobre su utilidad social, es decir, la existencia de hombres aptos para concebir perfecciones, capaces de acercarse a ellas, y por otro lado, ‘la experiencia’ que decide sobre la legitimidad de esos ideales.

“Los clásicos problemas de la metafísica (...) resultan en la actualidad inexactamente formulados; parece indudable que cada uno de ellos contiene otros problemas susceptibles de ser planteados en términos legítimos. La variación de los resultados de la experiencia modificará incesantemente la legitimidad de los problemas inexperienciales y de las hipótesis formuladas para explicarlos” (Bagú, 1936, 175-176)

Pero ¿qué es lo inexperiencial? Ingenieros explica que los problemas experienciales son aquellos que pueden ser resueltos con los métodos científicos, ya que son problemas empíricos, que pueden ser demostrados con base en la experiencia que es la que les da legitimidad. En cambio, los problemas no experienciales o inexperienciales son aquellos cuya solución no se puede basar en la experiencia, y tienen que ser resueltos por medio de la lógica. Al respecto, Héctor Agosti escribe citando a Alejandro Korn, que se trata de “hipótesis inexperienciales que siempre tendrán en acecho, detrás de ellas, a las fauces de la ciencia dispuestas a devorarlas” (Agosti, 1950, 104).

De esta forma Ingenieros nos dice que la metodología de la metafísica es la lógica. La metodología de las ciencias, de los problemas basados en la experiencia, es probar la hipótesis, mientras que la lógica en lo inexperiencial pretende explicar la hipótesis para legitimarla. El objeto de la primera es probar para legitimar; la finalidad de la segunda es explicar para legitimar. Es así que Ingenieros nos dice: *“Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la demostración experiencial, que presuponen posible; las hipótesis metafísicas sólo aspiran a ser lógicamente legítimas, sin que se*

considere posible su demostración experiencial” (1953, 72-73). Y concluye afirmando que “la perennidad de lo inexperiencial implica la imposibilidad de que las ciencias lleguen a sustituir a la metafísica, dado que siempre persistirán problemas inexperienciales” (1953, 73).

Ingenieros pensaba que, para profundizar en el mundo de la filosofía, es decir, en el mundo de lo inexperiencial, se necesitaba de una basta y sólida cultura científica, que permitiera conocer previamente el mundo experiencial, y así lo afirmaba al redactar: “he creído que sin una sólida cultura experiencial es vano todo empeño por comprender los problemas inexperienciales, como es el techar un edificio cuyos cimientos no se hubiesen puesto aún” (1953, 9). El comentario lo escribe en clara alusión a sus estudios e investigaciones en ciencias naturales y que son el sustento que lo lleva a estudiar la fenomenología experiencial, validando su incursión posterior en la filosofía, de la siguiente forma:

“En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como “ciencias psicológicas”. Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos” (Ingenieros, 1953, 10).

Subraya nuestro autor que su base científica es lo que lo lleva a considerar el estudio de la filosofía, “el conocimiento previo de los problemas que no pertenecen a la filosofía, por entrar en los dominios de la experiencia, accesibles mediante los métodos científicos, llévame a considerar que el nombre de filosofía –usado actualmente con una latitud propicia a todos los devaneos– debiera reservarse, en el porvenir, exclusivamente a la metafísica” (1953, 10). Al resumir la teoría y el método filosóficos propuestos por Ingenieros en su obra más polémica, Héctor Agosti se expresa así: “La ciencia llega a

un término en el que ya no le es posible probar nada. ¿Qué remedio queda sino de abordar, mediante hipótesis, el conocimiento de lo inexistencial?” (1950, 103).

En su obra *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, Ingenieros define la función específica de la filosofía en lo general y al filósofo en el plano particular, de la siguiente forma: “El verdadero objeto de la filosofía es formular hipótesis legítimas acerca de los problemas que exceden la experiencia. Filósofo es aquel que plantea o renueva los problemas metafísicos, aquel que formula o coordina hipótesis legítimas para resolverlos. Fuera de esos casos el título de “filósofo” suele otorgarse, a hombres de ciencia o de letras, por irreflexión o por galantería” (1953, 15).

Ingenieros propone la formulación de hipótesis legítimas y perfectibles que por su naturaleza propia requerirán, eventualmente, ser desechadas al haber cumplido su función, dando lugar a una renovación incesante y permanente de la metafísica. En la Proposición cuarta Ingenieros justifica la perennidad de lo inexistencial: “Siendo los objetos experienciales infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la *perennidad de lo inexistencial*.” (Bagú, 1936, 175). Es así que, “a la metafísica, como a todas las elaboraciones de la mente humana, es aplicable la sentencia de los renacentistas: renovarse o morir. Es renovándose, incesantemente, como ella vivirá; sólo podrían creer en su muerte los que la conciben dogmática e imperfectible, cerrando los ojos ante su ilimitada renovación futura” (Ingenieros, 1953, 37).

Parte de la esencia de la metafísica misma, afirmando que a través de la historia, la metafísica ha significado varias cosas para diferentes grupos, definiéndola como una super ciencia. Su interés principal radica en establecer la cualidad de perfectible de la metafísica. Para ello se pregunta: “¿Morirá el único género filosófico que no puede convertirse en ciencia? (...) ¿Es de temer que el adelanto de las ciencias suprima la metafísica, o que esta vuelva a ser “sierva” de la teología, o que pase a serlo de la ética, o que se restrinja a los problemas lógicos, o que sea absorbida por la psicología, o que, en fin, se fosilice en los arquetipos clásicos, amortajándose en la historia de la filosofía?” (1953, 36). Ingenieros responde afirmando que las culturas futuras –más

evolucionadas– en vez de negar la existencia de problemas metafísicos insolubles, los plantearán de manera distinta y novedosa, descubriendo así posibilidades frescas y originales dentro de la fenomenología inexistencial, al desarrollar hipótesis renovadoras acordes a los avances culturales de la sociedad que las produce.

De las diez proposiciones presentadas, el ideal humano se convierte en el tema de la última proposición de José Ingenieros. En *El hombre mediocre*, Ingenieros convierte al concepto del ideal en la pieza central de su planteamiento, por lo que en esta, su última proposición, no extraña que cierre su discusión presentando nuevamente al concepto que identifica como el dispositivo detonador de todas las transformaciones sociales de la humanidad, el *ideal*.

4.4.1. Proposición décima: El ideal como hipótesis inexistencial.

En la Proposición décima, Ingenieros afirma que: “Siendo los ideales hipótesis inexistenciales acerca de una perfección posible, las condiciones de legitimidad de los ideales son las mismas que las de todas las restantes hipótesis metafísicas; están, como ellas, condicionadas por la experiencia y evolucionan en función del medio experiencial” (1953, 104). Y nos continúa diciendo que los ideales, cuyo valor como instrumento de acción debe estar proporcionado a su legitimidad; siendo “más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será la realidad en el porvenir” (1953, 118). Como puede observarse, Ingenieros nos dice que en cada tiempo, los ideales se conciben como abstracciones de una realidad futura que habrá de llegar, es decir, como hipótesis de futuras realidades más perfectas que las anteriores, como aspiraciones compuestas por futuros perfeccionamientos de la realidad actual. Los ideales son el motor impulsor del cambio social, responsables eventuales de todas las transformaciones sociales y se materializan en el momento que han logrado superar los obstáculos encontrados en su lucha por la supervivencia. Los ideales útiles son producidos y legitimados por la experiencia. “Las ficciones imaginativas que no han sido elaboradas sobre la experiencia, y que no representan una perfección posible de lo real, no son ideales, sino quimeras ilusorias” (Ingenieros, 1953, 103). La concepción y realización de un ideal como evento metafísico es una hipótesis

inexperiencial basada en la experiencia. Sus condiciones de legitimidad son exactamente iguales a las demás hipótesis metafísicas. “Los ideales más legítimos son los que concuerdan con el devenir de la experiencia; son anticipaciones hipotéticas de la realidad que deviene” (Ingenieros, 1953, 104).

Es preciso apuntar que Ingenieros fue, dentro de sus capacidades científicas e investigadoras, consciente de sus limitaciones y de sus erratas potenciales, sabedor de que el paso del tiempo se encargaría de exhibirlas, y así lo demuestra cuando escribe: “Los hombres de cada generación somos eslabones de una serie infinita; cumplimos nuestra función si aprovechamos el esfuerzo de la precedente y si contribuimos a preparar el trabajo de las que vendrán. Nada ha comenzado ni terminará en nosotros; no dudo que las generaciones venideras, con una experiencia menos imperfecta, podrán ignorar menos que nosotros y mirar con visión más clara los problemas que llamamos enigmas” (Ingenieros, 1953, 105).

Como queda establecido, en esta última parte de su ensayo *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, Ingenieros expone nuevamente sus ideales de perfección incesante del hombre y la sociedad, su fuerte convicción sobre el mejoramiento constante de la humanidad y su confianza en que la juventud sabrá tomar las experiencias de las generaciones pasadas en provecho del avance hacia el progreso de las generaciones futuras. Por esto, dirige las palabras finales de su libro a los jóvenes, los cuales para él representan la esperanza de la humanidad.

“Y a los jóvenes, que son la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura, de los hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad *que todo tiempo pasado fue mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis: más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su pueblo, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor*” (Ingenieros, 1953, 108-109).

Ingenieros se dirige a los jóvenes, es ellos a quienes instruye para que mediante la fijación y la aplicación del ideal como la vía para lograr una superación moral que conduzca, eventualmente, a la justicia social. Ingenieros considera que sólo los jóvenes tienen el poder de lograr tal propósito, por lo que propone un rechazo al pasado, recomendando simultáneamente una aceptación incondicional del futuro, algo que sólo ellos, los jóvenes, *al no tener complicidad con el pasado*, pueden lograr.

El ideal de perfección del mundo, descansa en la mente de la juventud. Son las nuevas generaciones las que tienen los medios –el tiempo, la imaginación y el poder renovador- para hacer de este mundo un lugar más justo para vivir.

CONCLUSIONES:

En la presente investigación se ha llevado a cabo un estudio documental de la evolución del pensamiento de José Ingenieros en el contexto de Buenos Aires, Argentina, a finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX. Para efectos de estudio, se establecen tres períodos en la producción de nuestro autor: Un primer periodo comprendido entre los años de 1895 a 1898; un segundo período, de 1898 a 1911; y por último, un tercer periodo, de 1911 hasta el fin de sus días en el año de 1925, en el que se analizan las obras más representativas de su pensamiento moral.

La investigación abarca, el examen de los textos de carácter filosófico de nuestro autor, vinculando a estos con el contexto histórico y cultural del momento en que fueron escritos. Particularmente se ha tomado en consideración, el modo en que Ingenieros entiende las nociones de justicia, libertad e igualdad en cada uno de los periodos correspondientes y como es que va cambiando su interpretación, de las mismas, entre un periodo a otro.

En ¿Qué es el socialismo? Ingenieros plantea un problema al que por años no se ha podido dar solución, la cuestión social. Con este término se refiere a la desigualdad de condiciones existente entre los sectores de la población, como resultado de la inmoralidad de quienes ejercen el poder político y/o económico para explotar a la gran mayoría de la masa social. Al abordar la cuestión social como la disminución de los atributos sociales necesarios para aspirar a condiciones de justicia, resulta evidente para nuestro autor, que la desigualdad de condiciones la produce la carencia de justicia social, que tiende a mermar la igualdad y la libertad entre los componentes de la sociedad. En esta etapa de su desarrollo intelectual, estos problemas sociales son básicamente de índole económica y moral.

El joven Ingenieros escribe para denunciar lo que observa, un presente histórico injusto, cuya característica fundamental es una sociedad capitalista, altamente individualista y cataloga al Estado como el gran generador y garante de esta injusticia. Propone el establecimiento del socialismo como vía para resolver la desigualdad imperante en la sociedad argentina. (Ingenieros, 1925).

Para Ingenieros una sociedad justa es aquella en la que todos los habitantes tienen la misma posibilidad de acceder a los medios de producción. La justicia social se alcanza mediante la implantación de un sistema de organización de la sociedad, que elimine efectiva y definitivamente la desigualdad de condiciones existente entre los diversos sectores de la población.

En cuanto a la idea de libertad, Ingenieros la percibe como la facultad que tiene el trabajador de disponer libremente del producto íntegro de su trabajo. En palabras del autor: “Con la libre disposición de los productos del trabajo, la independencia y el albedrío personales quedan asegurados” (Ingenieros, 1925, 30). Aclara que sólo “es libertad desde el momento en que no perjudica la libertad ajena” (Ingenieros, 1925, 29).

En relación a los artículos publicados en el periódico La montaña, Ingenieros delata así mismo, la injusticia que ante sus ojos se muestra en la desigualdad generalizada en la que vive sumergida la sociedad argentina. Atribuye a la inmoralidad de la burguesía de su país, en complicidad con el gobierno y el clero, las injusticias padecidas por las mayorías. El reclamo de justicia de Ingenieros es apasionado e intolerante con los abusos que padece el pueblo, y es el motivo por el que adopta actitudes de tintes radicales, utilizando frases de un socialismo recalcitrante. Pero en este caso, no se trata únicamente de una crítica al progreso inmoralmente alcanzado y al tipo de sociedad al que éste ha conducido, pues mientras que en *¿Qué es el socialismo?* sostiene que la necesidad histórica es la que conduce a la implantación de lo que llama una sociedad colectivista, un par de años más tarde, en *La Montaña*, los fundamentos del cambio no residen ya en la historia, sino en la voluntad de los habitantes de la sociedad, de destruir por entero el sistema burgués.

Ingenieros inicia el siglo XX con la presentación de su tesis: *La simulación de la lucha por la vida*, con la que obtiene su título de médico, postula una visión determinista aplicada a su idea de justicia, la civilización como parte de la naturaleza irremediabilmente obligada a la evolución, al mejoramiento, al progreso. Mantiene su misma idea socialista que sostuviera en el primer periodo, sólo que ahora la proyecta desde un enfoque biológico. Su ideal de justicia surge de la inexorabilidad garantizada

por las leyes naturales, determinantes de que todo ser vivo, animal o vegetal, evoluciona, desde el más simple y elemental organismo unicelular, hasta el más complejo y perfectible espécimen, el ser humano.

En su tesis, *La simulación en la lucha por la vida*, Ingenieros trata el concepto de solidaridad social, y si bien lo maneja desde un ángulo biológico, señala acertadamente que es hasta ese momento, que la humanidad se encuentra en su estado de evolución más avanzado.

El fenómeno de la inmigración masiva –y sus diversas consecuencias, una de las cuales es la formación de grandes conglomerados urbanos–, por un lado, e, íntimamente vinculado con ella, la progresiva constitución de una clase obrera con conciencia ideológica, contribuyen a que el problema de la cuestión social se replantee. Si antes, en el primer periodo, su resolución implicaba la revolución social, ahora dicha resolución debe pensarse como sujeta a los fines de la construcción de una nación moderna, que pacíficamente busca el progreso.

Es así que en *La legislación del trabajo en la República Argentina* escrita en 1906, Ingenieros sostiene que la función del socialismo como doctrina política –calificado como colaboracionista y reformista– es la de mejorar la relación entre el capital y el trabajo. El socialismo ahora, en este segundo periodo, debe adaptarse al régimen económico del que sea el caso, y perseguir dentro de él reformas reales: “los sociólogos socialistas conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa e indispensable para toda evolución ulterior” (Ingenieros, 1986, 165-166).

Salvo por la revalorización que Ingenieros hace del sistema capitalista en esta segunda etapa, Ingenieros muestra más una continuidad que una ruptura respecto de su primer periodo intelectual.

En el tercer periodo intelectual de Ingenieros, que abarca desde 1911 hasta su muerte en 1925, su preocupación principal y objetos materia de estudio son los temas filosóficos, los temas inexperienciales como él les llama, cuyos conceptos no están sujetos al método científico, ya que no tiene como fin comprobar datos empíricos, sino fundamentar conceptos lógicos. No por el hecho de entrar al terreno de lo inexperiencial, nuestro autor abandona sus tendencias deterministas y biológico-evolucionistas, así se observa en *El hombre mediocre*, en *Hacia una moral sin dogmas* y en *Las fuerzas morales*. Algo que resulta importante destacar de estas tres obras mencionadas, es que implican el paso del pensamiento de Ingenieros, de una moral individualista a una ética social, conservando sus ideas optimistas, basadas en el biologismo evolutivo, y por tanto, perfectible, del continuo progreso de la humanidad.

Al momento de plantear la idea de progreso de la humanidad como inevitable, en este periodo, ya no es suficiente con observar esperanzadamente el avance de las fuerzas materiales, el desarrollo científico y tecnológico. Ingenieros considera ahora la existencia de unas entidades a las que llama ideales, que “por ser visiones anticipadas de lo venidero, influyen sobre la conducta y son el instrumento de todo progreso humano” (Ingenieros, 1992, 8).

Ingenieros ve la posibilidad de la existencia de esas entidades no verificables empíricamente, que no pueden ser objeto de análisis por las ciencias exactas, pero que tienen valor si son intensamente imaginadas o sentidas como forjadoras de mejoramientos en la organización social. El ideal constituye en la mente de quién lo crea, una promesa de mejoría a las condiciones prevalecientes, capaz de influir sobre la conducta. “Un ideal no es una fórmula muerta, sino una hipótesis perfectible; para que sirva debe ser concebido así, actuante en función de la vida social que incesantemente deviene” (Ingenieros, 1992, 6). El ideal no requiere solo concebirse y pensarse, se debe actuar en consecuencia, dedicando todos los esfuerzos disponibles para alcanzarlo.

De esa manera, Ingenieros concibe un mundo futuro en el que la especie humana aprende, gracias al ideal, a evolucionar hacia niveles superiores de conducta y convivencia social, a estratos permanentemente perfectibles, y en consecuencia, más equitativos y justos. Ingenieros escribe sobre un idealismo realista, un idealismo surgido

de la experiencia. Es así como su ideal de justicia cobra forma, con atributos que permiten anticipar escenarios cada vez más perfectibles dentro de un incesante proceso evolutivo que es capaz de conducir a la humanidad a la transformación de su realidad actual, a su realidad futura.

Los ideales, como anticipadores de perfecciones futuras son patrimonio de los mejor dotados, de los hombres superiores que constituyen una minoría donde se asienta la percepción de los mismos. El mediocre carece de esta capacidad de pensamiento anticipatoria para percibir los ideales, no es capaz de imaginar la gestación de algún ideal. Es así que Ingenieros establece que entre los seres humanos no existe la igualdad, lo que impera es la desigualdad entre los mismos. Este elitismo ético lo sustenta nuestro autor, en el principio biológico-evolucionista de la selección natural.

Se puede afirmar que esta desigualdad natural entre los hombres, crea dos mundos con lógicas morales disímiles, uno, constituido por la gran masa de la población; el otro, por una élite muy reducida. Son las grandes masas quienes procuran conservar el estado de cosas en una determinada sociedad. Frente a ellos, una minoría formada por los hombres virtuosos, los portadores de ideales, quienes piensan en nuevas y más justas formaciones sociales, son quienes buscan que las mismas dejen el terreno de lo posible para hacerse reales. De tal manera que hay dos morales: de un lado, la de las multitudes, la de las masas, donde se encuentran los hombres mediocres y cuyo objetivo o finalidad es mantener las cosas en el estado en que están, pues carecen de la capacidad anticipatoria para percibir futuras perfecciones, para imaginar ideales; de otro lado, las élites, los hombres superiores, capaces de percibir cambios futuros para el mejoramiento y progreso de la sociedad, mediante la fijación de un ideal, hasta lograr su realización.

Para Ingenieros “La desigualdad es la fuerza y la esencia de toda selección. No hay dos lirios iguales, ni dos águilas, ni dos orugas, ni dos hombres: todo lo que vive es incesantemente desigual” (1992, 183). Igualar a todos los hombres sería negar el progreso de la especie humana, negar la civilización misma, lo justo es lo natural. “Es evidente la desigualdad humana en cada tiempo y lugar; hay siempre hombres y

sombras. Los hombres que guían a las sombras son la aristocracia natural de su tiempo y su derecho es indiscutible. Es justo porque es natural” (Ingenieros, 1992, 179). La igualdad que reconoce Ingenieros es aquella que se establece en las costumbres y las leyes: “Las costumbres y las leyes pueden establecer derechos y deberes comunes a todos los hombres; pero estos serán siempre tan desiguales como las olas que erizan la superficie de un océano” (1992, 34).

Al referirse a la noción de justicia nos dice que esta puede existir como instrumento social nivelador y posibilitador de las igualdades negadas por la selección natural. En *El hombre mediocre*, Ingenieros integra a su modelo de justicia el concepto del Ideal, e intuye, pondera y concluye que el camino hacia la justicia sólo puede lograrse a través de la búsqueda del perfeccionamiento moral. El camino hacia el perfeccionamiento moral mediante la construcción del Ideal se convierte en el instrumento social más efectivo para compensar la desigualdad natural que le permite al ser humano acercarse cada vez más a la justicia social.

Sobre la noción de libertad en el sistema de argumentación que sigue José Ingenieros, en su obra *El hombre mediocre*, se hace necesario recurrir al apartado ‘La moral de Tartufo’ y dar cuenta, en primera instancia, de su concepto de conciencia moral, como la facultad de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, y así como de la existencia de un poder de sanción sobre la actuación social del sujeto. Es la falta de coincidencia entre la conciencia moral y la práctica social efectiva lo que determina que el sujeto no sea libre en la sociedad de que se trate, pues tiene algo que esconder ante la mirada de los demás. De lo anterior puede deducirse que la libertad individual es sinónimo de la plena coincidencia entre la conciencia moral y la conducta social manifiesta.

En su obra *Hacia una moral sin dogmas*, Ingenieros describe la noción de moral terrenal elaborada por Ralph Waldo Emerson (1803-1882), quien le inspira una gran admiración. Se trata de una moral con sentido cívico que conduce al cumplimiento del deber social, de una moral sin dogmas en la medida en que la legitimidad de la misma yace en la experiencia social. No existe un a priori de la moralidad, sino que esta se

funda en un hacer, es una moral empírica, a posteriori, basada en la experiencia. La moral nace del actuar mismo del hombre en sociedad. Es así que Ingenieros nos dice: “La moralidad efectiva es un producto social” (2004, 21). Con lo cual plantea su oposición a todo dogmatismo, entendiendo por dogma moral “una opinión inmutable e imperceptible impuesta a los hombres por una autoridad anterior a su propia experiencia” (Ingenieros, 2004, 12).

A estos principios apriorísticos, nuestro autor les opone los principios éticos nacidos a posteriori, es decir, aquellos principios morales que provienen de la experiencia social, principios que han sido legitimados por el quehacer de la sociedad. Es la moral misma que brota, que emana de la conducta del hombre en sociedad. Los dogmas quedan relegados por la experiencia social, por eso Ingenieros se refiere a ‘la moral sin dogmas’. De estas afirmaciones parte su idea de libertad, al concebirla “como el poder para obrar de acuerdo con nuestros principios de acción” (Ingenieros, 2004, 36). Es decir que, para que exista la libertad, nuestra conducta debe de coincidir con las normas morales existentes, en un momento determinado, en la sociedad en que vivimos y nos desarrollamos. Recordando que estos deberes morales se encuentran en un constante devenir, en un continuo proceso de cambio, buscando esa perfección a la cual nunca llegarán, por tratarse de conductas humanas. Este sentido de libertad ya lo mencionamos cuando hablamos de la moral de Tartufo y la sanción social.

Ingenieros elabora, en *Hacia una moral sin dogmas*, el concepto de solidaridad social según el cual, lo decisivo en una acción es la medida de lo beneficiosa que pueda llegar a ser en un agregado social. El individualismo elitista planteado en *El hombre mediocre* se debilita con el aludido concepto de ‘solidaridad’ que esboza en esta obra. Ingenieros escribe que la nueva noción del deber se convierte en una noción social: “El deber individual no es ya concebido como un imperativo de la divinidad o de la razón, sino como una necesidad de la vida social” (2004, 135). En este tercer periodo, Ingenieros afirma que de la solidaridad del hombre para con sus semejantes fluye la obligación para con la sociedad: “Ya no interesa averiguar si le atormentará el remordimiento de su conciencia moral; basta con el seguro menosprecio de las personas cuya solidaridad ha violado” (2004, 136). Por lo tanto, la ‘moral sin dogmas’ es aquella

que emana de la vida humana en sociedad y del espíritu de solidaridad. El hecho de vivir en sociedad implica entonces vivir de acuerdo con una moral común respetando las normas y el orden social.

Para Ingenieros, el deber del hombre no se extingue, aunque cambien sus creencias, “su obligación de vivir moralmente no está subordinada a hipótesis metafísicas sino al hecho básico de vivir asociado con otros hombres, solidarizado con ellos” (2004, 136). De esta forma nuestro autor afirma que “El ideal de Justicia, en una sociedad dada, consiste en determinar la fórmula del equilibrio entre el individuo que dice: “ningún deber sin derechos”, y la sociedad que replica: “ningún derecho sin deberes” (2004, 134).

En su libro *Las fuerzas morales*, nuestro autor plantea la existencia de unas fuerzas morales efectivamente actuantes al interior de las sociedades humanas, y que es tarea del sociólogo o filósofo descubrirlas, encontrarlas. Estas “fuerzas morales son plásticas, proteiformes, como las costumbres y las instituciones. No son tangibles ni mensurables, pero la humanidad siente su empuje” (Ingenieros, 1999, 9). El descubrimiento de las fuerzas morales en una sociedad, aunado al hecho de obrar en consecuencia, es lo que hace que un todo social o una nación, progrese hacia lo mejor, entendiendo por esto la justicia social. Es lo que Ingenieros nos quiere decir cuando afirma: “La perfectibilidad social se traduce en aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres” (1999, 35).

La justicia, como fuerza moral, es un concepto intangible, que pertenece al ámbito de lo que el propio Ingenieros llamaría lo inexperiencial. Es un ideal que está presente en la sociedad viviente, y que las leyes positivas pueden en todo caso tener en cuenta o no, según el grado de virtud de los legisladores e independientemente de que se haga efectiva. Ingenieros afirma que: “La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho”; y, que “tiene un valor superior al de la ley. Lo justo es siempre moral; las leyes pueden ser injustas” (1999, 41).

También los intereses creados que obstruyen la justicia son los responsables de engendrar la desigualdad en la sociedad. Los intereses creados son las ventajas, los privilegios no siempre legítimos de que gozan algunos individuos, y que, al realizarse con plena complicidad de los participantes, terminan por corromper a una sociedad entera, alejándola de toda posibilidad de igualdad y extinguiendo en ella toda esperanza de justicia, tan necesaria para el progreso social.

Para Ingenieros las diferencias humanas son construcciones naturales necesarias y constituyen el balance entre las fuerzas sociales. Es la armonización entre estas diferencias de origen lo que produce finalmente la solidaridad, como condición igualitaria en la sociedad. “Siendo naturales las desigualdades no pueden suprimirse...”, por ello “...La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse íntegramente en beneficio de la sociedad” (Ingenieros, 1999, 45). De esta forma nos lleva a la idea de justicia como la más intensa idea de igualdad basada en la solidaridad, y nos dice que “La solidaridad es armonía que emerge de la justicia. Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo...”, para dejar bien establecido que “...La solidaridad crece en razón directa de la justicia” (Ingenieros, 1999, 44-47). Y el llegar a estos estadios de justicia social es la aspiración idealizada por nuestro autor.

El ideal moral de Ingenieros, forma parte integral de su anhelo de justicia social, concebido como el único camino para arribar a ella. A lo largo de su trilogía, pero específicamente, en *El hombre mediocre*, Ingenieros explica el significado del ideal y su función proponiendo que la concepción y consecución de un ideal como un medio para alcanzar la superación del hombre y de la sociedad. Desarrolla su tesis moral desde la óptica de la biología evolutiva, ilustrando los cambios y mutaciones naturales que a lo largo de la historia del mundo se producen, entre los seres vivos, mediante una selección natural, misma que sólo permite la supervivencia de los más aptos, logrando así el mejoramiento incesante de las especies, en un ejercicio permanente de perfectibilidad. De esta extrapolación biológica, Ingenieros trata de demostrar que el ideal, como la naturaleza misma, es evolutivo, y por tanto, perfectible. Si el ideal, gracias a la imaginación del hombre, tiene el poder de anticipar una realidad futura de

mayor calidad que la actual, este mismo poder puede aplicarse para la obtención de mejores condiciones de convivencia que den como resultado la justicia social. Este proceso se repite incesantemente, pues al no existir una organización social perfecta, la justicia social sólo puede aspirar a ser perfectible. “El perfeccionamiento humano se efectúa con ritmo diverso en las sociedades y en los individuos.... Esos hombres, predispuestos a emanciparse de su rebaño, buscando alguna perfección más allá de lo actual, son los “idealistas”, ...se es idealista persiguiendo las quimeras más contradictorias, siempre que ellas impliquen un sincero afán de enaltecimiento... Todo idealista es un hombre cualitativo: posee un sentido de las diferencias que le permite distinguir entre lo malo que observa y lo mejor que imagina. Los hombres sin ideales son cuantitativos; pueden apreciar el más y el menos, pero nunca distinguen lo mejor de lo peor” (Ingenieros, 1992, 13-14).

Para Ingenieros, el ideal es una herramienta poderosa, una construcción inexperiencial, efectiva, capaz de convertir al hombre en un ser superior, pero esta superioridad es aquella que se ve reflejada en su calidad moral, y como el ideal, es permanentemente perfectible. De ahí que, dentro del esquema de su ideal moral, sólo el hombre superior puede poseer las competencias morales –ajenas al hombre común, al dogmático, al mediocre–, requeridas para producir las estructuras de convivencia humana en la que puede existir y florecer su visión de justicia social.

Ingenieros fue un apasionado de los temas universitarios y de la Universidad, como institución irremplazable en el progreso de los pueblos. Ligado a esa pasión educativa se encuentra su certidumbre y confianza en la fortaleza renovadora de la juventud. Escribía para los jóvenes, y estos, con admiración le atendían. Así nos lo afirma Héctor Agosti al decir: “Hacia él se vuelven las miradas ansiosas de los muchachos que procuran un rumbo para sus esperanzas (Agosti, 1950, 160).

Con su fe puesta en la juventud, Ingenieros aparece en el momento justo en el que la historia se encarga de registrar un instante suspendido en el tiempo en el que sólo una voz sería escuchada. Así nos lo narra Aníbal Ponce:

“Pero, ¿cómo discernir entre el tumulto de las voces, la palabra de vida que señalara el camino? ... ¿Quién echaría sobre sí la responsabilidad tremenda del orientador y vigía?... ...Sólo un hombre podía hablar y hacia él se volvían nuestros ojos. Millares de estudiantes y de obreros caldeaban la sala del Teatro Nuevo, la noche aquella de la conferencia memorable (22 de noviembre de 1918), como si la intensidad de la expectativa pusiera en cada uno, un trémolo de emoción. Ingenieros apareció por fin, y con la misma sencilla naturalidad de todo lo suyo, se adelantó a la tribuna como si fuera una cátedra... ...Trazó a grandes rasgos el panorama revolucionario de la preguerra tal como se había presentado, con signos inequívocos en las transformaciones de la política, en las legislaciones del trabajo, en la renovación de los ideales éticos... ...Y esa conciencia –terminaba Ingenieros– sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir... ...Jamás, como en aquella noche, Ingenieros estuvo tan cerca de nuestro corazón... ...Había creado el alma de una generación, con sólo dejar hablar la suya” (Ponce, 1949, 143, 145 y 147).

Es desde sus primeros escritos de adolescente, que se detecta el germen de un pensamiento en busca de los equilibrios económicos y sociales que pudieran aliviar las injusticias. Su ideal moral, el posibilitador de la justicia social, sigue presente en su pensamiento. Desde su juventud, hasta su madurez. Ingenieros sostiene sus ideas de justicia social, baste decir que la base primordial que alimenta su aspiración por encontrar el camino hacia la justicia social, su ideal moral, se mantiene firme en su pensamiento hasta sus últimos días.

Por último, como libre pensador, Ingenieros no deseaba ser ubicado en corriente alguna o moda de la época: “La generación anterior a la mía ha pasado por las dos modas: la positivista y la mística. Mi generación ha sentido más especialmente la segunda. Yo no alcancé la primera ni me he entregado a la actual” (Ingenieros, 1953, 27).

BIBLIOGRAFÍA

- Agosti, Héctor (1950): *Ingenieros, ciudadano de la juventud*. Buenos Aires, Santiago Rueda-Editor.
- Alexander, R. J. (2003): *A History of Organized Labor in Argentina*. U.S.A., Praeger Publishers.
- Ashton, T. S. (1975): *La Revolución Industrial, México*. Fondo de Cultura Económica.
- Bagú, S. (1936): *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Barroetaveña, M.; Parson, G.; Román, V.; Rosal, H. y Santoro, M. (2007): *Ideas, política, economía y sociedad en la Argentina (1880-1985)*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Bayer, O.; Campione, D. y López A. H. (2006): *Historia de la crueldad argentina, Tomo 1: Julio Argentino Roca*. Buenos Aires, Edición Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Bermann, G. (1926): *José Ingenieros, el civilizador, el filósofo, el moralista, lo que le debe nuestra generación*. Buenos Aires, M. Gleizer- Editor.
- Brizuela, G. E. (1951): *José de San Martín y Domingo Faustino Sarmiento. Las coincidencias y las controversias en la concepción de lo americano y de lo nacional*. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes.
- Brunton, P. (1998): *El sendero secreto*, Buenos Aires, Editorial Kier.
- Cabanellas, G. (1968): *Compendio de Derecho Laboral*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, Editores-Libreros.
- Crowley, F. G. (1972): *Domingo Faustino Sarmiento*, New York, Twayne Publishers.
- Darwin, Ch. (1859): *On the origin of species by means of natural selection, or the preservation of favoured races in the struggle for life*. London, John Murray, 1st edition, 1st issue.
- Díaz A. C. (1970): *Essays on the economic history of the Argentine Republic*. New Haven and London, Yale University Press.

- Dujovne, L. (1930): *La obra filosófica de José Ingenieros*. Buenos Aires, Aniceto López-Editor.
- Fernández, J. y Rondina, C. J. (2006): *Historia Argentina, Tomo 1 (1810-1930)*. Santa Fe, Argentina. Ediciones Universitarias, Secretaría de Extensión, Universidad Nacional del Litoral.
- Ferns, H. S. (1960): *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*. Oxford, Clarendon Press, First British Edition.
- Foster, H. (1988): *La Posmodernidad, J. Baudrillard, J. Habermas, E. Said y otros*. Barcelona, Editorial Kairós.
- Glick, T., Ruiz, R. y Puig-Samper, M. (1999): *El darwinismo en España e Iberoamérica*. México. UNAM. Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Ediciones Doce Calles. Impresión Closas-Orcoyen, S.L. (Paracuellos de Jarama, Madrid).
- Graciano, O. (2008): *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina (1918 -1955)*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Graham, R. (1990): *The Idea of Race in Latin America 1870-1940*. U.S.A., University of Texas Press.
- Halperín-Donghi, T. (1993): *Historia Contemporánea de Latino América*. U.S.A., Duke University Press.
- Ingegnieros, J. (1908): *Al margen de la ciencia*. Valencia, F. Sempere y Compañía – Editores. Sin fecha.
- Ingegnieros, P. (1927): *Páginas Científicas del Dr. José Ingenieros*. Buenos Aires, Editorial Pablo Ingegnieros y Cía.
- Ingenieros, J. (1962): *Obras Completas*. Tomo VI. Buenos Aires, Ediciones Mar Océano.
- ——— (2008): *Agitadores y multitudes en Hacia la Justicia*. Córdoba, Argentina, Jorge Sarmiento Editor.
- ——— *Ciencia y Filosofía*. Madrid, Editorial América. Sin fecha.

- _____ (1992): *El Hombre Mediocre*. México, Editores Unidos.
- _____ (2004): *Hacia una moral sin dogmas*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- _____ *Ideales nuevos e ideales viejos y Significación histórica del movimiento maximalista*. Buenos Aires, L. J., Rosso y Cía. Sin fecha.
- _____ (1913): *La moral de los idealistas*. San José de Costa Rica, Establecimiento Tipográfico Alsin.
- _____ (1919): *La moral de Ulises*. Buenos Aires, Ediciones Selectas América.
- _____ (1963): *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*. Buenos Aires, EUDEBA.
- _____ (1939): *Las doctrinas de Ameghino*. Buenos Aires, Ediciones J.L., Rosso.
- _____ (1999): *Las fuerzas morales*. México, Editorial Época.
- _____ (2003): *La simulación en la lucha por la vida*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- _____ (1933): *La Universidad del Porvenir*. Buenos Aires, Casa Editora Las Ciencias.
- _____ (2000): *Los tiempos nuevos*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- _____ (1953): *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- _____ (1925): *¿Qué es el socialismo?* Buenos Aires, Editorial Claridad.
- _____ (1928): *Sarmiento, Alberdi y Echeverría*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Pablo Ingegneros.
- _____ (1913): *Sociología Argentina*. Madrid, Daniel Jorro Editor.
- Ingenieros, J. y Lugones, L. (1998) *La Montaña, Periódico socialista revolucionario, 1897*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.
- Irazusta, J. (1963): *Influencia económica británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Kamia, D. (2003): *Ingenieros: Antología*. Buenos Aires, Editorial Losada
- Kocka, J. (1995): *Las clases medias en Europa* [Material de Cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires); traducción del

- artículo *The middle classes in Europe*, en: *Journal of Modern History*, 67, 4, december, 1995.
- Kohan, N. (2000): *De Ingenieros al Che, Ensayos sobre el marxismo argentino y Latino americano*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
 - Korn, A. (1940): *Influencias filosóficas en la evolución Nacional*, Volumen Tercero. La Plata, Rep. Argentina, Universidad Nacional de La Plata, Publicaciones oficiales.
 - Laplaza P. F. (1977): *José Ingenieros*. Buenos Aires. Asociación Dante Alighieri.
 - Lionetti, L. (2006): *La función republicana de la escuela pública: la formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX*. En *Revista Mexicana de Investigación Educativa* Vol. X, N°27, septiembre de 2006.
 - Lorenzo, C. R. (1999): *Manual de historia constitucional argentina*. Santa Fe, Argentina, Editorial Juris.
 - Lobato, M. Z. y Suriano, J. (2003): *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
 - Mangiola, B. (1998): *Curso de Historia de la Psiquiatría Argentina de la Carrera de Post-Grado en Psiquiatría y Psicología Médica*. Facultad de Ciencias Médicas. U.N.L.P.
 - Mendoza De la C. P. (1925): *José Ingenieros, El Sociólogo Sudamericano*. Buenos Aires, Editorial Santa Fe.
 - Miranda, M. y Vallejo, G. (2005): *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*. Buenos Aires, Siglo XXI De Argentina Editores.
 - Mouchet, E. (1925): *José Ingenieros*. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora CONI.
 - Oddone, J. (1983) *Historia del socialismo argentino/1*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
 - Ponce, A. (1949): *José Ingenieros, su vida y su obra*. Buenos Aires, Editores Iglesias.

- Quintana, C. A. (2008): *Los fósiles del mar de la plata*. Buenos Aires, Libros del Espinillo.
- Riaño Jauma, R. (1933): *José Ingenieros y su obra literaria*. Habana, Cuba, Arellano y Cía.
- Rodríguez K. Á. (1996): *José Ingenieros*. Buenos Aires. Editorial Almagesto.
- Romero, J. L. (1996): *Breve Historia de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Smith, A. (2009): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. U.S.A., Digireads.com Publishing.
- Solari, J. A. (1956): *La lección de José Ingenieros*. Buenos Aires, Artes Gráficas Modernas.
- Soler, R. (1968): *El positivismo argentino*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Terán, O. (1979): *José Ingenieros, Antimperialismo y nación*. México, Editorial Siglo XXI.
- _____(1986): *José Ingenieros: Pensar en la Nación*. Buenos Aires, Alianza Editorial S.A.
- _____ (2009): *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Siglo XXI.
- Titto, R. J. de (2009): *El Pensamiento de la Generación del 80*. Compilación. Buenos Aires, El Ateneo.
- _____(2006): *Los Hechos que Cambiaron la Historia Argentina en el Siglo XIX*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Van Der Karr & Basile, J. C. (1977): *José Ingenieros, The story of a Scientist-Humanist*. New York, U.S.A, Vantage Press.

DICCIONARIOS Y REVISTAS:

- Abbagnano, N. (1974): *Diccionario de Filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Revista Nosotros (1925): Número extraordinario dedicado a José Ingenieros. Buenos Aires.
- Revista de Filosofía (1926): *José Ingenieros, su vida y su obra*. Buenos Aires, L. J. Rosso – Impresores.
- Stanford University (2012): *Darwin's Legacy at Stanford*. Multidisciplinary Teaching and Research. <http://multi.stanford.edu/features/darwin/>
- Revista de Electroneurobiología (2006): Triarhou L. y Del Cerro, M. (2006) *The Biological Psychology of José Ingenieros, some biographical points*. electroneubio.secyt.gov.ar/Jose_Ingenieros'_Biological...